

JUAN MANUEL BENITES

Ruleta Rusa El montículo





Juan Manuel Benites nació en la ciudad de Buenos Aires en el año 1949. Es Ingeniero Agrónomo (UBA) y vive en el Nordeste argentino desde el año 1972.

Amante y admirador de la Naturaleza actualmente está desarrollando una Reserva Ecológica Privada –Ymarangatí- en la isla de Apipé, Provincia de Corrientes.

JUAN MANUEL BENITES

Ruleta rusa
El montículo

Benítez, Juan Manuel

Ruletarusa.El montículo/Juan Manuel Benítez. - fotografías de Juan Manuel Benítez.

- 1a ed ilustrada. - Resistencia : Juan Manuel Benítez, 2017.

170 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-42-5484-9

1. Recopilación de datos. 2. Relatos históricos. I. Benítez, Juan Manuel, fot. II. Benítez, Juan Manuel. I. Título.

CDD A863

© Juan Manuel Benítez “Ruleta rusa. El montículo”.

1ra. edición, julio de 2017.

Fotografías de cubierta e interior:

Juan Manuel Benítez

Diseño de cubierta e interior:

Nicolás R. Clavario

Impreso en Vianet, Avda. Las Heras 526,

Resistencia, Chaco.

Impreso en Argentina

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio –mecánicos, fotocopias, grabación u otro– excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito del autor.

Agradecimientos

Hoy primero de Mayo de 2017 arribé a mi cabaña de la isla de Apipé Grande, rodeada del río Paraná correntino, para escribir mi tercer libro.

Recuerdo los inicios de esta aventura cuando en el año 2009 compramos este campito con un amigo de la infancia con la idea de compartir los años de madurez en este entorno maravilloso.

En el año 2014 construí este refugio de escritor y convoqué a mi hijo Jerónimo para que me ayudara. Trabajamos codo a codo durante cuatro meses y terminamos inaugurando una preciosa cabaña de madera que tiene el encanto de ser un proyecto padre-hijo. Vivimos en condiciones precarias, nos bañamos en el río, pasamos frío y comimos poco y mal, pero nos divertimos y logramos conocernos más.



Un año después –en 2015– me instalé en solitario en los meses de invierno y escribí el libro *No Somos Nada - pasado y futuro de una civilización especial*. Con los temores del caso concurrí a la imprenta de Jorge Escalante en Resistencia, y con sus consejos y los de su equipo sacamos a la luz el libro. Se imprimieron 100 ejemplares que repartí entre familiares y amigos y se generó además una versión digital que permitió la llegada a un mayor número de potenciales lectores.

Con la invaluable ayuda de mi sobrino Claudio Romano se diseñó un Blog <https://donbenites.wordpress.com/> para cargar el libro e incorporar artículos y editoriales relacionados con el tema *energético y ambiental*, a la vez que para invitar a personas con similares inquietudes a participar de la discusión.

En el invierno del año 2016 volví a instalarme en la cabaña y escribí mi segundo libro –*La Nube/La Fogata*– que siguió el mismo proceso evolutivo que el anterior.

Ambas obras salieron a la luz pública mediante sendas presentaciones efectuadas en la isla de Apipé Grande en la hostería “*La Casona de Apipé*” de mis amigos y colaboradores todo-terreno Silvia y Aníbal de la Cruz.

A todas las personas mencionadas arriba debo mi reconocimiento y gratitud por la ayuda prestada, sabiendo que sin ellos no hubiera podido disfrutar como lo hice de mi trabajo de escritor aficionado.

La aceptación de ambos libros sufrió suerte diversa, resultando de gran interés para algunos lectores –que lo manifestaron con elogios y palmadas en la espalda– y pasando desapercibidos para otros. Esta circunstancia produjo en mí espíritu sensaciones ambiguas, y ante la falta de experiencia

decidí tomar tiempo y distancia para sacar conclusiones útiles a futuro.

La primera fue constatar que el viejo dicho de que *nadie es profeta en su tierra* está vigente y es por eso que en estos *agradecimientos* –al inicio de mi tercer libro– quiero mencionar a algunas personas que me hicieron mucho bien con sus comentarios, y que paradójicamente apenas conozco o llegaron a mis libros por interpósitas personas.

El primero es Eduardo Graziosi, ex-compañero del Colegio Esquiú y al que con seguridad no he visto en los últimos 50 años, pero que tuvo la amabilidad de escribirme con motivo de mis libros e hizo comentarios en diversos Editoriales del Blog. Llegó a decirme palabras tan reconfortantes como “...*me siento orgulloso de haber compartido el colegio contigo...*”. Gracias Eduardo.

El segundo es Dimas Peña, el *amigo de un amigo y futuro amigo* al que solo vi una vez en mi vida y durante un corto encuentro, pero que también se interesó en mi trabajo y me escribió en diversas oportunidades. Gracias Dimas.

Rolf Hasenclever, con quién nos debemos un encuentro dado que aún no nos conocemos, me escribió un correo con motivo de que recibió mi libro a través de un amigo, y llegó a ponerme una frase tan linda que recordaré por siempre: “...*guardo tu libro entre los preferidos de mi biblioteca...*”. Gracias Rolf.

A Diego Reynal, al que conozco desde mi llegada al Chaco allá por el año 1973 y que fue el primero en abrirme su casa y su corazón para hacer más comfortable mi adaptación, le debo su permanente aliento y sus elogios exagerados, y es po-

siblemente quién más me motiva a seguir adelante. Diego es un optimista y un agradecido a la vida, y entre todo lo que sabe hacer, motivar es su fuerte. Gracias amigo.

Mis hermanas Ana y Mercedes, mis hijas Lucía y Marina, mi primo Roberto Merello, Vicky y Luis De Zan, Maya Firpo, Carlos Almirón y varios otros pacientes lectores merecen mi agradecimiento, pero no puedo nombrarlos a todos.

Dejo para el final a Betty, que con su sensatez y su inteligencia me escucha, me lee, me aconseja y me soporta, y despierta en mi toda clase de sentimientos:

*Reviso mis sueños mas bellos
Y recupero el destello de tus ojos brillantes,
Recorro las nubes de un cielo precioso
Y rescato tu imagen de diosa danzante.*

*Te traigo a mi lado, te ruego silencio
Abrazo tu cuerpo y pongo mi alma a vibrar
Los sentidos me engañan, me siento volando
Y agradezco a la vida la dicha de amar.*

*De pronto despierto y percibo el engaño
El carrusel de colores dejó de girar
No estás a mi lado, mi cielo, te extraño
Necesito dormirte y volverte a soñar.*

Juan M. Benites

Indice

Ruleta rusa

Introducción	13
Nuestra Jurisdicción	16
Nuestros Mitos	19
Breve historia de la humanidad	20
¿Dónde estamos parados?	26
¿Qué nos condiciona?	27
La cuestión energética	31
La cuestión ambiental	34
La cuestión demográfica	39
La cuestión genética	43
El Humanismo y el Capitalismo	48
Un baño de realidad	51
La visión optimista	59
Epílogo	66

El montículo

Introducción	75
La Odisea del <i>Reformation</i>	81
Lucky Ducky	98
La Casa en el Montículo - Familia <i>DuBois</i>	103
El <i>Trampero Nelson</i>	121
El Tesoro del <i>Trampero Nelson</i>	147
¿Quién mató al <i>Trampero Nelson</i> ?	167

Ruleta rusa

Introducción

Al analizar los motivos por los que mis libros, y sobre todo el primero, *No Somos Nada*, tuvieron reparos entre algunos lectores, el principal es sin dudas el tema allí tratado.

La problemática ambiental y la incertidumbre que genera el recambio de las energías fósiles, constituyen hoy la espada de Damocles de nuestra civilización, y tienen tal relevancia que definirán por *Sí* o por *No* nuestra supervivencia.

La tesis de este nuevo trabajo –y me refiero a Ruleta Rusa– es la inconsistencia del proyecto humano, sus causas y la posible salida.

Por mucho que se intenta disimular el problema ambiental y energético, la percepción de que algo no funciona en sintonía es cada vez más evidente. Ya se han pronunciado tanto la Iglesia Católica con una Encíclica Papal específica al “*cuidado de nuestra casa común*”, como todo el mundo científico honesto. Quedan aún pequeños grupos que niegan lo evidente –por ignorancia o por interés– y que por desgracia son muy poderosos y manejan buena parte de los resortes del mundo, y baste como ejemplo el Presidente Donald Trump de los Estados Unidos. Es comprensible que el “*statu quo*” –ese tremendo entramado de mega-empresas, clases sociales poco numerosas pero enormemente ricas, dirigentes inmoralmemente remunerados, beneficiarios de prebendas de Estados bobos, parásitos enquistados en diversos estamentos de este mundo

demasiado complejo y demás ganadores del sistema— no quiere pensar en cambios, porque le va muy bien de la manera en que vamos.

El gran público no tiene mayor información, y la que recibe se ve rápidamente contrarrestada por la propaganda del sistema económico en boga. De igual manera que hacen los “*populismos*” en política, quienes prometen felicidad a corto plazo en otros ámbitos —incluidos el económico y el ambiental— vencen fácilmente a los que piden sacrificios con réditos más lejanos.

Si algún cambio se produjera en el futuro apuntando a proteger el ambiente o disminuir los consumos, este deberá generarse *desde abajo hacia arriba*, y en eso estriba la dificultad, porque los de abajo no cuentan más que con el poder de su voto, que es dirigido, comprado y manipulado como para que finalmente nada cambie, al menos con el rumbo esperado.

Aguardar soluciones *desde arriba hacia abajo* es por lo menos ingenuo: la riqueza no se *derrama*, usted no es una persona de suerte que recibió por *derrame* el Microsoft Word, usted es un *cliente* de Bill Gates. La Coca Cola no le *regala* felicidad a las personas, le *vende* un líquido con su marca para engrosar sus ganancias. Y si las corporaciones hacen algún tipo de donativo a los pobres de África es porque lo deducen de impuestos, no porque sean filántropos. No espere del mundo corporativo compasión, solidaridad o sacrificios, simplemente porque ellos no están para eso, son máquinas de generar utilidades, no felicidad, y si algún Directorio lo propusiera sería rápidamente reemplazado por otro más conveniente a los intereses de los accionistas. Entonces los cambios necesarios, que requieren de austeridad y disminución

de consumos, no contarán con el apoyo de las corporaciones mientras el mundo sea mundo.

Intentaré en este escrito analizar donde estamos parados como civilización utilizando mucha de la información vertida en mis obras anteriores, pero usando más el verbo que las ciencias duras, cuestión ésta que fue motivo de desaliento para algunos lectores que no son del palo.

He aprendido en estos años dedicados a la problemática ambiental que es un tema antipático porque saca de confort a quienes se enteran del estado de situación, y creo que ese es el motivo por el que varios autores –e incluyo aquí la Encíclica LAUDATO SI– pierden inercia cuando deben proponer soluciones. Los diagnósticos son mensurables porque se obtienen midiendo la realidad, pero los caminos a seguir son opinables, objetables y discutibles porque refieren a hechos futuros y generalmente impopulares. Se venden más libros cuando el final es feliz, y eso se logra exacerbando la fantasía incluso hasta perder por completo la objetividad.

Como yo no vendo mis libros ni cobro una regalía por los editoriales del Blog, intentaré hablar con la crudeza y el realismo que la situación amerita, a la vez que buscaré por todos los medios mostrar los caminos de salida, que los hay. Soy un tremendo optimista y un amante de la vida, y quienes me conocen saben que me levanto día a día con la consigna de apreciar a cada pajarito que se me cruce, de pasear por lugares bellos, y de disfrutar de mi familia y de mis amigos. Justamente lograr que mis hijos y mis nietos puedan gozar de lo mismo que nosotros cuando les llegue su tiempo, exagera mi necesidad de *alertar* sobre las consecuencias de lo que está haciendo una civilización desorientada.

Alertar es el primer paso para estudiar un problema y buscar soluciones, y yo no tengo más medios ni poder que ese, el de *alertar*, porque desde el principio tuve en claro que individuos aislados no van muy lejos en este mundo corporativo.

Necesito que se entienda que mi *alertar* no busca amargar ni difundir pesimismo, por el contrario, intenta sumar voluntades al pequeño grupo de seres humanos que ya está buscando una salida no traumática a la crisis en ciernes uniéndose en comunidades ecológicas, disminuyendo y racionalizando sus consumos, e intentando de mil maneras preservar nuestra casa común para los que vienen detrás.

Nuestra jurisdicción

Comencemos el ejercicio definiendo el espacio en donde actuamos, moramos, nos reproducimos y nos morimos, o sea nuestro campo de acción, nuestra *jurisdicción*.

Y ya de entrada enfrentamos el primer desafío: debemos *olvidarnos del Universo*, o al menos de la mayor parte de él. Ese enorme espacio poblado de estrellas, planetas, energía, polvo cósmico, galaxias, cometas, enanas de colores y demás cuerpos celestes solo nos sirve a los humanos a nivel estético, para salir a la noche al jardín, admirarnos por su inmensidad y disfrutar de su belleza infinita. Pero está definitivamente fuera de nuestra *jurisdicción* y seguirá allí, tan bello y grandioso como es, con independencia de lo bueno o lo malo que haga el género humano en el humilde planeta Tierra. El Universo es completamente indiferente a nuestra situación de crisis y no aportará nada a la solución. *Olvídese del Universo*.

Los seres humanos vivimos entre el nivel del suelo y los dos metros de altura, y solo con grandes esfuerzos técnicos y despilfarros energéticos hemos descendido unos cientos de metros en el agua –la distancia desde su casa hasta el almacén– y ascendido unos doce mil metros en la atmósfera cuando viajamos en avión –algo así como el trayecto de Plaza de Mayo a Vicente López.

Algunos esfuerzos extraordinarios nos permitieron poner un pié en la Luna, y a pura tecnología posicionamos la Estación Espacial Internacional a 418 km de altura, el telescopio Hubble a 559 km, los satélites LAGEOS a 5.900 km, los del GPS a 22.000 km –la distancia de Buenos Aires a Nueva York ida y vuelta– y los geoestacionarios a 35.000 km –algo menos que la circunferencia de la Tierra por el Ecuador.

¡Bien por el ser humano!... pero todos estos logros fabulosos poco tienen que ver con nuestro hábitat y solo son útiles al conocimiento y a desarrollos tecnológicos específicos. Casi diría que por la excelencia en su concreción y por su dimensión que nos enorgullece como seres pensantes, estos desarrollos juegan *en contra* de la sensatez que requeriremos al momento de tomar medidas que hagan a nuestra supervivencia. Su brillo nos confunde y nos lleva a pensar que nuestra *jurisdicción* es mayor de lo que en realidad es, cuando esos eventos son solo excepciones que salen de la norma.

Si aceptamos entonces que nuestro campo de acción se circunscribe a la superficie de nuestro Planeta y a unos pocos miles de metros para arriba y para abajo, habremos dado el primer paso para arrimarnos a la realidad y a una eventual solución.

Incluso al definir la letra chica de nuestra *jurisdicción* debemos hacer nuevos recortes, porque el mapeo de la superficie del Planeta nos indica que solo una porción es útil a la existencia de la vida. La vida requiere de condiciones para desarrollarse, siendo las más evidentes la existencia de agua, de temperaturas soportables y de materia que reúna determinadas cualidades. Los desiertos, los polos y las altas cumbres solo son habitables con aportes externos tanto de energía como de agua y materia. La biología a esta altura de la evolución no ha generado seres vivos capaces de vivir autónomamente en esos ambientes.

Sabiendo entonces que nuestra *jurisdicción* es mensurable y pequeña –solo una *porción* de un planeta *irrelevante* en el inmenso Universo– evaluemos sus inventarios para dimensionarlos e intentar preservarlos.

El planeta Tierra es un sistema cerrado en cuanto a materia y no recibirá aportes externos de ningún lado. El inventario que contiene es fijo e inamovible y a todas luces menos abundante de lo que el ser humano supone, y mucho menos abundante de lo que requiere el crecimiento infinito al que ese mismo ser humano se ha abocado.

La excepción a la regla de “*olvídense del Universo*” es la energía solar, porque esta llega a diario desde el astro rey y nos permite sustentar la vida y hacer habitable el Planeta. Pero también la cantidad aprovechable es mensurable y finita, y los sistemas para atraparla tienen limitaciones por complejidad y eficiencia.

En resumidas cuentas debemos enfocarnos en el espacio reducido que ocupamos –nuestra *jurisdicción*– y utilizar solo la materia y la energía que ese hábitat proporciona de manera

sustentable, porque ese es el capital natural de que disponemos y no se estira ni tiene reemplazo. Cualquier exceso nos endeudará con el futuro y terminará por generar una crisis terminal que sufriremos nosotros y nuestros descendientes.

Nuestros mitos

Este es un asunto espinoso pero que debemos enfrentar con coraje: durante la lectura de este libro *olvídese de sus mitos y creencias*. Sospecho que la mayoría de los lectores pertenecen a la Iglesia Católica, y en ese caso deberán olvidarse de Dios por un momento.

La idea de un dios con mayúsculas o minúsculas –o de alguna otra concepción que no sea de existencia real– es una creación de nuestra mente y pertenece al mundo de lo *subjetivo*. Si fuéramos a poner la solución de problemas reales en manos de creencias o de mitos de carácter *subjetivo*, estaríamos condenados al fracaso. Imagine el lector si en una discusión sobre el hambre en África alguien propusiera como solución la bíblica caída de maná desde el cielo, o la multiplicación de los panes y de los peces, o pronunciara la frase “Dios proveerá”.

Las religiones son de indudable importancia para educar, contener, conducir y consolar a millones de personas, sea que el Dios (dios) que invocan tenga existencia real o no. Pero pertenecen al mundo de lo *subjetivo*, no son tangibles, los dioses no son visibles y sus acciones no son comprobables ni mensurables. La Fe es un privilegio que hace más llevadero el existir de quienes la poseen, pero no aporta a la solución de problemas *objetivos*. Por eso por un momento –y solo mientras busquemos soluciones terrenales a problemas terrenales– *olvídese de Dios*.

Breve historia de la humanidad

En el libro *No Somos Nada* dediqué unos cuantos capítulos al tema, por lo que solo haré acá un brevísimo resumen, necesario para comprender lo que sigue.

Si nos remitimos a los inicios de la vida, digamos que todos los seres orgánicos estamos conformados por luz del sol y aire. Con esos escasos ingredientes, y tiempo, y un proceso que denominamos evolución, llegamos a la maravilla actual de seres vivos complejos y especializados. Transformamos elementos inorgánicos en orgánicos –o sea vivos– utilizando energía que nos proveyó el astro rey. Pero en definitiva, no somos mucho más que aire solidificado.

Ahorremos tiempo saltando las etapas intermedias y arranquemos esta historia con nosotros mismos, los hombres modernos, los únicos representantes vivos del género *Homo*, ...los *Homo sapiens*. Nos consolidamos como especie hace escasos 200.000 años luego de recorrer un camino evolutivo que comenzó seis millones de años antes con los primeros homínidos. Se acaba de descubrir que la edad de nuestra especie posiblemente sea de 300.000 años, pero hasta que se confirme el dato seguiré utilizando el anterior, porque además no tiene ninguna relevancia para este trabajo.

En una burda división del recorrido de nuestra especie en etapas, es válido afirmar que durante los primeros 130.000 años de esa trayectoria los *sapiens* fueron unos animalitos más de la fauna africana, donde vivían cazando, rapiñando y juntando frutos. Como cualquier otro ser vivo del entorno, luchaba por su permanencia en el ecosistema a brazo partido, y su día a día consistía en conseguir la energía mínima para sobrevivir, reproducirse y criar a sus hijos. Tal como indica

la ley suprema de la Naturaleza, todos sus miembros deben luchar por todo y con todos, y solo sobrevive el más fuerte, el más hábil, o –en definitiva– el más apto. El entorno se modificaba muy lentamente –la estabilidad fue siempre la norma en la vida de la Tierra– y esa lentitud permitió que la carga genética de los *Homo sapiens* se fuera adaptando mediante prueba y error a los escasos cambios de su hábitat. Y permitió también que hace 70.000 años –por modificaciones genéticas que se produjeron por puro azar y no por “mérito” nuestro– comenzara a desarrollar el habla, pre-requisito para dar los primeros pasos de la *evolución cultural*. Esta nueva forma de evolución, infinitamente más rápida que la genética, lo llevaría a dominar a las demás especies de su entorno, a treparse a la cúspide de la pirámide evolutiva, y a moldear el Planeta tal cuál lo vemos hoy.

Una primera consecuencia de la *evolución cultural* fue que hace 12.000 años esos hombres –que ahora se comunicaban y podían organizarse– dejaron su condición de *cazadores-recolectores* y se hicieron *agricultores*. Esa sola circunstancia aceleró sus avances porque las comunidades se hicieron más numerosas y la provisión de alimentos a través de las cosechas les liberó tiempo para desarrollar otras actividades, incluidas las de intercambiar ideas, planificar acciones conjuntas, desarrollar expresiones artísticas y pensar el futuro.

Durante esta etapa de agricultores *Homo sapiens* incorporó a sus habilidades el dominio de la energía a través de la domesticación de animales y la esclavitud, las dos formas más sencillas de utilizar la energía de los demás en provecho propio. Es importante resaltar que el buey, la mula y los esclavos fueron desde aquellas épocas fundacionales –y hasta hace escasos cien años– las únicas fuentes de energía disponibles para la agricultura y la construcción, y que recién cuan-

do se descubrieron los combustibles fósiles se pudo cambiar la matriz energética y empezar a utilizar motores. Recuerde: sin petróleo, gas y carbón –los llamados combustibles *fósiles* ó mejor aún: *no renovables*– todavía estaríamos tirando arados de mancera con tracción a sangre.

La vida como *agricultores* obligó a establecer jerarquías sociales y a organizar la convivencia en comunidades cada vez mayores y más complejas. Sin embargo, el proceso fue lento, tedioso, y circunscripto –en muchos aspectos– solo a las clases dominantes. Es por eso que a pesar de que hubieron avances manifiestos, cuando llegamos al Siglo XX la mayor parte de los habitantes del Planeta era analfabeta y vivía en condiciones paupérrimas.

Queda claro entonces que si bien el hombre avanzó durante los últimos milenios apoyado en su evolución cultural, el reparto de los beneficios no fue ni justo ni parejo, y que solo un reducido número de personas de las jerarquías superiores dispuso de conocimiento, confort, abundancia, comida diaria, seguridad, poder, y por supuesto de armas para obligar y dominar a las mayorías silenciosas.

La literatura universal cuenta la historia de la humanidad desde la óptica de las jerarquías dominantes. Estamos llenos de relatos épicos de la vida de reyes y sus príncipes azules, de Papas, de artistas excelsos, de imperios y de conquistas, pero rara vez vemos la historia contada desde el punto de vista del pobre, del vencido, del esclavo, del que murió en la guerra al servicio de su rey, o del que en toda su vida no pudo pintar un bonito cuadro.

¿Alguien cuenta la historia desde el punto de vista de *Abdulhamid al-Youssef*?



*Un padre sirio abraza
a sus bebés gemelos,
muertos en el ataque químico de Idlib. La tragedia
también le ha arrebatado
a su mujer y a otros 16
miembros de su familia...*

Y así llegó la humanidad a la era moderna o *tecnológica*, que aportó en brevísimo tiempo muchas novedades sustentadas en el milagro –no religioso– que significó la disposición abundante y gratuita de energía. Este simple hecho disparó todas las curvas al infinito, creó las clases medias, exacerbó la inventiva y liberó nuestras manos y nuestras mentes para soñar un futuro excelso.

Yuval Noah Harari, en su magnífico libro *Homo Deus*, relata que durante toda la historia del hombre, y sobre todo a partir de la etapa agrícola, las *hambrunas*, las *pestes* y las *guerras* ocuparon toda la agenda.

Las *hambrunas* asolaron a los humanos desde que abandonaron su condición de cazadores-recolectores, porque el hombre confinado en poblados y dependiente de cosechas anuales está expuesto a contingencias climáticas o biológicas que alteran el delicado mecanismo de provisión de comida. Debemos alimentarnos un par de veces al día y proveer a nuestro organismo al menos de 2 ó 3.000 calorías, o en escasas jornadas morimos. Hasta hace muy poco –casi nada– enormes proporciones de la población de regiones asoladas por sequías, inundaciones o plagas de los cultivos, perecían por hambre. China, Francia, Irlanda, Finlandia, Rusia, Escocia, Egipto, la India, y sigue la cuenta, contaban a los muertos en *hambrunas* como *porcentaje de la población*, no por cantidad de individuos. Las últimas grandes hambrunas ocurrieron en la China de Mao hace solo 40 años,... y eso no es *allá lejos y hace tiempo*. Por motivos que analizaremos más adelante, en los últimos años hemos logrado –mediante asistencia internacional– cambiar las *hambrunas* mortales por *inseguridad nutricional*, que por terrible que fuere evita que la gente se muera.

Las *pestes* eran aún más mortales que las *hambrunas*, y baste como ejemplo la peste negra que mató un tercio de la población de Europa en 20 años de terror. O las enfermedades traídas por los conquistadores a América que en escasos años diezmaron a las civilizaciones de los Mayas, los Aztecas y los Incas al punto de llevarlas a desaparecer. La gripe española infectó a un tercio de la población mundial y mató a 100 millones de personas –en un año– a principios del siglo XX. Estas desgracias, que tampoco ocurrieron *allá lejos y hace tiempo*, fueron finalmente erradicadas por los avances científicos de la medicina.

Las *guerras* fueron una constante en las relaciones humanas desde que los hombres se reunieron en poblados, ciudades, imperios o países. Los libros de historia no tienen un solo capítulo que no haga referencia a guerras, conquistas, luchas por la independencia, revoluciones, genocidios o invasiones a los vecinos. Hasta los libros de arte están invadidos por cuadros de reyes guerreros, conquistadores en sus armaduras brillantes y barcos en combate. La paz fue siempre una excepción –un intervalo entre guerras– en la vida del *Homo sapiens*. Y sin embargo en este tema bélico también hubo últimamente avances notables. La última guerra en serio –WWII– terminó en 1949, y a partir de ahí solo hubo conflictos menores y circunscriptos a determinadas regiones. La llamada guerra fría nunca llegó a calentarse, y luego de la caída de la Unión Soviética continuaron solo algunos conflictos menores, porque dada la preeminencia del ejército Norteamericano y de sus aliados, un único bando tiraba cañonazos y el otro los recibía sin mayor capacidad de devolverlos.

Estimo que nadie teme hoy a una guerra de envergadura mundial, porque la sola globalización de los negocios hace inconveniente a todas las partes un conflicto bélico. No es probable que un francés deje de invertir en Alemania o un norteamericano en China por temores bélicos.

Un capítulo aparte merece la amenaza nuclear dado que de suceder sería la única guerra sin vencedores ni vencidos, porque todos pereceríamos. Esa letal condición hizo que hasta ahora no haya sucedido, aunque hemos puesto los poderosos botones rojos en pocas manos y de dudoso equilibrio.

¿Dónde estamos parados?

Si aceptamos entonces que hasta mediados del Siglo XX la humanidad se la pasó surfeando entre *hambrunas*, *pestes* y *guerras*, pero que últimamente hemos puesto coto a esas desgracias, vale preguntarse que tan estable será nuestro logro en el tiempo.

Las *hambrunas* posiblemente sean las de mayor capacidad de retorno. El hambre se satisface con alimentos, y los alimentos son energía comestible que se produce transformando en ellos otra energía que no es comestible. No me voy a detener acá en esta cuestión, que veremos más adelante, pero es claro que la escasez de energía –incluida la de los alimentos– es uno de los mayores problemas a resolver en los próximos años si queremos perdurar como civilización.

Las *pestes* no deberían preocuparnos a futuro, porque son producidas por organismos vivos que están perdiendo la batalla contra la ciencia. Estos perniciosos bichitos tienen códigos genéticos que dependen para renovar su agresividad de mutaciones, que son al azar y requieren de tiempo y suerte para producirse. Para tener éxito en su acción destructiva y matar poblaciones o arruinar cosechas las pestes deben luchar contra biólogos o médicos que cuentan con armas poderosas y veloces: las computadoras. Las viejas pestes ya han sido dominadas –viruela, peste negra, gripe española, etc.– y a medida que surgen nuevas la ciencia las controla en cuestión de días o meses. Además esta lucha no requiere de recursos materiales o energéticos escasos sino de lo que nos sobra a los seres humanos: inventiva y conocimiento.

Las *guerras* son una incógnita, porque si bien las convencionales solo pueden afectar localmente al ser humano, la amenaza nuclear está latente y la toma de decisiones en mano de personajes peligrosos. Es una gran falla de la humanidad haber puesto ese poder a disposición de líderes inestables como Donald Trump y Kim Jong-un. El *Reloj del Apocalipsis*, que es un reloj simbólico digitado por los directivos del Boletín de Científicos Atómicos de la Universidad de Chicago, y que mide el peligro de destrucción total y catastrófica de la humanidad, ha sido recientemente adelantado –el 26 de Enero de 2017– a dos minutos y medio de la medianoche, siendo esa hora el fin de nuestra historia. Nunca estuvimos tan cerca de la medianoche desde su creación en 1947.

Harari en su *Homo Deus* sostiene que mitigados los peligros de *hambrunas*, *pestes* y *guerras*, las nuevas metas del ser humano serán conseguir *felicidad* continua y lograr la *inmortalidad*, lo que nos pondría a un paso de la meta suprema: adquirir la *divinidad*.

¿Qué nos condiciona?

Si fuera cierto que hemos vencido a los tres condicionantes más serios que enfrentó la humanidad, como son las *hambrunas*, las *pestes* y las *guerras*, y que en el futuro dirigiremos nuestros esfuerzos a lograr la *felicidad* y la *eternidad*: ¿cuál es el problema?

El problema son los límites, los inventarios, nuestra genética y nuestra incapacidad de diferenciar los sueños de la realidad. Y también la incorrecta apreciación de que el pasado sirve de molde para el futuro.

La mayor cantidad de las personas que hoy dirigen el mundo, que enseñan en las universidades, que manejan empresas, que integran gobiernos, que diseñan los programas de computación, que se levantan a la mañana para ir a trabajar y que a la tarde van de compras o salen a cenar, son nacidos a partir de la época en que las *hambrunas* fueron dominadas, las *pestes* controladas y las *guerras* apaciguadas. Esas personas –entre las que me incluyo– raramente se fueron a dormir con hambre, siempre pudieron acudir a la medicina para curarse, y solo excepcionalmente se enrolaron en algún ejército que fuera a batallar. Y por otro lado vivieron en un mundo de avances continuos y plétorico de novedades que hicieron su vida cada vez más placentera. Las generaciones hoy vivas y activas estamos transcurriendo la mejor época –por lejos– de la historia de la humanidad. Los relatos contados por los más viejos, llenos de sufrimiento por desarraigos, con familiares muertos en guerras y con noches de insomnio por hambre o dolor, ya pertenecen al pasado y poco nos interesa escucharlos.

Es así que nuestras cortas vivencias –que no tienen más de 70 años– hablan de crecimiento continuo, de avances científicos, de ejemplos de personas exitosas y de tecnologías impresionantes que se ponen a nuestro servicio. Esa es nuestra realidad, breve, brevísima en relación a todo lo que sucedió antes, pero suficiente como para hacernos creer que la situación que tanto nos conforta puede repetirse por siempre. Ese sesgo que conferimos a la realidad nos satisface al punto que no deseamos cuestionarnos el *motivo* de la ocurrencia de semejante esplendor, y mucho menos poner en duda su continuidad.

Sin embargo esa manera de extrapolar la historia hacia adelante es incorrecta, porque nada dice de las *causas* que hicieron posible los hechos vividos. En el período bajo análisis,

durante el cuál la humanidad disfrutó de avances inauditos y de tremenda abundancia, el esplendor se debió principalmente a la energía casi gratuita y a los stocks inmensos de materiales útiles para la vida.

La existencia rudimentaria de los seres humanos anteriores al descubrimiento de las energías fósiles hizo que no se manipulara mucho el ambiente porque no se sabía qué utilidad dar a la mayor parte de la materia disponible. El hombre vivía de leña y comida –ambas renovables por simples procesos biológicos– y la mayoría del tiempo lo utilizaba justamente en buscar leña y en producir comida. Las clases dominantes extraían para sí el pequeño sobrante energético de sus súbditos, cuestión que hacían sojuzgándolos por la fuerza o cobrándoles impuestos. Y ese escaso plus era aplicado a que unas pocas personas vivieran mejor, otras pocas se educaran y algunas desarrollaran expresiones artísticas. El resto, los súbditos, vivían en el umbral biológico de la pobreza, y a la menor contingencia ambiental eran primeros actores en el drama de las *hambrunas* y de las *pestes*.

Hasta la llegada de la era *tecnológica* los avances fueron lentos y las novedades escasas. La única forma de cambiar la riqueza de un grupo social era robándosela a los vecinos porque no había tecnología como para producir excesos y acumular. Y es por eso que vivimos guerreando: para apropiarnos de lo ajeno, para quitar.

En un inicio el *carbón*, luego el *petróleo* y finalmente el *gas* cambiaron la matriz energética de nuestra civilización y por primera vez –y posiblemente última– en la historia del hombre, la energía –que tanto nos hizo caminar, acarrear en el hombro y luchar con los vecinos– fue abundante y gratuita.

Entonces la tecnología comenzó a aprovechar las enormes cantidades de materiales impolutos para cuanto desarrollo el cerebro humano imaginó, y en escasos cien años estuvimos caminando en la Luna y corriendo en Ferrari.

Este, y solo este –y me refiero a la abundancia energética–, es el motivo del fin de las *hambrunas*, de las *pestes* y de las *guerras*. De las *hambrunas* porque industrializamos el campo y conseguimos comida para todos, de las *pestes* porque pudimos poner a miles de personas a estudiar medicina y a ingeniar en como combatir las, y de las *guerras* porque ya no era necesario robar o quitar para acumular, ahora se podía producir en exceso y enriquecerse, y el conocimiento tomó el lugar de los cañones apenas comprendimos que para cavar un pozo de petróleo o lanzar un satélite al espacio hace falta sapiencia y no soldados enemigos esclavizados.

Es interesante observar que toda la inventiva y creatividad que el ser humano mostró en este siglo glorioso se debió *exclusivamente* a la disposición de energía abundante y barata, porque el genoma humano no cambió en nada y su cerebro sigue pesando 1.200 gramos. Recalco esto porque en algún momento del libro acudiremos a la hipótesis del fin de la energía barata, y será entonces necesario aceptar que sin energía abundante y a muy bajo precio el *Homo Deus* de Harari volverá presuroso a su condición de *Homo sapiens* preocupado y ocupado en proveerse de combustible para sus actividades más básicas.

La cuestión energética

En el libro *No Somos Nada*, que se puede consultar por internet en el Blog <https://donbenites.wordpress.com/>, hay una descripción de las fuentes de energía en boga y de sus inventarios, como así también de los materiales clave para la subsistencia de los seres vivos. No voy a repetir acá más que dos o tres conceptos básicos para los que no lo hayan leído.

Del total de la energía que utiliza el ser humano para mover su civilización, el 80% corresponde a las llamadas energías *fósiles* o *no renovables* –carbón, petróleo y gas– y el restante 20% se obtiene de las fuentes *renovables* –hidráulica, biomasa, solar, eólica, geotérmica y atómica.

Nótese que salvo la extraída de la biomasa (leña) y del carbón, todas las demás fuentes de energía se desarrollaron recién en el Siglo XX. Y es esta incorporación masiva de energía la que posibilitó el avance sin precedentes de la civilización humana, porque además tenía el aliciente de ser casi gratuita y de poder *recogerse* de yacimientos sin mayor esfuerzo. *Recoger* es mucho más sencillo que *producir*, y tanto el carbón, como el petróleo y el gas –que motorizan el 80% de nuestras necesidades– simplemente se *recogen* de yacimientos que nos legó generosamente la madre Naturaleza a cambio de nada.

Todos y cada uno de los Norteamericanos actuales disponen de 240.000 calorías diarias para su consumo gracias a que manejan la energía del mundo, y ese es el equivalente a tener 60 esclavos cada uno en la puerta de sus casas prestos a ejecutar tareas para su beneficio. Es por eso que han conseguido en escasos 100 años avances sin precedentes y un nivel de vida propio de los reyes de la antigüedad. Imaginen lo que

hubiera logrado un faraón egipcio con semejante disponibilidad energética, cuando en los hechos necesitó de 5.000 años para construir sus pirámides y sus templos, y de enormes sacrificios humanos obtenidos a punta de látigo.

Y es por esa avidez de energía barata que los países de Occidente envían sus flotas y sus ejércitos a Medio Oriente, y gastan ingentes sumas en proteger el transporte y los oleoductos que se la arriman a casa. Además imponen dictadores sanguinarios a los que pagan con *Rolls Royce* y espejitos de colores comprados con un ínfimo porcentaje de las riquezas que les están esquilmando de su propio territorio. La propaganda oficial nos dice que acuden en ayuda de las mujeres maltratadas, o a castigar a malignos grupos que utilizan armas químicas contra sus congéneres, o –en resumen– a derrotar al *eje del mal*. Y lo peor es que logran su cometido y muchos occidentales se lo creen, cuando en realidad concurren pura y exclusivamente para asegurarse un flujo de energía constante y barato que mueva su civilización.

Cabe destacar que en consonancia con la abundante disponibilidad energética se dispararon todas las curvas tanto de población como de consumos, y el mundo creció a un ritmo exponencial al punto que dichas curvas amenazan con perforar el techo.

Sin embargo las energías *no renovables*, que satisfacen el 80% de nuestros consumos, se extinguirán irremediablemente en algún momento del siglo en curso, o al menos se en carecerán marcadamente por escasez. Dentro de ellas está el irremplazable petróleo, que se corresponde con el 35% de los consumos totales pero que provee al 98% de las necesidades de transporte.

Esas dos palabritas en cursiva: *no renovables*, y ese enorme número que es *el 80%* de nuestros consumos, es lo que debería ponernos los pelos de punta. El mundo tal cuál lo conocemos no es posible sin cantidades ingentes de energía barata.

Escapa a mi comprensión que la enorme mayoría de las personas sabe más de la extinción del oso panda o el yagareté que del fin de las energías *no renovables*, siendo que estas deben ser reemplazadas por *algo* en los próximos años o desaparecerá la civilización humana.

Uno de los motivos por el que mi libro *No Somos Nada* generó reparos en algunas personas es que trata con demasiada crudeza las amenazas que enfrenta la humanidad. La enorme mayoría de los ciudadanos de a pié se informa por los diarios o la televisión, y en esos medios se reproducen noticias generadas por las mismas agencias en todo el mundo. Baste con hacer zapping entre los noticieros de la televisión para notar no solo la pobreza de la información sino la redundancia y discrecionalidad de los temas tratados. Los medios de comunicación pertenecen a las mismas corporaciones que monopolizan el consumo, y la publicidad está dirigida a mostrar un mundo feliz y a ocultar explícitamente las consecuencias que tendrán nuestros excesos.

La información que se difunde por las redes sociales agrega muy poco al conocimiento, porque solo ocupa tres renglones y refiere a tópicos absolutamente superfluos. Los libros, que pueden tratar los temas a fondo y con otros tiempos de reflexión, son leídos por muy poca gente. Solo el 25% de las personas consultadas –que no son *todas* las personas sino las que estaban a mano del encuestador– dijeron haber leído algún libro en el año, y ni que decir que la mayoría fueron no-

velas. Esta cultura *light* hace que con muy poco esfuerzo los que dominan el mundo también dominen nuestra información y digiten nuestras opiniones.

Como consecuencia de lo anterior, y para terminar, es de tremenda preocupación que la prensa occidental evite y eluda el tema del *recambio energético* como una de las dos amenazas más importantes que enfrenta nuestra civilización. La segunda amenaza –aunque no menos importante– es *el deterioro ambiental*, y de ella se habla un poco más porque sus consecuencias están haciéndose visibles.

El único desarrollo en marcha que tiene entidad como para reemplazar a los combustibles fósiles, que por su condición de *no renovables* se acabarán más pronto que tarde, es la energía nuclear. Todo lo demás que se dice por ahí respecto a energía eólica, solar, de las mareas, etc. es una mera distracción, porque si bien en pequeña escala esos mecanismos funcionan, de ninguna manera pueden reemplazar las enormes cantidades de energía que hoy entregan las fuentes fósiles.

La cuestión ambiental

El hábitat donde vivimos tanto los seres humanos como los demás organismos vivos está restringido a la superficie del planeta Tierra y a unos cuantos metros para arriba y para abajo. Allí conseguimos nuestros alimentos, los materiales para calefaccionarnos o enfriarnos, para construir nuestras casas, nuestros utensilios y nuestra ropa. No todo el planeta es habitable, y los límites los impone tanto la disponibilidad de materiales y energía, cuanto la homeostasis que nos hace tolerantes a diferentes condiciones ambientales, pero no a todas. Obviamente el hombre moderno ha expandido

su hábitat más allá de lo que su organismo permitiría porque aprendió a transportar la energía y los materiales hacia lugares lejanos, y porque inventó sistemas para modificar ambientes inhóspitos en soportables. Hoy en día casi todos los recovecos del Planeta tienen, en mayor o menor cuantía, presencia humana.

Además de proveer de materia y energía, el hábitat debe proporcionarnos mecanismos para reciclar nuestros desechos y desperdicios, y así mantener limpios y saludables el aire que respiramos y el agua que bebemos o utilizamos para producir alimentos y productos industriales. Esos servicios naturales además deben restaurar las tierras que cultivamos y reponer los árboles que cortamos o los animales que matamos. En definitiva la Naturaleza debe producir los *servicios ambientales* que en cantidad y calidad necesitamos para perpetuar el capital natural para nosotros mismos y para las futuras generaciones.

El ambiente en que vivimos tiene stocks mensurables y fijos de materia, y siendo el planeta Tierra un enclave cerrado –una isla– no es muy complicado evaluar el inventario. Podemos utilizar en nuestro beneficio buena parte de las *materias primas* que la Tierra nos ofrece sin causar perjuicios ni limitar nuestra supervivencia, con la única condición de no excedernos en las cantidades y de no ponerlos indisponibles para una próxima utilización.

El concepto de *accesibilidad* de la materia no es debidamente considerado cuando se tratan los temas ambientales. Sabemos y nos tranquiliza que los átomos son estables y reutilizables, pero esa condición solo es útil cuando no les hacemos perder *accesibilidad*. Un átomo de fósforo puede utilizarse miles de veces, pero siempre y cuando no lo arrojemos al fondo

del océano o a una montaña de basura, porque en ese caso dejó de estar *accesible*.

Los *servicios ambientales* también tienen límites mensurables: podemos echar a la atmósfera determinadas cantidades de gases y los mecanismos naturales los neutralizarán, podemos derramar en los ríos y océanos líquidos de desecho y también serán reciclados, y así sucesivamente y por siempre, pero en la medida que respetemos formas y cantidades.

Es bueno recordar que la *Cumbre del Clima de París* de Diciembre de 2015 –con la presencia de 198 países y la flor y nata del mundo científico– alertó sobre las consecuencias catastróficas para el ambiente si se exceden los 2 C de aumento de temperatura tomando como base la era pre-industrial.

De momento llevamos 1 C de incremento, pero peguemos una mirada a futuro: el aumento de la temperatura atmosférica se debe a los gases de efecto invernadero, el más conocido –pero no por ello el más perjudicial– es el dióxido de carbono generado por la quema de combustibles fósiles y la deforestación. Más dañinos que él son el metano –que se desprende de los suelos pantanosos, de los animales rumiantes y de las pérdidas por la extracción de gas por fracking– y el dióxido de nitrógeno que se libera entre otras cosas por la fertilización de los cultivos agrícolas. Si para ayudar a la comprensión transformamos todas estas fuentes con sus distintas capacidades para producir daño a su equivalente en dióxido de carbono, tenemos en el aire 485 partes por millón (ppm) al año 2015, momento de la Cumbre del Clima. A partir de esa fecha estamos aumentando a razón de 3 a 4 ppm por año, lo que indica que al año 2020 habremos alcanzado las 500 ppm, cifra que se corresponde con los 2 C de aumento de

la temperatura que se consideró el límite seguro. Hacia el año 2030 habremos llegado a las 550 ppm que se condicen con 3 C de incremento de la temperatura global, y estaremos en graves problemas. Lo sabemos, es información pública, pero optamos por esperar y ver que pasa.

Dice Eduardo Porter en The New York Times: *Para mantenerse dentro del incremento de temperatura promedio de 2 grados que los científicos consideran el límite superior para evitar un cambio climático catastrófico se requeriría que la economía mundial en 2050 emitiera no más de seis gramos de dióxido de carbono por cada dólar de producto económico. Para tener una visión de lo que eso significa, hoy la economía de Estados Unidos emite 60 veces esa cifra.*

La presión que la humanidad está poniendo sobre la biología, sobre los stocks de materias primas y sobre los servicios ambientales, es excesiva, al punto que las primeras manifestaciones de disfunción están a la vista. El incipiente calentamiento global, el agujero de ozono, la acidificación de los océanos, la pérdida de biodiversidad y la contaminación de las aguas son solo ejemplos tangibles de excesos generalizados.

A la Naturaleza le llevó millones de años crear al yaguararé, y lo hizo por única vez, y los seres humanos lo extinguiremos en cuestión de décadas. El otro día un amigo me decía: ¿y para qué queremos al yaguararé? La respuesta obvia es: porque es bello, majestuoso, y porque también tiene derecho a compartir el mundo,... y la no tan obvia es: porque el yaguararé es solo la punta visible del iceberg de lo que estamos haciendo con otras especies menos espectaculares pero seguramente muy necesarias a la salud de los ciclos naturales.

En realidad no sabemos con certeza qué estamos haciendo porque vamos demasiado rápido en un ecosistema que necesita tiempos muy largos para adaptarse. Somos conscientes del daño, percibimos que si queremos mostrar a nuestros hijos un yaguareté solo nos queda ir al zoológico o poner una película de *Discovery*, pero no valuamos correctamente que la pérdida de capital biológico por extinción no es un problema menor, y debido a la vorágine de noticias de cada día lo dejamos al final de la lista. La Naturaleza evolucionó millones de años para generar un mundo diverso, porque en la diversidad está la capacidad de supervivencia de la biología. Resulta obvio que si solo hubiera puesto leones en el mundo la cosa no hubiera funcionado.

Llegué a leer por ahí que un *intelectual (sic)* iba incluso más lejos y se preguntaba: *¿para qué queremos a la Naturaleza si en definitiva nosotros podemos hacerlo todo?*, y si bien esa es la posición extrema de un Humanismo delirante, debería encender la voz de alarma respecto al grado de confusión y pedantería que estamos alcanzando.

En la misma línea está la aseveración de *Stephen Hawking*, el científico inglés, que en las noticias de hoy dice que “*no podremos sobrevivir sin abandonar nuestro frágil planeta*” y que la Humanidad “*debería estar pensando muy en serio un plan de escape*” y remata aseverando que “*el futuro de los seres humanos está en el espacio*”. No volveré a explicar porqué esa afirmación es temeraria dado que ya lo hice en la pagina 279 del libro *No Somos Nada*, pero repito acá solo un concepto: el único planeta similar a la Tierra que encontró la NASA se llama Kepler 452-b, y se encuentra a 1.400 años luz de nuestra casa. Eso significa que incluso viajando a la velocidad de la luz –cosa imposible– demoraríamos 1.400 años en

llegar. Si al profeta Mahoma –que nació en el año 571 DC– se le hubiera ocurrido semejante idea, ahora estaría llegando al planeta Kepler 452-b, siempre y cuando su camello volara a la velocidad de la luz. Nos tranquiliza refugiarnos en sueños épicos, e incluso los científicos más prominentes del Planeta sucumben a la tentación...

Remato con la magnífica sentencia de la astrónoma *Lucianne Walkowicz*, que adorna la contratapa de mi libro *La Nube/ La Fogata*: “*Nuestro Planeta debe ser celosamente preservado, porque pensar que avances tecnológicos o viajes a Marte van a salvar a la humanidad equivale al capitán del Titanic convenciendo a sus pasajeros de que la verdadera fiesta ocurrirá más tarde en los botes salvavidas*”

La cuestión demográfica

La humanidad necesitó de toda su historia sobre la Tierra –200.000 años– para llevar su población a 1.000 millones de personas, cifra que alcanzó en el año 1800. En la actualidad genera un aumento poblacional de esa misma magnitud –1.000 millones– cada 13 años.

El crecimiento poblacional –como tantas otras cosas en la Naturaleza cuando no encuentran restricciones– es exponencial, y la población humana pudo subirse a una curva de este tipo a partir de la disposición irrestricta de energía. El aumento poblacional de cualquier especie necesita de una provisión acorde de recursos, y *Homo sapiens* lo logró mediante el uso de los combustibles fósiles que gatillaron todos los adelantos tecnológicos necesarios para proveerlo de alimento, vivienda, medicina y demás elementos necesarios para la vida.

Esta burbuja demográfica es la madre de todos los problemas, y sin embargo la menos atendida. Por mandato genético todas las especies intentan difundir su ADN y acaparar la mayor cantidad de recursos de su entorno, y como *Homo sapiens* encontró la manera de apropiarse de casi todos, no parará de crecer en número si no se toman *políticas activas* para frenarlo.

Mañana a esta misma hora habrá 220.000 personas más en el mundo reclamando su parte. En un año habrá casi dos poblaciones argentinas exigiendo al Planeta comida y refugio, y esto no parará hasta que nos estrellamos contra la pared del fin de la energía abundante y barata, de los límites de la ciencia o de la paciencia de la Naturaleza para limpiar nuestra casa. La Iglesia habla de *diálogo*, los economistas y los políticos prometen más *crecimiento*, y los científicos se desloman para extraer nuevos recursos del vapuleado ambiente. Mientras tanto los comerciantes y los banqueros hacen negocios.

Para colmo todo este crecimiento se sustenta en la provisión de energía de fuentes en franca caída de stocks, y en un ambiente que día a día nos grita con desesperación que paremos porque no da para más.

El relevamiento de stocks de materiales necesarios para la vida, de energía obtenible por medios renovables, y de servicios de la Naturaleza para limpiar nuestros desechos, indica claramente que este Planeta, de esta dimensión y sin ayuda exterior, solo puede albergar 2.500 a 3.000 millones de personas, ...y sin embargo ya vamos por 7.600 millones y en ascenso según una curva exponencial.

Semejante exceso fue hasta ahora posible porque la pequeña población anterior al año 1800 disponía de abundantes cantidades de todas esas cuestiones, y cuando se liberó la disponibilidad de energía por el hallazgo de las fuentes *no renovables* nos encontramos frente a un tesoro que decidimos aprovechar sin evaluar las consecuencias. No solo aumentamos la cantidad de individuos de manera desmesurada sino que cada uno de esas personas pugnó por consumir más para aumentar su confort. Ya vimos que un Norteamericano consume por 60 *Homo sapiens* cazadores-recolectores, y lo mismo sucede con –aunque en menor medida– un europeo, un asiático, un sudamericano, un australiano y hasta un africano. Dicho de otra manera, hemos aumentado la *población* del Planeta de forma exponencial y la curva de *consumos per cápita* lo hizo de igual manera, con lo que finalmente pusimos al *consumo total* en una curva doblemente exponencial. En la página 175 del libro *No Somos Nada* puede verse gráficamente como aumentó el consumo de energía, pero resumo acá que desde el año 1850 –descubrimiento del petróleo– la población mundial creció 5,5 veces y el consumo de energía per cápita lo hizo 9,1 veces, por lo que el consumo total aumentó $5,5 \times 9,1 = 50$ veces. Como el consumo de energía es un indicador casi lineal del uso de otros bienes y servicios que provee la Naturaleza, podemos suponer que hemos aumentado la presión sobre nuestro vapuleado Planeta en 50 veces en 167 años.

Cuando un poco más arriba en el libro hice referencia a la *cuestión energética*, mostré que el 80% de la energía que utiliza el ser humano para llevar adelante su vida y sus sueños proviene de fuentes *no renovables*, y agrego acá que al ritmo de actual de consumo –solo en petróleo quemamos 95 millo-

nes de barriles por día– en algún momento del siglo en curso estaremos raspando el fondo del tarro. Estamos viviendo un *intervalo* con disposición inusitadamente alta de energía, pero la condición de *no renovables* nos llevará por lógica a un fin de esa provisión abundante.

El motivo por el cuál personas pensantes como los humanos modernos no percibimos ese final trágico, es porque gracias a la tecnología hemos logrado extraer, transportar y poner a mano de los consumidores cantidades diarias enormes de energía a precios muy baratos, y la desinformación a que nos somete el sistema económico en boga nos crea el espejismo de que eso será siempre así. Sin embargo usted puede extraer dinero de su cuenta corriente bancaria a ritmo creciente, e incluso el último cheque puede ser el más jugoso de todos, pero el siguiente le será rechazado por falta de fondos. Con las energías *no renovables* estamos haciendo precisamente eso, aprovecharnos de la tecnología para extraer cada vez más y de lugares más difíciles –piense por un instante en Vaca Muerta– pero lo que es finito un día se acaba y la madre Naturaleza nos rechazará el siguiente pedido.

La tecnología no crea recursos, solo hace más eficiente su uso, y la eficiencia nos permite consumir *menos recursos por unidad producida*, pero no disminuye el *consumo total* –paradoja de *Jevons*.

Estamos practicando la ruleta rusa con nuestros nietos... ellos no lo saben, están afuera jugando a la pelota.

La cuestión genética

Partamos de la base de que la dotación genética del *Homo sapiens* no ha cambiado desde que se estableció como especie hace 200.000 años. Todas las modificaciones en sus costumbres, gustos y conductas pertenecen a la evolución cultural. Existen diferencias raciales y entre individuos, porque la diversidad es una norma en las especies vivientes, pero el genoma básico del hombre se mantiene casi inalterado desde que vivíamos como animalitos.

Con los mismos genes que contamos en la actualidad aquellos animalitos *sapiens* mataban a sus enemigos, robaban la comida a los más débiles, cuando daban con un árbol con frutos maduros se atracaban hasta reventar, disputaban las mejores hembras para reproducirse, muchos eran caníbales, y así todos –sin excepción– hacían lo que sus genes mandaban para ganar en la dura competencia por la vida y la supervivencia. La Naturaleza es competencia pura y sin cuartel y el que afloja desaparece, y desde esa óptica es lícito –y hasta necesario– robar, matar, y muchas otras cuestiones que nos parecen moralmente espantosas a los hombres modernos.

La *cultura* contiene, moldea, disimula y diluye el *mandato genético*, pero su alcance es limitado. Si prestamos atención a los mandamientos y dictados de la Iglesia Católica vemos que son normas que intentan moderar acciones que nos requieren nuestros genes.

La Iglesia condena la *avaricia*, que es hija de nuestro mandato genético de acaparar bienes del entorno para nuestro provecho; hace lo propio con la *soberbia*, que es nuestra manera de conseguir la mejor jerarquía en la tribu; con la *gula*, que

es el ansia genética de comer mucho y rápido para ganarle a los demás; con *robar*, que es una forma natural de apropiarnos de bienes para nuestro uso; con la *lujuria*, que sirve para propagar nuestros genes teniendo sexo con todas las parejas que podamos; *no matarás* intenta frenar nuestra agresividad genética para cuidar posesiones y territorios; y así sucesivamente. Como nos demuestra el comportamiento humano a diario –reflejado en los periódicos y en las noticias policiales– la cultura moldea y disimula los mandatos genéticos pero no los elimina, y ante la menor falla en la contención el ser humano vuelve a lo que sus genes le dictan: roba, mata, se pavonea, y acosa.

El hombre es también un ser social, y esa condición deriva de que desde siempre vivió en bandas que necesitaban cooperar entre sí para cazar y defenderse. Es así que nuestro cuidado del grupo familiar también es genético, y tiene un patrón de prioridades que no es casual. Hacemos cualquier cosa por nuestros hijos –incluso dar nuestra propia vida– porque nuestros genes necesitan perdurar a través de la descendencia, pero no hacemos cualquier cosa ni por nuestros padres ni por nuestros hermanos o primos, porque para nuestra supervivencia tienen una prioridad menor. Los amigos representan a los otros componentes de la tribu, y colaboramos con ellos y compartimos experiencias y buenos momentos, pero cuentan con una dosis menor de nuestra generosidad. Usted le compraría una casa a su hijo sin dudarle y quizás a sus padres, pero difícilmente haría eso por un amigo, y con seguridad no lo haría por un amigo de su amigo. La frase “*la solidaridad bien entendida comienza por casa*” se corresponde con un mandato genético que establece prioridades: primero los hijos, luego la familia, luego la tribu...

En un plano más amplio, la ayuda internacional y la relación entre los países también está moldeada por el mandato genético. ¿Cuánto estoy dispuesto a dar de lo mío para ayudar a un chico pobre del Congo? ¿Estoy dispuesto a abrir las fronteras y compartir con los exiliados de Siria mi bonito país? ¿Doy la bienvenida a los bolivianos y paraguayos que vienen a atenderse en mis hospitales? En realidad no, no y no, y no lo hago con gusto porque me exige pagar impuestos que restan confort a mi familia, ...y mi mandato genético me impele a acaparar todo lo posible para mí y los míos, no para otros seres humanos que no pertenecen a mi tribu.

Mi Patria, la Argentina, está sufriendo una regresión alarmante en todos sus valores morales porque hemos perdido la contención de la cultura. El espantoso espectáculo de ver a la clase política robando en consonancia con las empresas, los sindicatos, los funcionarios –desde Ministros hasta policías de tránsito– y con la complicidad interesada de los poderes Legislativo y Judicial, nos muestra que apenas se relajan los controles los seres humanos vuelven a utilizar lo peor de su bagaje genético. Robar, sobornar, matar, dejar al pobre o al anciano a la intemperie, acaparar para sí, pavonearse hasta la indecencia, ir por todo, mentir para engañar y los demás ejemplos de maldad extrema que hemos sufrido en estos años se condicen con la pérdida de los valores morales que construyó la evolución cultural para posibilitar la convivencia en paz. Perder la contención cultural es la vuelta al mandato genético, y este nos impele a acaparar a cualquier costo y a competir a sangre y fuego sin mirar quién sufre enfrente, porque retornamos a nuestra condición animal y hacemos lo que hacen los leones, las hienas, las hormigas y hasta los simpáticos picaflores: luchar sin piedad por los bienes del entorno.

Las normas de convivencia pertenecen al bagaje cultural –subjetivo– del *Homo sapiens*, y pueden ser cambiadas a voluntad porque no son leyes físicas sino convenios morales aceptados por una mayoría. Cuando ciertos grupos encuentran la forma de violarlas sin ser castigados retoman sus aptitudes genéticas de acaparar para sí sin importar los medios, y ocurre lo que está saliendo a la luz en nuestro país y que miramos desconcertados. Cristina, De Vido, Aníbal, Lázaro, López, Jaime, Odebrech, Cristóbal, Cirigliano, Oyarbide... y muchos otros nombres que nos indignan no tienen una carga genética distinta al resto de los argentinos –y de bebitos eran adorables, las mamás los mimaban y les hacían *ajó*– pero cuando pudieron eludir el cerco moral conformaron una asociación ilícita para delinquir sin importarles nada ni nadie. Perdieron el temor al castigo, se sintieron impunes, ...y como el ser humano se mueve en un delicado equilibrio entre la ambición y el temor, eliminado este último dieron rienda suelta a sus miserias.

Vemos con pavora que las inconductas y violaciones de las normas morales no son patrimonio argentino: el Brasil del Lava Jato y el Wall Street del 2008 son ejemplos cercanos en tiempo y espacio, y entonces deberíamos ponernos en alerta, porque varias restricciones importantes sucederán próximamente en el mundo, y de derrumbarse la contención cultural volverán a liberarse nuestras impiadosas conductas primitivas.

¿Qué ocurriría si este mundo superpoblado comenzara a quedarse sin energía, sin materia suficiente, o si se desmaterializara la Naturaleza? ¿y si la complejidad llegara a niveles insostenibles? Suelo cerrar los ojos e imaginar una ciudad sin energía, y lo que veo da para escribir el mejor de los libretos de cine catástrofe y vislumbrar como el hombre acorralado

volvería a cumplir con su mandato genético robando para alimentar a sus hijos y matando para tomar lo escaso.

La inconsistencia del proyecto humano, tesis de este trabajo, se debe a que armamos un mundo complejo y regulado basados en que las usuales fuentes de conflictos –materia y energía– ya no serían limitantes para nuestra especie. ¿por qué esclavizar a alguien para obtener su energía si un barril de petróleo cuesta 50 dólares? ¿qué sentido tiene robar si la materia es abundante, barata y hay para todos?

Sin embargo la pregunta que deberíamos hacernos es ¿qué pasa si lo que era abundante y barato deja de serlo? ¿cómo satisfago a la enorme cantidad de personas que me permití meter al mundo y le prometí proveerla?

Me temo que la respuesta es clara: no hay como abastecer en tiempo y forma el número de personas incorporadas durante el intervalo de la abundancia, y ante los primeros síntomas de escasez regularemos la población a lo posible como haría cualquier otra especie viva del Planeta: eliminando impiadosamente lo que sobra.

Cuando me siento a escribir un libro de este tipo –que tiene un claro mensaje de defensa de la Naturaleza– también se corresponde con un mandato genético que me ordena cuidar nuestro entorno y regular nuestras apetencias para que mis hijos y nietos no vivan un colapso. Estoy cuidando a mi descendencia. Y es así que cuando veo lo que veo en este mundo indolente y desinformado, mis genes se agitan y tiemblan, y entonces me siento en la necesidad –genética– de alertar a quién quiera oírme, y de luchar y enojarme con buena parte de los líderes del mundo que hacen lo posible por mal-informar y ocultar.

Porque alguien que no esté informado y que supone que todo está bien no va a gatillar su componente genético que lo mueva a defender el ambiente y a preservar los recursos. Y yo necesito en esa materia toda la ayuda que consiga, ...y entonces escribo este libro.

El Humanismo y el Capitalismo

El *Humanismo* y el *Capitalismo* son las religiones triunfantes de los últimos 200 años. Es tal el éxito que consiguieron que nada ni nadie pudo detenerlas.

El *Humanismo*, que consiste en hacer girar al mundo y su componentes alrededor de la especie triunfante –nosotros– se atrevió a menospreciar a todos y cada uno de los demás integrantes de la Naturaleza, a extinguir, a tomar para sí, a digitar y a reglar el Planeta a su antojo.

El *Capitalismo* demostró ser por lejos el sistema más eficiente par multiplicar la riqueza, sacar a mucha gente de la pobreza, y encarar obras faraónicas que modificaron para siempre la faz de la Tierra.

Entre ambas restaron relevancia a los dioses (Dios) porque les quitaron funciones. La medicina, la agronomía, las guerras, la astronomía, la meteorología y tantas otras cuestiones por las que antes se acudía a dios (Dios) o sus sacerdotes hoy las resuelve el hombre con su tecnología. Es así que las Iglesias y su poder menguado quedaron circunscritas a cuestiones morales. En todos los demás aspectos el hombre se atrevió a reemplazar a dios (Dios).

Parece recurrente, pero debo repetir que este éxito se debió a la particular situación de haberse contado con energía casi gratuita y con un mundo con abundantes materiales que solo había que ir y recoger. El conocimiento es hijo de la abundancia, y cuando la hubo la ciencia disparó la tecnología y llegamos a esta situación de esplendor que ni el más osado optimista hubiera predicho cuando hace 150 años comenzó la aventura del *modernismo*.

El *Humanismo* y el *Capitalismo* están hechos a la medida para un mundo en crecimiento y sin restricciones a la vista. El ser humano protagonista se siente ensalzado y la economía crece exponencialmente.

Lastimosamente armamos un mundo sumamente injusto y desparejo, diría que para unos pocos, ...pero se suponía que eso se corregiría más adelante.

Pues bien, ¿y ahora como seguimos?

Porque nuestras dos nuevas religiones, el *Humanismo* y el *Capitalismo* exacerbaron los mecanismos para crecer, pero no dedicaron ni un instante a evaluar los daños colaterales. Llevaron al Planeta y sus navegantes a una situación absolutamente inestable, porque potenciaron la carrera del crecimiento utilizando un combustible finito y hasta donde sabemos irremplazable. Consumimos millones de años de energía solar acumulada bajo el suelo en escasos 150 años, y cada vez que leo las soluciones propuestas para su reemplazo entro en pánico.

La norma es la confusión general: se junta un grupo de intelectuales, de políticos o de científicos y hablan con total soltura de que los *combustibles fósiles* serán prontamente reemplaza-

dos por *energías renovables*, como si eso fuera tan sencillo. Y donde se les solicita más especificidad comienzan a hablar de energía eólica y solar, y argumentan que son las que más han crecido en los últimos dos o tres años. Claro, crecen incluso más que el petróleo porque este ya tiene crecimiento cero –estamos en el cenit de la curva de *Hubbert*– pero por simpáticas y atractivas que parezcan son irrelevantes a los fines de modificar la matriz energética global. Otros soñadores irresponsables argumentan que oportunamente la ciencia encontrará el reemplazo, *como siempre lo ha hecho (sic)*, y finalmente algunos ponen sus expectativas en la energía nuclear, que ciertamente es la única capaz de generar energía abundante y eterna pero que su manejo es de una complejidad que asusta.

El *Humanismo* y el *Capitalismo* están a punto de quedarse sin combustible y sin tacho de basura –literalmente– y la ciencia está viéndose en figurillas para resolver la ecuación.

Porque de igual manera que la edad de piedra no se terminó por falta de piedras, la edad de las energías fósiles no concluirá solo porque se termine el carbón, el petróleo y el gas, sino también porque el ambiente no soportará eternamente que se le tiren los desperdicios.

No hay un solo postulante a la Presidencia de un país que no prometa crecimiento, y no hay ningún empresario que no sueñe con la expansión de su empresa, ni hay un solo individuo de a pie que no bogue por el aumento de sus consumos cotidianos. Y si bien eso es claramente imposible en un mundo finito, está imbuido hasta la médula en la cultura popular y continuamos pugnando por crecer y consumir.

El aumento del producto bruto interno (PBI) de un país tiene una correlación casi perfecta con el consumo de energía,

por lo que si queremos seguir creciendo debemos consumir cantidades crecientes de la misma.

Es claro entonces que el crecimiento demográfico y el aumento de los consumos de materiales y energía van en el mismo tren, y que el fin de la energía abundante y el deterioro ambiental van en otro. El problema es que circulan por la misma vía y en sentido contrario.

El proyecto de la humanidad, por llamarlo de alguna manera, dejó de ser viable. El *Humanismo* y el *Capitalismo* funcionaron de mil maravillas hasta que llegaron los límites, y si insistimos en correr para adelante asumimos el riesgo cierto de chocar. Pero ¿quién tiene el poder de cambiarlo?

A mi modesto entender nadie con dos piernas, solo la realidad.

Un baño de realidad

No existió ningún plan cósmico que decidiera crear nuestro Planeta y poner a los componentes naturales sobre él, incluidos nosotros mismos. Simplemente ocurrió, y hoy estamos parados en este puntito insignificante del Universo llamado Tierra y en este momento preciso de nuestra historia –el Siglo XXI– preguntándonos no tanto *como llegamos* hasta aquí sino *como seguimos*.

Observo afuera de mi ventana un mundo fundamentalmente *objetivo* y con solo pizcas de *subjetividad*. Si el viento corta una rama esta cae hacia el suelo, si llueve el piso se moja y la hierba crece, si prendo un fuego el campo se quema, el pajarito come porque debe cargar fuerzas para volar, la vaca cami-

na porque ve el pasto más adelante...todo *objetivo*, predecible y regido por las leyes de la física y la biología.

Y sin embargo estoy sentado frente a mi escritorio pensando frases que saldrán publicadas en algún día lejano, soñando con un viaje en Primavera, delineando planes para mis días de jubilado, organizando un encuentro de amigos...todas cosas *subjetivas*, modificables a voluntad y de ocurrencia incierta. En definitiva, por sobre las cuestiones *objetivas* que rigen mis designios, dispongo de un componente *subjetivo* que me permite dar *sentido* a mi vida. Solo los humanos hemos aprendido a manejar el componente *subjetivo* y a realizar cosas con *sentido*.

El proyecto *Humanista* y *Capitalista* en que nos embarcamos un tiempo atrás tenía el claro *sentido* de permitirnos crecer, aprovechar el entorno y obtener bienestar. Dadas las condiciones imperantes al inicio y durante su derrotero, nuestro proyecto fue operativamente viable y obtuvo el éxito esperado. Pero el diablo está en los detalles, y no supimos evaluar ni los daños colaterales ni la dimensión excesiva que estábamos adquiriendo.

Hoy –año 2017– el proyecto humano como estaba delineado ha perdido *sentido* y debe ser modificado, a riesgo de hacer colapsar a nuestra civilización. Ni el ambiente aguanta nuestros embates ni tenemos asegurado el combustible para seguir adelante a este ritmo infernal. Esas son limitaciones *objetivas* al proyecto humano –la maldición de las matemáticas– y no se resuelven ni con sueños ni con caprichos.

Fruto del éxito circunstancial de nuestro proyecto *Humanista*, construimos un mundo enorme y demandante, y acorde con su crecimiento fuimos aumentando su *complejidad*.

La *complejidad* es consecuencia de agolpar mucha gente en ámbitos reducidos, de tener que atender sus demandas y servir sus necesidades. Tuvimos que diseñar instituciones de todo tipo para reglar la convivencia, bastos sistemas de producción y distribución de alimentos, complejos mecanismos para atender la salud y la educación, hicimos una justicia inentendible y de tres pisos, convocamos Congresos para escribir leyes y reglamentos, ...y poco a poco fuimos perdiendo nuestro libre albedrío y sacrificando eficiencia a manos de la creciente *complejidad*. El Estado regulador se hizo además proveedor de todo lo que faltaba, las cargas impositivas se agrandaron y sus frutos se usaron no solo para las tareas específicas del Estado sino para ayudar a las personas que no lograban superar las exigencias del mundo moderno.

El Estado regulador aumenta la *complejidad* para disimular carencias, porque el *Capitalismo* fue exitoso solo para algunos. Desde la visión de los afortunados el camino ha sido un éxito, pero si nos colocamos del lado de los menos favorecidos –que son la inmensa mayoría– el premio solo fue el de disponer de algo más de medicina y de un luminoso teléfono celular. La justa distribución no es posible porque las mismas entrañas del *Capitalismo* exigen ganadores y perdedores –así funciona– y el ganador se queda con todo –o casi todo. Y el ganador además elige las autoridades, establece las reglas de juego, controla los inventarios, escribe los libros y relata las noticias de la televisión, y entonces le es cada vez más sencillo seguir ganando montado en una espiral virtuosa,... y finalmente la acumulación en pocas manos se torna insoportable.

Ya a esta altura de los acontecimientos nos damos cuenta que mejorar la calidad de vida de los pobres a niveles al menos dignos no es posible porque no hay inventario, no hay con qué.

Los pobres seguirán pobres porque el Planeta es finito y no tiene como proveer a todos. Por primera vez en la historia de la humanidad el propio hombre es un desecho de su civilización, y caemos en cuenta de que si el Mundo puede proveer a 2.500 millones de personas pero somos 7.600 y en ascenso, hay una cantidad de congéneres que sobran y deberán irse o vivir en condiciones paupérrimas. Las Naciones Unidas estiman que la población de humanos que *excede* la capacidad del Planeta ya es de 5.000 millones. Muy pronto habrá que decidir quién se va y quién se queda, o lo hará la Naturaleza por nosotros.

Y ni que decir que semejante despropósito fue posible solo porque la energía es abundante y barata, pero apenas se encarezca rogaremos a no sé que dios inexistente para que nos socorra, ...como hemos hecho siempre. Y nadie acudirá en nuestra ayuda, ...como ha ocurrido siempre.

Por ahora los Estados apilan y atienden a esa gente en villas, conurbanos, campos de ayuda, también con planes y subsidios, y a los más favorecidos los incorpora a una planta laboral que no necesita pero suponiendo que cumple una función social. Esto también incrementa la *complejidad* del sistema y nos sube otro escaloncito en la curva de la ineficiencia general.

Las clases medias, que aún disfrutan de cierta abundancia y se entretienen con los avances tecnológicos, empiezan a sufrir las primeras consecuencias de la *complejidad* excesiva. Como todo está regulado, para casi cualquier cosa deben hacer un trámite y pedir un permiso. Para cambiar un caño las regulaciones municipales las obligan a acudir a un técnico matriculado, para moverse de un lado a otro deben pedir autorizaciones y visas, para tener un automóvil cumplimentar mil trámites y pagar sus sellados, y para poner un kiosco

conseguir habilitaciones interminables. Todo esto aumenta los costos y la ineficiencia, aunque se piense lo contrario. La *complejidad* –a los niveles que ha llegado– es un estorbo a la creatividad de los individuos y al desarrollo de iniciativas de cara al futuro. Los sueldos son cada vez más cortos y en cualquier empresa solo unos pocos obtienen salarios dignos, y eso es consecuencia de la regla número uno del *Capitalismo* imperante: la oferta y la demanda. Como sobra gente, los sueldos serán bajos por siempre.

Comprar una vivienda se ha transformado en un emprendimiento que lleva toda una vida, porque al haber cada vez más gente que se traslada a las ciudades para vivir el *modernismo* –180.000 personas *por día* se mueven en el mundo del campo a la ciudad– la misma ley de oferta y demanda eleva los precios a cifras inalcanzables para casi todos. En mi país, la Argentina, donde los sueldos de los jóvenes de clase media rondan los 2.000 dólares mensuales de bolsillo y las propiedades dignas arrancan en 200.000 dólares, un joven necesita de ocho años y medio para pagar su vivienda inicial, pero claro, además debe comer, vestirse y criar hijos, y entonces el remanente es tan pequeño que se le irá la vida entera para comprar un departamentito.

El cuentapropismo, que otrora permitía a los jóvenes arrancar sus propios emprendimientos, hoy está limitado a unos pocos afortunados. Las corporaciones han acaparado los negocios y todo es de tal envergadura y complejidad que excluye a los individuos. Vaya uno a poner una farmacia en mi ciudad de Resistencia, o un almacén, o siquiera un kiosco. Todo es corporativo. Estando en el cine veía una publicidad de la cadena de hoteles *Ibis*, que comunicaba con todo orgullo que ya tenía 1000 hoteles en el mundo. Pues vaya uno a poner un hotelito...

Paradójicamente, y al contrario de lo que nos enseñaron y sería deseable, hoy en día es mucho mejor estar empleado en el Estado que en el sector privado. Se obtiene estabilidad laboral, mejores sueldos, jubilaciones más altas, mayores vacaciones y licencias, y el combo incluye una organización sindical que obliga a la actualización periódica de los salarios con independencia de la productividad. La actividad privada paga por todo eso y no recibe casi nada a cambio.

Pero cuidado, estamos pervirtiendo al propio sistema y llevando la *complejidad* a un punto en el que colapsaremos por ineficiencia.

Los que ya estamos mayores y dejando la vida activa, vemos con sorpresa y dolor que el sistema jubilatorio es un privilegio para unos pocos que reciben demasiado, una ayuda social para los que nunca aportaron, y una tremenda injusticia para los que lo hicieron y hoy deben conformarse con la décima parte de lo que necesitan para vivir los *años dorados*. Esto tampoco va a cambiar porque no hay recursos, el Estado bobo puesto a protector del mundo corporativo ha tomado a su cargo todas las tareas incómodas. Se privatizaron las ganancias y se estatizaron las deudas, incluido el mantenimiento de los mayores.

El sistema financiero ha sido pervertido a tal punto que las tasas de interés son nulas, porque las necesidades de efectivo no se obtienen de ahorristas privados sino de emisión por parte de los Bancos Centrales. Al contrario de lo que nos enseñaron, el ahorro es mala palabra, los gobiernos y los Bancos quieren que la gente consuma porque así se mueve la economía: las empresas facturan y los políticos ganan elecciones.

Todo a costa de nuestro futuro: con posterioridad a la crisis financiera llamada Gran Depresión –provocada por la avaricia

y la inmoralidad de la corporación financiera en el año 2008—la deuda global aumentó en 57 trillones de dólares. Como el PBI mundial —o sea la totalidad de Bienes y Servicios que produce el Planeta— es de 74 trillones (FMI año 2013) aumentamos la deuda global en casi un año de la producción abnegada de todos los habitantes del mundo...para arreglar el chanchullo de los perversos hombres de saco y corbata que miraron para otro lado y siguieron repartiéndose honorarios indecentes.

Portugal debe el 358% de su PBI y aumentó su deuda entre el 2007 y el 2014 en el 100%; Irlanda 390% de su PBI y 172 de incremento 2007/14; Italia 259 y 55; Grecia 317 y 103 y finalmente España 313 y 72. El Japón ostenta el récord mundial de deuda con el 400% de su PBI e incremento 2007/14 del 64%. China —el motor del mundo— escaló su deuda al año 2014 al 284% de su PBI, y ella solita ya debe 28 trillones de dólares, el doble de lo que debía al año 2007. El mundo en su conjunto debe más del doble de su PBI anual, o sea que llevamos consumido a cuenta dos años de toda nuestra producción de bienes y servicios.

Esos espeluznantes números son un baño de realidad, y demuestran que el brillo que vemos es una visión sesgada y cargan otra bala para jugar a la ruleta rusa con los que vienen detrás. Vendemos el futuro de nuestros hijos para satisfacer consumos presentes.

Es indudable que el conjunto social parecería estar mucho mejor que hace 100 años, pero ha sido a un costo altísimo, personal y comunitario, porque fabricamos un mundo injusto, inestable y sobredimensionado. Consumimos el capital natural que pusieron a nuestro cuidado y las próximas generaciones deberán lidiar con stocks menguantes, con nuestros desechos acumulados en los sistemas naturales y con una in-

sostenible cantidad de personas reclamando su parte en un entorno insuficiente y empobrecido.

El problema que enfrenta la humanidad no se va a resolver descubriendo más recursos, ni siquiera cambiando con éxito la matriz energética, solo se va a solucionar si somos capaces de *modificar nuestra cultura*, si volvemos a dar *sentido* a nuestro proyecto con un sistema que no requiera de crecimiento continuo. Debemos volver a las cosas importantes, detenernos a apreciar la belleza, desviar la vista de nuestros celulares para admirar las flores y revalorizar la Naturaleza.

Enfrentamos el fin de la abundancia, y ya no seremos capaces de restaurar nuestro hábitat al estado original porque la propia inercia de la humanidad desmadrada hará que el daño continúe por un buen tiempo. No repararemos el clima ni repondremos las especies perdidas, porque eso demandó 4.000 millones de años a un sistema natural que es necesariamente lento, pero podemos tomar lo bueno de lo que hicimos –que es mucho– e intentar reencauzar nuestro camino.

La tecnología produjo durante este periplo cosas maravillosas y de bajo impacto ambiental, como las comunicaciones, el internet, la fotografía digital, un software que cubre todos nuestros requisitos de bienestar y diversión, medicina de excelencia, eficiencia en los procesos productivos, etc. No necesitamos renunciar a nada de eso, pero tenemos que dejar de crecer en número de habitantes y en consumos, parar de dañar, dejar de ensuciar, y limitar nuestros requerimientos a lo posible. Lo expuesto necesita de un *cambio cultural* profundo, modificar la valoración de lo que es necesario y lo que no, volver a la austeridad, no desperdiciar, movernos localmente y en transportes no contaminantes, utilizar el espacio público, compartir...

El *Humanismo* y el *Capitalismo* ya no pueden dar *sentido* a nuestra civilización porque el crecimiento que requieren no es posible de ahora en más. Podemos engañarnos un tiempo, pero finalmente la realidad objetiva nos golpeará y nos hará cambiar a la fuerza. Muchos grupos humanos están viendo esto y trabajando en consecuencia, pero lamentablemente el poder de decisión está en manos corporativas e institucionales que no quieren cambiar porque el sistema tal cual está montado los provee de demasiado.

Si no modificamos a tiempo nuestra cultura retomará el control el *mandato genético*, y nuestros genes nos harán destruir lo que sobra, que son los humanos más débiles. Cuando ya no haya inventario suficiente los hombres a cargo del poder defenderán sus posesiones, y los más débiles retornarán a las *hambrunas* y a las *guerras* hasta que se alcance un nuevo equilibrio. La secuencia será cruenta y dolorosa, y está en nuestras manos evitarla.

Le recuerdo que los cazadores-recolectores trabajaban 4 horas y descansaban el resto del tiempo, no hacían colas en los bancos ni iban al psicólogo para aliviar su stress. ¿Valió la pena el periplo? Bueno, ahora ya es tarde, miremos hacia adelante...

La visión optimista

Un sector importante de la población –entre los que yo no me cuento– tiene una visión completamente diferente de los sucesos vividos y de los tiempos por venir. Copio a continuación un mensaje que anduvo circulando por las redes sociales y que pinta bastante bien esa posición:

“Bienvenidos a la Era Exponencial:

En 1998, Kodak tenía 170,000 empleados y vendía el 85% de todas las fotos en papel del mundo. En muy pocos años, su modelo de negocio desapareció llevándolo a la quiebra. Lo que le pasó a Kodak le pasará a muchas industrias en los próximos 10 años, y muchas personas no se dan cuenta. ...¿Ud. pensaba en 1998 que 3 años más tarde no volvería a tomar fotografías en papel?

Sin embargo, las cámaras digitales fueron inventadas en 1975. Como todas las tecnologías exponenciales, fueron una desilusión por un largo tiempo antes de que se convirtieran en muy superiores y fueron la tendencia principal en pocos años.

Ahora pasará con la Inteligencia Artificial, salud, carros eléctricos autónomos, educación, impresión 3D, agricultura y puestos de trabajos.

¡Bienvenido a la 4ta. Revolución Industrial! El software cambiará la mayoría de industrias tradicionales en los próximos 5-10 años.

- Uber es solo una herramienta de software, no posee ningún vehículo, y ahora es la compañía de taxis más grande del mundo. Airbnb es ahora la compañía de hoteles más grande del mundo a pesar de no poseer ninguna propiedad.*
- Inteligencia Artificial: La computadoras serán exponencialmente mejores en entender al mundo. Este año, una computadora venció al mejor Jugador de Go del mundo –juego chino más complejo que el ajedrez– 10 años antes de lo esperado.*

En USA jóvenes abogados ya no consiguen trabajo porque con IBM Watson, puedes conseguir asesoramiento legal –en cuestiones básicas– en segundos, con una precisión del 90% comparado con la precisión del 70% de los humanos. Así que si usted estudia derecho, pare inmediatamente. Habrá 90% menos abogados en el futuro.

- Watson Health ya está ayudando a enfermeras a diagnosticar cáncer, con 4 veces más precisión que las enfermeras humanas. Facebook tiene ahora un software patrón de reconocimiento que puede reconocer caras mejor que los humanos. En el 2030, las computadoras serán más inteligentes que los humanos.*
- Carros autónomos: en el 2018 aparecerán al público los primeros autos autónomos. Alrededor del 2020, toda la industria comenzará a tener problemas. No querrás volver a tener un auto. Llamarás un carro con tu teléfono, aparecerá donde estás y te llevará a tu destino. No tendrás que estacionarlo, solo tendrás que pagar por la distancia recorrida y podrás trabajar mientras viajas. Nuestros niños no necesitarán una licencia de manejo y nunca poseerán un carro. Las ciudades cambiarán porque necesitaremos un 90%-95% menos autos. Podremos transformar las playas de estacionamiento en parques. 1.2 millones de personas en el mundo mueren cada año por accidentes de carro. Ahora tenemos un accidente en cada 100,000 kilómetros; con los autos autónomos eso cambiará a un accidente en 10 millones de kilómetros. Esto salvará un millón de vidas cada año.*
- La mayoría de las compañías automotrices podrían quebrar. Las empresas automotrices tradicionales usan el enfoque evolutivo y solo hacen un mejor auto mientras las compañías tecnológicas –Tesla, Google, Apple– tienen el*

enfoque revolucionario y fabrican computadoras con ruedas. Hablé con ingenieros de VW y Audi y están completamente aterrados por Tesla.

- Las compañías de seguros tendrán terribles problemas porque sin accidentes, el seguro será 100 veces más barato. Su modelo de seguro de autos desaparecerá.*
- El negocio inmobiliario cambiará. Porque si puedes trabajar mientras viajas, las personas se mudarán más lejos de las ciudades para vivir ‘*
- No se necesitarán tantos garajes si menos personas tienen autos, así que vivir en las ciudades podría ser más atractivo debido a que la gente le gusta estar con otra gente. Eso no cambiará.*
- Los carros eléctricos serán lo convencional en el 2020. Las ciudades serán menos ruidosas porque todos los carros serán eléctricos. La electricidad será increíblemente limpia y barata: la producción de energía solar ha estado en una increíble curva exponencial por 30 años, pero solo ahora se puede ver el impacto. El año pasado, fue instalada más energía solar que energía fósil. El precio de energía solar caerá tanto que todas las compañías productoras de carbón estarán fuera del negocio para el 2025.*
- Con electricidad barata viene agua abundante y barata mediante desalinización. Imagine qué sería posible si cada uno pueda tener tanta agua limpia como quiera, casi sin costo.*
- Salud: El precio del Tricorder X será anunciado este año. Habrá compañías que construirán un artefacto médico –llamado el Tricorder de Star Trek– que interactúa con*

su teléfono, que puede hacer un scan de su retina, sacará muestra de su sangre y de su aliento en él. Entonces analizará 54 marcadores biológicos que identificará casi cualquier enfermedad. Será barato, así que en algunos años todos en este planeta tendrán acceso a medicina de clase mundial, casi gratis.

- Impresión 3D: El precio de la impresora más barata bajó de US\$ 18,000 a US\$ 400 en 10 años. En ese mismo tiempo, se volvió 100 veces más rápida. Todas las grandes compañías de zapatos comenzaron a imprimir zapatos en 3D. Partes de aviones actualmente se imprimen en 3D en aeropuertos remotos. La estación espacial tiene ahora una impresora que elimina la necesidad de grandes cantidades de partes que solían tener en el pasado*
- Al final de este año, los Smartphone nuevos tendrán posibilidades de escanear en 3D. Entonces Ud. podrá escanear su pie en 3D e imprimir el zapato perfecto en su casa. En China, ellos ya han impreso en 3D un edificio de 6 pisos. Para el 2027, 20% de todo lo que se produce será impreso en 3D.*
- Oportunidades de negocio: Si Ud. piensa en un nicho de mercado en el que quiere participar, pregúntese: “en el futuro, piensa que tendremos esto?” si la respuesta es sí, cómo lo puede hacer más rápido? Si no se conecta con su teléfono, olvídense de la idea. Y cualquier idea diseñada para tener éxito en el siglo 20 está destinada a fracasar en el siglo 21.*
- Trabajo: 70%-80% de los trabajos desaparecerán en los próximos 20 años. Habrá un montón de nuevos trabajos, pero todavía no está claro si habrá suficientes nuevos trabajos en ese poco tiempo.*

- *Agricultura: Habrá un robot de US\$ 100 dólares en el futuro. Los agricultores en los países del tercer mundo podrán convertirse en gerentes de sus propios campos en lugar de trabajar todos los días en sus campos. Los hidropónicos necesitarán mucho menos agua. Los primeros bistecs de ternera producidos en placas de Petri están ahora disponibles y serán más baratos que los producidos por el mismo ganado vacuno para el 2018. Ahora mismo, 30% de toda la superficie agrícola es usada para ganado vacuno. Imagínese si no se necesitase ese espacio más. Hay varias empresas start-ups que brindarán proteínas de insectos pronto. Contienen más proteínas que la carne. Será marcada como “fuente de proteínas alternativas” porque la mayoría de las personas todavía rechazan la idea de comer insectos. Los análisis de suelos y cultivos serán hechos desde satélites y drones y el control de plagas, nutrición y enfermedades se formulara en forma sostenible desde un computador.*
- *Educación: en una generación más, los campus quedaran reducidos a laboratorios de prueba e investigación y desarrollo de casos y técnicas, siendo la instrucción por internet y videoconferencia. Los exámenes también serán hechos remoto y detectarán si la persona “sabe” o está copiando o memorizando.*
- *Toda persona sin educación técnica o especializada, será esclavo financiero, sin derechos plenos de ciudadanía.*
- *Hay una aplicación llamada “Moodies” que ya le puede decir de qué humor se encuentra. Hasta el 2020 habrán aplicaciones que podrán decir si usted miente por sus expresiones faciales. Imagínese un debate político que muestre cuando están diciendo la verdad o están mintiendo.*

- *Los bitcoins se convertirán en uso normal este año y podrán incluso convertirse en la reserva de las monedas. El dinero en papel desaparecerá en 2 generaciones y toda transacción será electrónica.*
- *Actualmente, el promedio de vida se incrementa 3 meses por año. Hace cuatro años, el promedio de vida era de 79 años, ahora es de 80 años. El incremento mismo está creciendo y para el 2036 probablemente será de un año de incremento por año. Así que podríamos vivir por mucho tiempo, probablemente más de 100...*
- *Lo único que podría detener esta evolución es la aniquilación de la raza humana por unos pocos necios con poder y sin educación.”*

Anotaciones del alemán Udo Gollub y de Alejandro Guzman Stein, hechas durante la cumbre de la Universidad de la Singularidad llevada a cabo en Messe Berlín, Alemania en abril del 2016

Todo lo expuesto en el mensaje de arriba es muy agradable de leer y bastante más vendible que mi sombría idea del colapso, solo que se basa en premisas falsas. La energía solar no tiene ninguna posibilidad de hacer lo que dice el informe que hará, y entonces creamos un mundo de fantasía y azuzamos nuestra imaginación basados en algo que no ocurrirá. Del estilo: ...si me encuentro un millón de dólares en la calle viajaré a Europa, compraré un bonito auto, regalaré a mi mamá la casita que siempre deseó, ...etc.

Bueno, soñar es lindo, pero por las dudas que no encuentre el millón de dólares prepárese a ir a trabajar...

Epílogo

La isla de *Apipé Grande* hasta hace muy poco vivía en el pasado y albergaba a una comunidad de cazadores-recolectores de origen guaraní. La avanzada de la cultura europea con los Jesuitas en 1585 –y que duró hasta su expulsión en 1767– no llegó a este paraje por ser una isla de difícil acceso, y es así que se mantuvieron las costumbres guaraníes intactas. Estos pobladores vivían de cazar, pescar y recolectar frutos del monte, y moraban en construcciones precarias y poco duraderas. No quedan vestigios de su presencia porque nunca construyeron nada estable, y apenas nos legaron algunos entierros con urnas de barro.

Seguramente el número de habitantes de la isla estaba de acuerdo con los recursos, porque siendo un enclave cerrado no podían llegar animales de tierra firme. Los guaraníes vivían en equilibrio con la Naturaleza y cazaban lo suficiente para subsistir, pero evitaban la extinción de las especies porque eso significaría su propia desgracia. Que hayan perdurado carpinchos, yacarés, guazunchos y ciervos hasta nuestros días demuestra que la presión de los guaraníes sobre esas poblaciones era la adecuada para no extinguirlos.

La modernidad atrajo en los últimos años una población excesiva de seres humanos para las posibilidades de la isla, y para que la gente sobreviva se deben importar casi todos los alimentos y elementos indispensables desde el exterior. Incluso la economía local es insuficiente para mantener a los habitantes con su trabajo, y el Estado debe proveerles de planes sociales y empleos comunales.

Como corolario, en la actualidad la presión sobre la flora y la fauna de *Apipé* también es excesiva y sus poblaciones es-

tán en franco retroceso. Dos estaciones de Guarda-parques protegen a las especies remanentes e instruyen a los locales de la importancia de preservarlas. Otro grupo de pobladores intenta atraer turismo ecológico, que sería una buena manera de generar ingresos genuinos y cuidar los recursos. La reserva ecológica privada *Ymarangatí* ha incorporado sus 400 has a la conservación, y se añade a la Reserva Provincial que cubre unas 6.000 has del centro de la isla.

Si bien personalmente participo con entusiasmo de este esfuerzo conservacionista, en mi fuero íntimo sé que la batalla está perdida, porque la isla de *Apipé*, otrora equilibrada entre población y recursos naturales, ya no lo está. Sirve de ejemplo de lo que estamos haciendo a escala global: incrementando la cantidad de habitantes a niveles excesivos y con ello presionando a los ecosistemas, destruyendo el capital natural, aumentando la complejidad y los costos para cuidar especies que antes no necesitaban tutelaje, y poniendo a la población humana en situación de no poder sustentarse. La *modernidad* –que parecía un avance– terminó siendo un retroceso y hoy *Apipé* vive de los aportes del resto de los argentinos.

Llegado a esta altura del relato me sucede lo que a todos los autores que he leído: quisiera transmitir buenas noticias, decir que la salida es sencilla y que solo hace falta modificar un par de cosas menores. Muchos de mis colegas sucumben a la tentación del *final feliz*, y de la mano del subjetivismo idean soluciones mágicas o de baja probabilidad de ocurrencia, otros cifran sus esperanzas en cuestiones cualitativamente ciertas pero cuantitativamente imposibles de instrumentar. Sería fácil para mí mencionar que la luz del sol o la fuerza del viento reemplazarán a las energías fósiles, porque entonces solucionaría el problema energético y el ambiental de una sola pincelada y me iría a dormir tranquilo. O hacer como la Iglesia Católica, que supone que

las respuestas vendrán por el lado del *diálogo*, porque es una forma cómoda de tirar la pelota al frente sin comprometerse con nada. También es tentador ponerse en manos de la *tecnología*, y asegurar que a medida que se presenten las necesidades los científicos idearán las respuestas. O decir –como *Stephen Hawking*– que iremos al espacio, sin explicar cómo y a dónde, o hacer como *Noah Harari* que nos visualiza tan avanzados e integrados a una computadora que pasaríamos a ser crónicamente felices y además inmortales, ...o sea casi dioses.

Sin embargo –y para mi desgracia– percibo una situación completamente diferente. Por un lado observo que nadie tiene una *visión integral* del problema, todos miran el pedacito que mejor conocen y ahí ponen sus esperanzas. Pero la realidad indica que el cóctel del *reemplazo energético*, la *destrucción del ambiente*, la *complejidad excesiva* y sobre todo la *superpoblación* –que es la madre de las tres anteriores– requiere para su corrección de una transformación tan drástica y profunda que implica un giro de 180 grados en todo lo que venimos haciendo. Semejante cambio cultural, que incluye la formación de un poder supranacional con capacidad para ordenar y regular activamente el control de la población, y que reemplace el capitalismo triunfante por un nuevo sistema que promueva el decrecimiento, la austeridad y las restricciones al consumo, es impensable a esta altura de la historia.

Simplemente la humanidad optó por jugar a la *ruleta rusa* y esperar que lo peor no suceda. Hemos dado tal inercia a nuestras creencias *Humanistas* y *Capitalistas*, que no creo que las cambiemos salvo en situación de catástrofe.

Muchos grupos de seres humanos preocupados y responsables están trabajando desde el llano para promo-

ver el cambio cultural que salvaría a la civilización:
<http://www.resilience.org/tieneunBlogimperdible>. Otros son:
<https://www.degrowth.de/en/> - <http://www.artberman.com>
y varios más.

La aproximación al futuro más interesante que he leído es el libro *Pasaje al Futuro* de Santiago Bilinkis (que fotografío abajo), donde este argentino inteligente y formado en la cumbre del saber mundial despliega una versión equilibrada de lo que la humanidad ha puesto en juego y de los riesgos que implica subir a ese avión con destino incierto. Desde mi punto de vista Bilinkis pone excesivas esperanzas en que todo ocurrirá según lo que la humanidad necesita y no sobre lo que la Naturaleza es capaz objetivamente de otorgar. Su confianza en la tecnología y la inventiva humana es casi mística, y da por sentado de que el reemplazo energético se obtendrá –otra vez– *de una u otra manera...*

Posiblemente mi discrepancia con este autor y con gran parte del mundo intelectual “optimista” radica en una palabra cortita: el *si* en español, o el *if* en lengua inglesa, o sea el condicional.

Si (if) –y solo *si*– nuestra civilización sobrevive a la bomba que estamos armando tendrá relevancia lo que estos autores dicen que lograremos a fuerza de tecnología, pero caso contrario sus sueños y proyecciones no llegarán nunca a concretarse porque no estaremos para disfrutarlas.

De lo que yo hablo en este ensayo es del paso previo, de la supervivencia a una situación que hemos creado y que en visión amplia no es sustentable y nos llevará a chocar contra la realidad, que es de piedra dura.

No es relevante a los fines de preservar a la civilización humana curar el cáncer, ni ver en más colores, ni correr más ligero que Usain Bolt, ni viajar por el espacio. Tampoco que nuestros celulares sean más completos y ni siquiera que vivamos más tiempo y disfrutemos de una felicidad lograda con shocks de químicos aplicados en nuestra sangre. Todo lo que necesitamos para ser plenos y felices ya lo tenemos, y con mucho menos hemos recorrido un largo camino hasta llegar a este punto de la historia. Solo con lo que ya tenemos, y si no nos ponemos muy tontos, podemos perdurar mucho más y gozar de este mundo maravilloso.

Pensar el futuro al mismo tiempo que destruimos los puentes para alcanzarlo, no suena muy sensato. Pero en esa tarea estamos, fanfarrones, orgullosos de mirar desde la cumbre de la pirámide evolutiva, y destruyendo un mundo que ya es tan maravilloso que cada vez que lo miro resquebrajarse me causa ira y dolor.



En el cierre vuelvo a hacerme la misma pregunta que me incentivó a escribir mi primer libro *–No Somos Nada–* y que me llevó a cuestionarme:

Si: *“...Ese mundo que soñamos para nosotros y nuestras familias, que idealizamos en nuestras más descabelladas fantasías, pletórico de formas bellas, de movimientos gráciles, de colores indescriptibles, de sonidos maravillosos, diverso, lleno de vida, divertido, audaz, cambiante y sorprendente...”*

Si: *“...Ese mundo confortable, con instrumentos maravillosos que nos facilitan la vida, con alimentos seguros, con sistemas de comunicación que ni las películas más osadas hubieran supuesto, con energía eléctrica que llega a nuestros hogares por un hilito y hace las más duras tareas por nosotros...”*

Si: *“...Ese mundo especializado, con artistas que nos hacen reír o llorar, con construcciones bellísimas, con bibliotecas atiborradas de libros, con deportistas formidables que nos muestran sus habilidades sin movernos de casa, con universidades que investigan y enseñan, con médicos que nos curan...”*

Si: *“...Ese mundo... Ya lo tenemos y solo es necesario no romperlo! ...”*

...¿Qué sentido tiene arriesgarlo todo por lograr una computadora, un chip, un dron, un robot o lo que fuera que en definitiva emulará a nuestro mismo cerebro y a nuestro mismo cuerpo....que ya los tenemos?

...¿que sentido tiene atiborrar, ensuciar hasta destruir y afear a nuestro planeta Tierra suponiendo que seremos capaces de encontrar algo allá afuera siquiera parecido?

¿Haremos artificialmente algo más bello que un picaflor?
¿Deseamos realmente reemplazar lo maravilloso de esta Naturaleza –que ya la tenemos y recibimos graciosamente mediante un proceso constructivo de millones de años– por algo fabricado artificialmente por unos pedantes seres humanos que saben arrancar el tren de sus ilusiones pero que no tienen idea de hacia donde los conduce?

Dejo en manos de los lectores la redacción del final de esta historia, en lo personal he decidido que esta será mi última publicación sobre el tema energético y ambiental, simplemente porque no tengo mucho más que decir y porque no quiero transformarme en un agorero y transmisor de malas ondas.

A medida que se alcanza la madurez nuestra valoración del tiempo es diferente porque se transforma en un bien escaso, y habiendo perdido ya demasiados amigos y visto a otros con problemas de salud, mi intención es vivir el día a día disfrutando de cada momento y de cada suceso. Y sobre todo hacer cosas para generar historias y aventuras que signifiquen relatos para mis nietos en el futuro.

La felicidad es la hija dilecta del libre albedrío, no hay mayor valor que disponer de nuestro tiempo para hacer lo que nos plazca. Algunos de mis amigos disfrutaban de su trabajo y piensan seguir haciéndolo por siempre, otros sueñan con viajes, y otros con hacer cosas que la vida les estuvo negando. En mi caso la felicidad está en el aire libre, la orilla del mar y la aventura.

Voy a por ello.

El montículo

Introducción

Esta historia comienza hace 2.600 años cuando un hombre se sentó a comer ostras y almejas a la orilla del mar. Comía esos deliciosos animales abriéndolos al medio y tirando las conchas a su alrededor. Tan abundantes eran, y tan nutritivos, que decidió traer a su familia e instalarse a vivir allí, y a partir de ese entonces él y sus descendientes siguieron comiendo ostras y almejas y tirando las conchas al piso por milenios. Todo era tan bueno y relajado que no había porqué cambiar, los sucesos ocurrían muy lentamente por aquellas épocas.

Mientras estas personas comían almejas y tiraban los desperdicios a un costado, en otros lejanos parajes la vida era bastante más agitada. Los egipcios construían pirámides, los griegos y los romanos imperios, nacía y moría Jesucristo, Atila conquistaba Europa, y los españoles descubrían América sin quererlo.

Pero dado que todo eso sucedía sin que estos come-ostras tuvieran la menor idea, ellos seguían comiendo frutos del mar y tirando las conchas al piso.

La historia termina cuando la pila de conchas alcanzó siete metros de altura, treinta de ancho y doscientos de longitud y otros hombres, venidos de lugares lejanos y con mucho apuro, los echaron para siempre.



Fotografía del Siglo XIX mostrando la dimensión original del montículo de conchas

A finales del año 2016 mi mujer y yo decidimos visitar un parque en la localidad de *Júpiter* sin tener demasiada idea de qué se trataba. El nombre era *DuBois Park*, y quedaba en la desembocadura de los ríos *Loxahatchee* e *Indian* en el océano Atlántico. Nos llamó la atención una bella casa antigua enclavada en la cima de un enorme montículo que inicialmente supusimos de arena o tierra, pero que terminó siendo la acumulación de conchas marinas que tiraron durante miles de años los habitantes del lugar que se alimentaban de frutos del mar.

Visitamos la casa, escuchamos los relatos de la guía y poco a poco comencé a hilvanar distintas historias con nombres que me sonaban familiares: ¿Quién era *DuBois*, el que daba el nombre al parque? ¿y *Jonathan Dickinson*, que también tiene un enorme parque a su nombre? ¿y el mítico *Trampero Nelson* por cuyo campamento a orillas del río *Loxahatchee* pasé navegando en mi kayak?

A poco de empezar a informarme para contestar las preguntas que yo mismo me formulaba, caí en cuenta de que todos los relatos que llamaban mi atención habían ocurrido en –o cerca de– el montículo de conchas que habíamos visitado, y decidí investigar un poco más. Es así que descubrí tres historias que merecen ser contadas.

El río *Loxahatchee* tiene tres brazos –como un tridente– que confluyen y desembocan al océano Atlántico en la localidad de *Júpiter*, en el Estado de Florida, USA. Es el río mejor preservado del Estado y se encuentra en una condición natural sorprendente a pesar del embate de la modernidad y los desarrollos urbanos que se sucedieron. Sendos parques estatales lo protegen a ambas márgenes desde sus nacientes hasta la desembocadura: el *Riverbend Park* y el *Jonathan Dickinson State Park*.

El *Loxahatchee* vierte sus aguas al océano a través de una boca (*inlet*) que divide a la localidad de *Júpiter* en dos, y es sobre la margen derecha del río –y justo a la salida al mar– que se encuentra el montículo de conchas que construyeron nuestros glotones antecesores.

Como en *Júpiter* la tierra dibuja una panza que entra al océano, la corriente del Golfo circula muy próxima a la costa, y eso le confiere una riqueza íctica que la ha hecho famosa por sus pesqueros. Esa naturaleza generosa es también el motivo de que numerosas tribus indígenas se asentaran desde siempre en sus orillas a vivir.

El primer relato trata de un episodio ocurrido hace 320 años –a los 100 de la llegada de Colón a América– y cuenta la odisea de un grupo de europeos atrapado por la tribu de indí-

genas *Jobe*, precisamente la que agrandaba por ese entonces el montículo de conchas cada vez que se alimentaba.

El segundo relato hace referencia a una familia que a principios del Siglo XX –ya echados los indios *Jobe* del lugar– compró las tierras que contienen el montículo, construyó su casa en la cúspide, y las conservó hasta años recientes. Cuando finalmente el Estado adquirió la propiedad y la convirtió en el *Parque Estatal DuBois* la casa fue restaurada y el montículo pasó a integrar el Registro Nacional de Lugares Históricos para hacerlo intangible y protegerlo.

Finalmente, el tercer cuento comienza en las proximidades del ya famoso montículo cuando un joven polaco se enamora del lugar, y yendo a vivir a la selva del *Loxahatchee* se convierte en el último *Tarzán* de la era moderna. Tan inspiradora me pareció esta historia que en la última parte del libro relato un viaje en *kayak* realizado en dos oportunidades –2015 y 2016– con mi hija Lucía recorriendo el *Loxahatchee* desde sus nacientes para visitar el enclave donde moraba esta leyenda humana: el campamento del *Trampero Nelson*.

Esta parte del libro intentará mostrar la forma en que se ha acelerado la línea del tiempo, y cómo episodios que demandaban siglos o milenios hoy son reemplazados por otros que ocurren en décadas o incluso años. La modernidad, el crecimiento poblacional, el mundo de los negocios y la histeria colectiva no se frenan ante nada, y donde hace un par de generaciones vivían indios comiendo almejas hoy circulan autopistas, se construyen mansiones y navegan yates que pondrían amarillo a un jeque árabe. Nos hemos acostumbrado a la velocidad y a los cambios continuos, cuando la norma siempre había sido la estabilidad y la ausencia de novedades.

Los tres cuentos que siguen mostrarán como una región equilibrada entre pobladores y la naturaleza que los contenía, luego de milenios de paz fue disturbada por la llegada de seres humanos que huían de la superpoblación y la falta de recursos en sus lugares de origen, y cómo esa situación hizo desaparecer a los habitantes originarios y produjo modificaciones en el ambiente, al punto que lo poco que se preserva de lo antiguo está recluso en parques protegidos a modo de vitrina de lo que una vez fue.

La población de todo el continente americano a la llegada de Colón era de unas 30/40 millones de personas, y hoy solo el pequeño estado de Florida, donde se desarrollan mis cuentos, tiene 21 millones de habitantes. Y toda América contiene –a esta altura– 1.000 millones de seres humanos.

Intentaré mostrar a modo de ejemplo como un lugar geográfico –*Júpiter* y sus alrededores– pasó de la estabilidad de los cazadores-recolectores a la presión de los conquistadores, luego a la transición a la modernidad, y finalmente a la explosión de población y consumo que se llevó puesto –entre otras cosas– a nuestro último *Tarzán*.

La odisea del *Reformation*

En el contexto de la guerra anglo-española que se desarrollaba en el Caribe a poco del descubrimiento de América, *Jamaica* fue el enclave utilizado por las tropas inglesas enviadas por *Oliver Cromwell* para contrarrestar la supremacía española en la región.

En realidad *Jamaica* ocupó ese papel por casualidad: *Oliver Cromwell* –el Lord Protector del Commonwealth de Inglaterra, Escocia e Irlanda– quería conquistar *Santo Domingo* –la antigua *Hispaniola* descubierta por Colón– y al efecto envió al Almirante William Penn y a su segundo Robert Venables al mando de una flota de 34 barcos y 13.120 soldados a realizar la tarea. Los españoles defensores de *Santo Domingo* eran apenas 2.400, pero en solo una semana de abril de 1655 vencieron a los invasores ingleses y les infligieron 600 bajas contra 30 propias.

Ante semejante desastre militar el Almirante Penn y su ayudante no sabían con que cara contar esto al regresar a su patria, amén de que tenían la certeza de que serían condenados a muerte. Es así que deciden jugar una carta desesperada, y fuera de todo libreto desembarcan en la desprotegida *Jamaica* y la conquistan. Esta isla solo contaba con mínimas defensas y una población de 1.500 almas incluyendo granjeros, mujeres y niños. El 21 de mayo de 1655 siete mil soldados ingleses bajan a tierra y obligan a retroceder a los españoles comandados por un valiente hacendado llamado Proenza, que buscan refugio en el interior de la isla.



Jamaica quedó así en manos inglesas, pero las siguientes semanas fueron un desastre y las tropas comenzaron a morir por hambre y enfermedades. Es así que llegado el mes de agosto Penn y Venables no tuvieron más remedio que embarcarse rumbo a Inglaterra con parte de sus tropas, donde apenas arribados no lograron escapar a su destino y fueron defenestrados y encerrados en la Torre de Londres.

Mientras tanto en *Jamaica* de los 7.000 soldados desembarcados, al año siguiente solo sobrevivían 2.500, y los españoles rebeldes que aún permanecían en la isla también habían sido diezmados por las enfermedades, incluido su líder Proenza.

De los ingleses sobrevivientes el que interesa a este relato es *Francis Dickinson*, que fue encomendado a criar caballos para proveer a las tropas, al tanto que retribuido con dos enormes plantaciones que totalizaban veinte millas cuadradas. La caña de azúcar conformaba la mayor riqueza exportable del Caribe, habida cuenta de que en las islas no había plata ni oro, los principales objetos de deseo de la época. En el año 1663 nace su hijo *Jonathan* que apenas tuvo edad suficiente se dedicó al comercio en *Port Royal*.



Port Royal fue la población principal del Caribe durante muchos años, puerto protegido, centro de comercio, y refugio de los *privateer*, navegantes privados que mediante autorización explícita (*letter of marque*) de sus gobiernos combatían a las naves enemigas o invadían las ciudades costeras y las saqueaban, cobrándose sus servicios con una parte del botín.

El más famoso de estos personajes posiblemente es Sir Francis Drake, nombrado caballero por la reina Isabel I por su desempeño en la guerra contra España y por haber circunnavegado la Tierra por segunda vez –entre 1577 y 1580– pero siendo el primero en lograr la hazaña completa (el portugués Fernando de Magallanes partió en 1519, murió durante el viaje, y en 1522 lo reemplazó Sebastián Elcano. Habiendo zarpado de Sevilla una flota con 5 naves y 270 hombres, retornó una sola con apenas 18 tripulantes).

Años más tarde otro famoso *privateer* trabajando para la corona inglesa fue Sir Henry Morgan, artífice –entre muchas cruentas hazañas– de la toma y saqueo de la ciudad de Panamá, de Puerto Príncipe en Cuba, de Porto Bello en Panamá y de Maracaibo y Gibraltar en Venezuela. Se hizo tremenda-

mente rico con su actividad, y fue además Gobernador de Jamaica y terminó comprando 3 plantaciones de caña de azúcar.

Como *Jamaica* era inglesa, los *privateer* y piratas franceses hicieron su refugio en la isla de *Tortuga*, pero el comercio de los botines, lícitos o pirateados, se realizaba en *Port Royal*.

Con semejante calidad de pobladores y visitantes *Port Royal* tenía una taberna cada diez personas y era considerada *la ciudad más pecadora de la Tierra*.

Jonathan Dickinson, el hijo de *Francis* y héroe de este cuento, se crió durante el apogeo de *Port Royal* y demostró tener una inteligencia superior, ser muy buen comerciante y poseer un don de gentes que le confirió gran aprecio entre sus colegas. Era además un *cuáquero* devoto, interesante condición en el inmoral entorno donde le tocó operar.



Jonathan Dickinson

Pero como la historia nos demuestra con frecuencia, los eventos son impredecibles, y a las 11:43 del 7 de Junio de 1692 se desencadenó un hecho que hizo de bisagra en toda este relato. Un devastador terremoto en solo dos minutos hundió 9/10 de *Port Royal* bajo el nivel del mar, arrastrando a 2.000 personas a la muerte, dejando visibles solo las puntas de las casas de dos pisos y destrozando veinte barcos amarrados al muelle del puerto. Instantes más tarde un tsunami completó la tarea. En los días siguientes perecieron otras 3.000 almas por enfermedades y heridas, y de los 6.500 habitantes originales del poblado solo sobrevivieron unos pocos y con sus familias y posesiones destrozadas.

Se atribuyó la ocurrencia del desastre a un castigo divino por ser *Port Royal la ciudad más pecadora de la Tierra*, cuestión que parece a todas luces una fantasía: ...salvo que en 1703 un incendio quemó lo reconstruido,... y que finalmente en 1722 un huracán volvió a transformar todo en escombros obligando al abandono definitivo de la otrora famosa villa. Las brujas no existen, pero que las hay...las hay.

Jonathan Dickinson fue afortunado y sobrevivió al terremoto, pero su negocio desapareció y debió repensar su futuro. En el año 1696 decide buscar nuevos horizontes en la ciudad de *Philadelphia*, para lo cuál encomienda a su hermano *Caleb* el cuidado de las plantaciones familiares y se embarca con su esposa *Mary*, su hijo de seis meses *Jonathan Jr.* y sus diez esclavos en el buque *Reformation*.



Completaba la lista de embarcados el Comandante y su ayudante, cinco marineros, dos Masters, el predicador *cuáquero* Robert Barrow, Benjamín Allen –pariente de *Dickinson*– y una indiecita de nombre Venus. En total 25 almas iniciaban una aventura que signaría sus vidas para siempre, y que a varios de ellos se la arrebató sin piedad.

Este periplo tomó de golpe un rumbo imprevisto y llevó a la familia *Dickinson* a conocer –sin proponérselo– el montículo de conchas del inlet del *Loxahatchee*, y pronto veremos que además incorporó su nombre a la geografía del Estado de Florida mediante la designación de un parque estatal en su honor.

El *Reformation* zarpó de *Port Royal* el 23 de Agosto de 1696 con destino a *Philadelphia* acompañado en caravana por otros 12 buques que intentaban otorgarse protección mutua durante el viaje. Una calma chicha que duró varios días separó a las embarcaciones entre sí dado que la propulsión a vela no permi-

te ir a donde uno quiere si no se cuenta con viento suficiente. El 18 de Septiembre el viaje cobró sus primeras víctimas y una repentina ráfaga tiró al piso y quebró la pierna del Master Joseph Kirle, y ese mismo día la indiecita del nombre dulce –Venus– no soportó una enfermedad que la tenía a maltraer y murió. El 20 de Septiembre el *Reformation* seguía aún en el Caribe sin lograr poner proa a su destino. Casi un mes de navegación para nada, y con la constante amenaza de ser descubiertos por los buques franceses que recorrían el área.

Pero luego de la calma viene la tempestad, y esta llegó en la forma de un huracán que arrastró a la indefensa embarcación con rumbo al sur, hasta que finalmente el 23 de Septiembre a la una de la mañana la tiró contra la costa en la Isla de *Júpiter*, apenas al norte de la desembocadura del río *Loxahatchee* en el océano Atlántico –y dicho sea de paso– muy cerquita del montículo de conchas que agrandaban los indios *Jobe* a medida que comían almejas y ostras.

Los naufragos estaban en muy malas condiciones: el bebé *Dickinson* enfermo, al igual que el predicador Robert Barrow y Benjamín Allen, al tiempo que Joseph Kirle seguía padeciendo con su pierna quebrada.

No bien despuntó el sol del día siguiente, los naufragos comenzaron a rescatar del barco todo lo que sirviera –fuera pertrechos o comida– preparándose para sobrevivir en su nueva condición de catástrofe. Por fortuna recuperaron el bote auxiliar, que sería clave en los tiempos por venir.



Pocas horas más tarde fueron descubiertos por los indios *Jobe* –los come ostras del montículo– quienes demostraron una gran agresividad. Al pobre bebé *Dickinson* un nativo le metió un puñado de arena en la boca, y se apropiaron de todas las pertenencias rescatadas y de las que aún permanecían en el barco. A los asustados náufragos les gritaban “*Nickaleer*” –con lo que querían decirles “*Inglese*”– por lo que se supone que tenían un odio especial hacia personas de aquella nacionalidad acuñada en encuentros previos. Por fortuna uno de los marinos del *Reformation* –llamado Solomon Cresson– hablaba correcto español y pudo confundir a los indios diciéndoles que no eran ingleses sino españoles, ya que pronto descubrieron que los *Jobe* tenían cierto respeto por los hispanos que los obligaba a contener su agresividad.

Llevados prisioneros al poblado *Jobe* –que rodeaba al famoso montículo de conchas– el trato mejoró a medias. Por un lado les arrancaron todas las ropas, y por otro la mujer

del cacique se apiadó y amamantó al pequeño *Jonathan*. Los indios ofrecieron comida a los náufragos, y estos la tomaron con reparo temiendo que fueran antropófagos y estar siendo engorados para la olla.

El *Reformation* fue saqueado y quemado por los salvajes, y finalmente el 28 de Septiembre el grupo fue autorizado a partir. Solo llevaron lo que no resultó de interés para los *Jobe*, y el inventario se redujo a vino, manteca, azúcar, chocolate, un cuadrante, un yesquero y dos cuchillos. Muy poco para 24 almas en desgracia, enfermos y debilitados, casi desnudos y con un bebé en brazos. En realidad 23, porque el cacique decidió a último momento quedarse para sí a un joven esclavo llamado Caesar.



Antiguo mapa de Florida: se ve el inlet del Loxahatchee y la localidad de St. Augustine

El destino programado era la población de *St. Augustine*, fortificada y habitada por tropas españolas, distante 370 kilómetros hacia el norte. Los integrantes sanos del grupo de náufragos realizarían el periplo caminando por la playa, y a bordo del bote a remos recuperado lo harían los más débiles y los enfermos. Estos últimos no se atrevían a bajar a tierra por temor a ser atrapados por los indios hostiles que vivían a lo largo de la costa.

Por la noche los náufragos se enterraban en la arena y encendían una fogata, única manera de soportar a las alimañas y los mosquitos que acudían por millones a sus cuerpos desnudos. La provisión de agua dulce era escasa, y el trato recibido por las tribus que encontraban a su paso, hostil.

Decidieron llegar a la brevedad a *Santa Lucea*, suponiendo que el nombre hispano se refería a alguna guarnición española destacada allí, y sin embargo indígenas que encontraban en el trayecto les decían que llegados a *Santa Lucea* serían asesinados por los *Ais*, tal era el nombre de los indios que moraban en ese lugar.

Poco antes de arribar al poblado fueron interceptados por los primeros *Ais*, que comenzaron a gritarles “*Nickaleer*” a pesar de los esfuerzos de Solomon Cresson para explicarles –en español– que no eran ingleses. Acto seguido les quitaron las pocas ropas que les quedaban, y les sacaron la Biblia a la que arrancaron todas sus hojas, y al tiempo que algunos indios les decían que se cubrieran el cuerpo desnudo con las páginas del libro sagrado otros se las volvían a quitar y las arrojaban al viento. Los amenazaban con cuchillos y puntas de flecha para amedrentarlos, y los condujeron al poblado de *Santa Lucea*, que lo único de español que tenía era el nombre.

Allí fueron llevados frente al concejo y obligados a acostarse en el piso sobre la basura, rodeados de escorpiones y arañas amenazantes. Sin comprender el motivo del cambio de ánimo, al rato los nativos les dieron pieles de animal para cubrirse, y algunas indias se apiadaron del pequeño *Jonathan* y lo amamantaron. Nuevamente el humor de los indios era fluctuante y dependía del temor a que los viajeros fueran españoles, o las sospechas de que pertenecieran a los odiados *Nickaleer* y los estuvieran engañando. Ante la duda decidieron dejarlos partir hasta el próximo poblado –*Jece*– no sin antes advertirles que otros náufragos eran retenidos allí –seis hombres y una mujer *Nickaleer*– que con seguridad serían asesinados previo a su arribo.

Debían partir al día siguiente, pero en medio de la noche los indios mostraron un súbito cambio de humor y los obligaron a irse caminando por la playa escoltados por una horda de salvajes que les arrojaba piedras. A la pregunta de si eran *Nickaleer* –y la obvia respuesta de que no– les pegaban. Para colmo los viajeros advirtieron que tanto Solomon Cresson como un chico que oficiaba de ayudante de Joseph Kirle, y John Hillard y su esclavo de nombre Ben, no eran de la partida.

El 2 de Octubre el grupo de caminantes divisó un barco encallado en la orilla, seguramente del naufragio *Nickaleer* que les habían referido los indios.

Finalmente llegaron al poblado de *Jece* donde fueron sorpresivamente bien recibidos y reunidos con los náufragos del barco visto el día anterior, que resultó llamarse *Nantwitch* y que originalmente había estado en el convoy que partió de *Port Royal*. El *Nantwitch* se había estrellado contra la orilla durante la misma tormenta en que el *Reformation* hizo lo propio algo más al sur. Esa tarde –y para gran alivio del grupo–

arribaron a *Jece* Solomon Cresson y los demás rezagados que habían sido retenidos en *Santa Lucea* por los *Ais*.

A continuación surgió un problema político entre los indios: el cacique de *Jece* era una autoridad superior al cacique de *Jobe* que había retenido el botín recuperado del *Reformation*, por lo aquél decidió ir hasta *Jobe* para reclamar su parte y poner las jerarquías en su lugar. Mientras durara su viaje los náufragos deberían esperar en *Jece*. A poco de su partida se desató otro huracán que inundó la población y casi ahoga a los náufragos, y finalmente el cacique regresó el 11 de Octubre con su parte del botín del *Reformation* y el esclavo Caesar retenido por su par de *Jobe*.

A renglón seguido el cacique decretó que por los restos recuperados de la nave se hacía evidente que el *Reformation* era un barco inglés, por lo que decidió hacer un viaje a *St. Augustine* llevando a un solo náufrago como muestra, y que este debía ser Solomon Cresson, dado que si iba cualquiera de los demás –obviamente ingleses por estampa y por no hablar español– los indios agresivos de las proximidades se darían cuenta y los matarían. Su viaje demandaría un mes, y partieron el 18 de Octubre llevando –además– el dinero recuperado del naufragio.

La vida de los que permanecieron en *Jece* no fue sencilla durante la ausencia del cacique protector, porque los indios solo consumían pescado, mariscos, frutos de una palmera enana llamada *palmetto*, de otra planta llamada *cocoplum* y frutitas de *seagrape*. De ese menú los náufragos apenas podían comer pescado y frutos del mar, pero los indios se los retaceaban y solo les permitían tomar las tripas y desechos que ellos mismos arrojaban a la pila de basura. El maltrato era constante y frecuentemente relataban a los náufragos –para amedrentarlos– cómo pensaban matar a los sobrevivientes del *Nantwitch*.

Finalmente el 2 de Noviembre arribó a *Jece* una partida de soldados españoles al mando del Capitán Sebastián López acompañada del cacique, aunque sin Solomon Cresson que fuera obligado a continuar a *St. Augustine*. Los soldados trataron bien a los náufragos –no así a los indios– y planificaron la continuación del viaje. Con un par de canoas fabricaron un precario catamarán y enviaron a una parte de los náufragos por agua rumbo a *St. Augustine*, mientras mandaron a buscar el bote auxiliar del *Reformation* que había permanecido en *Santa Lucea* debido a la partida apresurada –a los cascotazos y en medio de la noche– que les obligaron a realizar los inestables indios *Ais*.

Finalmente el 5 de Noviembre partió de *Jece* la segunda camada de viajeros con los botes auxiliares recuperados de los dos naufragios y rápidamente alcanzó a la primera, y ya todos juntos continuaron rumbo a *St. Augustine*. Las provisiones eran escasas y los soldados españoles apenas compartían su ración con los náufragos, cuestión que llegó un momento en que estos solo disponían de hojas de zapallo para ser hervidas en caldo y consumidas.

El 9 de Noviembre el grueso de los soldados españoles decidieron retornar al sur –hacia los barcos escorados– y dejaron un solo escolta para continuar con el grupo. Al día siguiente los viajeros arribaron a la aldea de los *Timucua* –una etnia de indios antropófagos que poblaban el norte de Florida y el sur de Georgia– y que el año anterior había matado y comido a unos náufragos holandeses.

Hago acá un breve paréntesis para comprender y justificar la agresividad de las tribus indígenas para con los invasores europeos: antes del arribo de los conquistadores, los indios *Timucua* eran 200.000, hacia 1595 la población se había re-

ducido a 50.000, para el 1700 solo quedaban 1.000, y al comienzo del Siglo XIX no quedaba ninguno. Las enfermedades traídas de Europa, las guerras, y la agresión que sufrían por parte de los colonos avanzando sobre sus tierras, poco a poco los llevaron a la extinción. Los llamamos *salvajes* en un claro ejemplo de una historia relatada desde el punto de vista de los triunfadores, cuando en realidad los *salvajes* eran los intrusos europeos que aprovechando su superioridad bélica los agredieron hasta su extinción.

El 13 de Noviembre la partida de viajeros se vio obligada a abandonar los botes y continuar a pié por la costa. Las ansias por encontrar los cuarteles españoles hizo que los más fuertes aceleraran el paso. El clima era frío, y los agotados –y casi despojados de ropa– caminantes comenzaron a caer. Al cabo del día, cinco habían muerto de cansancio y frío: Benjamín Allen –el pariente de *Dickinson*– y cuatro esclavos, Jack, Caesar, Quenza y un niño llamado Cajoe. Habiendo superado tantas cosas, y faltando tan poquito...

Había tres cuarteles españoles en el camino previo a la llegada a *St. Augustine*, pero casi vacíos de provisiones, por lo que los viajeros eran instados a continuar la marcha a la brevedad y sin tiempo para el descanso.

Finalmente el 15 de Noviembre arribaron a *St. Augustine* y para su alivio fueron bien acogidos por los españoles. Incluso *Dickinson* y su familia, Joseph Kirle y John Smith –el Master del *Nantwitch*– fueron invitados a la casa del Gobernador para pernoctar.



Fortaleza de St. Augustine

Faltaba aún un largo viaje y muchos sufrimientos antes de alcanzar el destino final de *Philadelphia*, por lo que el 29 de Noviembre *Dickinson* y su gente decidieron partir en canoas con las provisiones que el Gobernador pudo otorgarles. Una escolta de soldados los acompañó, y pusieron rumbo norte parando en postas españolas, en poblaciones indígenas amigas, o acampando en islas que encontraban en el trayecto.

El 21 de Diciembre alcanzaron las primeras plantaciones de Carolina del Sur, y el 26 de ese mes arribaron a Charles Town. Permanecieron allí hasta el 18 de Marzo de 1697 momento en

el que consiguieron embarcarse en un velero que los depositó en *Philadelphia* luego de 14 jornadas de navegación.

El día 1 de Abril de 1697, luego de siete meses y una semana viviendo una odisea descomunal y habiendo estado al borde de la muerte repetidas veces, sufrido mosquitos y alimañas en sus cuerpos semidesnudos, soportado la hostilidad de los aborígenes, huracanes, frío y calor de intemperie, hambre y enfermedades diversas, finalmente pudieron respirar aliviados.

Pero no todos, porque como una cruel paradoja del destino a los tres días de arribar a *Philadelphia* el predicador Robert Barrow falleció.

Jonathan Dickinson tuvo a partir de ese momento una buena vida en *Philadelphia*, prosperó económicamente, su mujer *Mary* le dio cuatro hijos y fue nombrado intendente de la ciudad por los períodos 1712-1713 y 1717-1719, y finalmente falleció en 1722 a la edad de 59 años.

Las peripecias del viaje fueron relatadas por el mismo *Dickinson* en su diario “*God’s Protecting Providence*” que fue reimpresso 25 veces en idioma inglés, alemán y holandés, y considerado por muchos una *biblia de la supervivencia y la Fe* en tiempos difíciles. Además la obra de *Dickinson* tiene su faceta científica porque menciona los animales y las plantas del siglo XVII en Florida, relata como funcionaban las misiones españolas, y por sobre todo describe a las tribus indígenas que poblaban sus costas y que posteriormente se extinguieron.



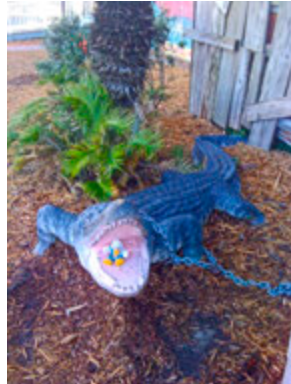
*Portada del año 1706 de la traducción al holandés
del Jornal de Dickinson*

El parque estatal que protege las márgenes del río *Loxahatchee* –el *Jonathan Dickinson State Park*– fue nombrado en su memoria y queda a la altura del naufragio del *Reformation* y muy cerca del montículo de conchas que construyeron –durante 2.500 años– los relajados habitantes de ese maravilloso lugar, simplemente comiendo mariscos y tirando los desechos a un costado.

Lucky Ducky

En el mes de Noviembre de 2014 efectué el mismo viaje que los náufragos del *Reformation* –de *Júpiter* a *St. Augustine*– en bicicleta. Partiendo de *Palm Beach Gardens* crucé el *inlet* por el que el río *Loxahatchee* sale al mar en las proximidades del famoso montículo de conchas, y por la ruta A1A rodé paralelo al océano rumbo al norte, pasando incluso por el lugar del naufragio del *Reformation*.

Durante el viaje no iba solo, me acompañaba un pequeño patito de peluche que me entregaron mis nietos al partir, y que dimos en llamar *Lucky Ducky* porque según ellos me traería suerte durante el periplo y cuidaría de mí.





El recorrido que hicimos es maravilloso, y una vez cruzado el *inlet* la primera sorpresa es *Júpiter island* con mansiones difíciles de describir, como la de Tiger Woods con cancha de golf.

Poco después se pasa por la localidad de *St. Lucie* –que *Jonathan Dickinson* denominaba *Santa Lucea*– donde encontré que en lugar de intimidantes indios antropófagos había una planta generadora de energía nuclear, ...más intimidante aún.

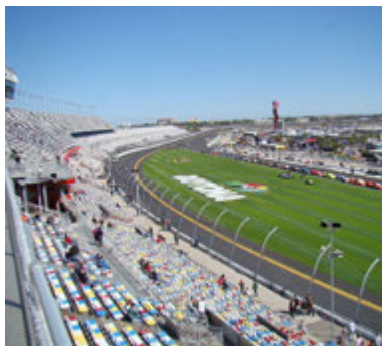


Tiene dos reactores que producen 1000 MW cada uno y se caracteriza por refrigerarse con agua de mar en lugar de con las conocidas torres de enfriamiento. Escuché que la probabilidad de que un sismo dañe el corazón de la planta es de uno en 21.739, por lo que podemos dormir tranquilos. Detuve mi bicicleta y saqué algunas fotos con la preocupación de ser considerado un terrorista y reprimido por la guardia de seguridad. Pero *Lucky Ducky* me protegió y nada de eso sucedió.

Continuando mi viaje hacia el norte dejé a un lado *Cabo Cañaveral*, donde desde el *Centro Espacial Kennedy* salieron los caminantes de la Luna en el año 1969.



Más adelante pasé por *Daytona Beach* con la famosa pista de carreras oval de 4 km. de longitud y con tribunas para 101.000 personas sentadas. Allí se corre la Daytona 500, la carrera más prestigiosa de NASCAR que cubre 500 millas y es el *Super Bowl* del automovilismo desde que se corrió por primera vez en 1959.



Y finalmente arribé a *St. Augustine* al cabo de pedalear 396 kilómetros en 4 días de pura diversión. No puedo olvidar que ese mismo itinerario a *Jonathan Dickinson* le demandó 54 días de enorme sufrimiento.

St. Augustine es la ciudad más antigua de los Estados Unidos, y en su larga historia ha sido invadida por diferentes ejércitos y... también por piratas. Es así que tiene una idiosincrasia muy especial y conserva un aura de aventuras y relatos de bucaneros que se respira en sus calles, en el viejo fuerte, en las celdas de la prisión y en las tabernas que fueron parte de su historia.

A mi regreso a casa escribí un cuento infantil llamado *Lucy Ducky goes to Pirate Land* que mis nietos disfrutaron y mantienen en su memoria. A eso me refirió en la introducción de este libro cuando decía que no hay que quedarse solo con los cuentos del pasado, y que debemos generar nuevas historias y aventuras para disfrutar con la familia, y sobre todo con los más pequeños.



Este año de 2017 intentaré realizar el mismo viaje que *Jonathan Dickinson* efectuó a pie –y *Lucky Ducky* y yo en bicicleta– pero en una canoa canadiense de 14 pies de eslora. Si no me atrapan los indios antropófagos, el año que viene amplío el relato.

La Casa en el Montículo - Familia *DuBois*

Siendo Florida un territorio completamente plano, inmediatamente llama la atención una casa construida en la cúspide de un montículo, y el lector ya se imagina que me refiero a la pila de conchas marinas que durante 2.500 años los indios locales levantaron con los desechos de su comida. Cuenta la historia que construir la casa en ese lugar fue la condición de una dama para aceptar la mano de su pretendiente. Veamos...

El montículo se encuentra en la margen derecha del *inlet* por el cuál el río *Loxahatchee* –recién unido al *Indian River*– se hace a la mar, y a su frente –en la margen izquierda del río– se destaca imponente el *Faro de Júpiter* que encendió su luz por primera vez en 1860 para alertar a los marinos de sus aguas peligrosas y sus corrientes traicioneras.

El río *Loxahatchee* a poco que es recorrido aguas arriba desde su desembocadura muestra condiciones naturales bellísimas que se han conservado hasta la actualidad a pesar de los embates de la civilización. Esa belleza salvaje es seguramente la que cautivó a *Harry DuBois* cuando siendo muy joven visitó por primera vez la localidad en 1880 como cosechero de naranjas, y la que hizo que en 1892 se mudara con su familia de manera permanente desde su *Monmouth County* natal, en New Jersey.

Por aquella época la escasa población residente en la zona se dedicaba a tareas agrícolas de subsistencia y a la pesca, llevando una vida austera y de tranco lento. Repentinamente

–en el año 1889– se instala en la vecina localidad de *Juno* el gobierno comunal que anteriormente residía en *Miami*, prometiendo derramar actividad en la región. Además siendo *Júpiter* el último punto de navegación interior –y segura– por el *Indian River* que baja desde el norte, se convirtió en un puerto de trasbordo de cargas para todas las mercadería que continuaban al sur. Desde ese punto se debía transportar la carga por tierra siete millas y media hasta reembarcarla en el *Lake Worth* rumbo a *Miami* y localidades intermedias.



Sobre un mapa dibujado por The Army of the South en 1839 se muestra el trayecto terrestre que debían efectuar las cargas traídas del norte para evitar la navegación marítima.

En 1890 se construyó un ferrocarril de trocha angosta que unía *Júpiter* con *Juno* para transportar tanto a esas cargas como a los pasajeros que viajaban de norte a sur o viceversa, y las características de ese pequeño tren –llamado el *Celestial Railroad*– llamaron inmediatamente la atención. Lo movían tres pequeñas y coloridas locomotoras y su silbato emitía un sonido de música *Dixie*, y no solo eso sino que hacía paradas en el camino para que sus pasajeros efectuaran breves incursiones de caza en los salvajes parajes que recorría. Como co-

responde a su nombre –*Celestial*– corría de *Júpiter* a *Juno* con estaciones intermedias en *Marte* y *Venus*.

Contaba con una sola vía y sin ningún desvío, por lo que debía retornar a *Júpiter* marcha atrás.



Hacia el año 1892 los negocios florecían y la población de *Júpiter* comenzó a establecerse alrededor del puerto y del pequeño tren, pero como la felicidad dura poco una nueva línea de ferrocarril que bajaba desde *St. Augustine* –el *Florida East Coast Railway*– circuló algo más al oeste de *Júpiter* y pasó a la historia tanto al transporte fluvial del *Indian River* como al *Celestial Railroad*, reduciendo a cenizas la importancia de *Júpiter* como centro de transbordo. Como broche del drama, el gobierno comunal dejó *Juno* y retornó a *Miami* en 1899. Volvieron entonces a *Júpiter* las largas siestas y las billetteras vacías, y el emprendedor *Harry DuBois* debió ingeniárselas para subsistir.

Compró un barquito para transportar materiales de construcción, se enroló en la *US Life Saving Station* para auxiliar barcos en peligro –duró poco porque gracias al tren ya no había más barcos en peligro– y finalmente adquirió las 8 hectá-

reas que contenían el montículo de conchas de los indios *Jobe* y plantó naranjas y bananas. Previamente había comprado otras 9 has donde cultivaba ananás, pero llevó adelante estos emprendimientos solo con suerte diversa. Las naranjas morían por el salitre, y los ananás se helaban o no podían competir con los que llegaban de Cuba. Puso entonces colmenas para producir miel y comenzó a embarcarse saliendo al océano a pescar *pómpanos* que vendía a los hoteles de lujo de *Palm Beach*.

Una joven mujer –llegada de Kansas para ayudar a su familia que residía en *Lake Worth*– la pasaba aún peor. Era maestra en la localidad de *Stuart* en una escuela que consistía en un rancho de palma con piso de tierra –de 2,5 metros de ancho por 4 de largo– sin escritorio para ella y solo con un cajón a modo de silla. Los alumnos se sentaban en un tablón continuo y sin respaldo, y escribían sobre otro similar un poquito más alto. Cuando llovía las goteras eran tan grandes que debía abrir el paraguas dentro del aula. Se alojaba en una casa de un solo ambiente compartiendo la cama con una niña de 12 años, y donde solo una vela de barco colgando del techo separaba al resto de la familia. Esa situación precaria duró seis meses, y para su suerte fue trasladada a la escuela de *Júpiter* donde casi de inmediato conoció a su futuro marido.

Ocurrió en una cita a ciegas –y no es un eufemismo– porque no se conocían ni se podían ver las caras por la oscuridad de la noche y la carencia de iluminación artificial. Entonces decidieron remar hasta la orilla opuesta del *Loxahatchee*, subir las escaleras, y pegarse un vistazo mutuo a la luz del faro. Dicen que fue amor a primera vista, y que cuando *Harry* le propuso matrimonio la dama puso como condición que le hiciera una casa en la cúspide del montículo de conchas, que quedaba en su propiedad. Aseguran también que en la localidad había cinco hombres por cada mujer, por lo que es comprensible que *Harry*

pusiera manos a la obra sin demora. La novia se llamaba *Susan Sanders*, y no bien estuvo lista la planta baja se casaron y se mudaron a su nuevo hogar sobre el montículo. El primogénito –*John*– nació en 1899, y luego siguieron Henry, Anna y Neil, ...y en consecuencia la casa necesitó de un segundo piso.



Fue *John DuBois* quién con el tiempo permaneció en el lugar y continuó la tarea de sus padres, amén de que habitó la casa del montículo de conchas cuando ellos la dejaron.

Sus recuerdos de la infancia son invalorable y demuestran lo bien que se puede transitar la niñez en ambientes naturales. Solo para mencionar uno: iban a la escuela en un bote escolar y en el trayecto pescaban haciendo trolling, y *John* recuerda con emoción cuando enganchó su primer *bluefish* bajo esa modalidad.

El joven *Jhon DuBois* terminó la escuela secundaria y se dedicó a ayudar a su padre, y una de sus primeras tareas fue la de supervisar la carga de buena parte del montículo de con-

chas que se había vendido para consolidar caminos en la cercana localidad de *Lake Park*. ¡Miles de años de acumulación de conchas se fueron para hacer caminos! Una tristeza...De cualquier manera queda alguna foto del montículo original, y el sector que contiene la casa está preservado y actualmente pertenece al *DuBois Park*, como explicara más arriba.



Margen derecha del Inlet de Júpiter en 1920 - a la derecha el inicio del montículo de conchas

John tuvo cuidado de conservar los artículos de interés que surgieron durante la excavación del montículo, elementos que fueron examinados y clasificados por miembros del *Florida State Museum*. Una pieza de cerámica fue datada como del año 500 AC, y es por eso que comienzo este relato diciendo que ... *hace 2.600 años un hombre se sentó a comer ostras y almejas a la orilla del mar ...*

John y su padre *Harry* eran avezados hombres de mar y participaron de numerosas misiones de rescate y salvataje, y conservaron campanas, sextantes, bitácoras y demás parafernalia náutica que terminó en museos. Sin embargo eso no daba dinero, y su vida estuvo llena de restricciones económi-

cas que superaron solo con esfuerzo y dedicación. Su principal fuente de ingresos era la pesca de mar, y *John* recibía una participación que ahorraba para futuros emprendimientos. Compró nuevas colmenas que colocó en *Delray Beach*, y con un viejo camioncito Ford T traía los cuadros a *Júpiter* para extraer la miel. Cuando se desató la Primera Guerra Mundial la miel adquirió valor, y en un solo año *John* produjo y vendió 40 toneladas en los mercados del norte. El negocio agrícola duró hasta que los huracanes de 1926 y 1928 dispersaron sus colonias de abejas por todo el Estado.

Harry DuBois murió en 1925 legando a sus hijos un espíritu emprendedor e independiente, y es por eso que cuando sus tierras se vendieron muchos años después –en 1970– al Estado de Florida para hacer el parque, la condición de la familia fue que llevara su nombre.

John se había casado un año antes de la muerte de su padre y mentor. En 1914, con jóvenes once años, *Bessie Wilson* arribó a *Júpiter* con sus progenitores procedente de New Jersey. Su papá era mayorista en flores y acudió a la localidad en busca de clima cálido para su vivero, misión que cumplió comprando 25 hectáreas en las proximidades. Su madre murió a los tres años del arribo, y *Bessie* asumió el mando del hogar. Cuando aún concurrían a la escuela, *John* y *Bessie* se conocieron y se enamoraron, y se casaron en 1924 luego de la graduación de *Bessie*. Se mudaron a una pequeña cabaña construida por el novio en el mismo montículo de la casa de sus padres, algo hacia el oeste de esta y mirando al río *Loxahatchee*. La pareja produjo cuatro hijos: Susan, Doris, Louise y Harry.

John y *Bessie DuBois*, al igual que los demás jóvenes que vivían en el *Júpiter* de esas épocas, relatan innumerables visitas de los coloridos indios *Seminoles*, que saliendo de los pantanos

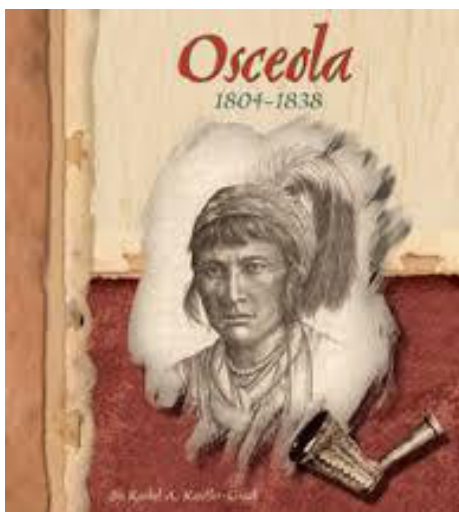
arribaban periódicamente en carros tirados por bueyes o caballos a vender pieles de nutrias, de mapaches y de cocodrilos. Traían también frutos del bosque y carne de ciervo, y llevaban a cambio grasa para cocinar. Acarreaban en sus carros todas las pertenencias que tenían en este mundo, y se acampaban en las proximidades del poblado mientras duraba la transacción.

De cuando en cuando, y movidos por un instinto difícil de comprender, los *Seminoles* aparecían en canoas y atrapaban los peces que quedaban retenidos entre bancos de arena por las mareas. Esa situación no era frecuente y sucedía únicamente en momentos especiales, y nadie alcanzaba a comprender cómo los indios sabían exactamente cuando ocurriría. Utilizaban las mareas para desplazarse, y solo viajaban en la dirección que la corriente favorecía. Sus conocimientos ancestrales del ambiente eran notables y les permitía sobrevivir en lugares imposibles.



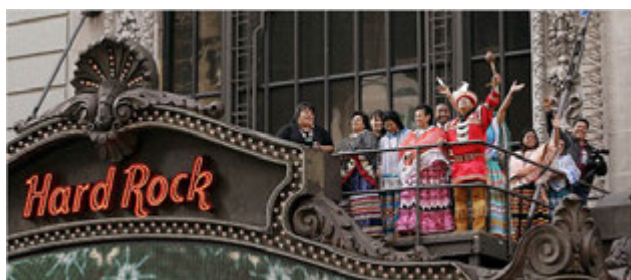
Los *Seminoles* vivían en la Florida desde siempre, y resistieron a sangre y fuego la intrusión en sus territorios por parte de los *civilizadores*. Se estima que hacia 1817 la población era de 20.000 indios y 800 esclavos negros huidos y acogidos por la tribu. En 1819 Estados Unidos compró el estado de Florida a España por cinco millones de dólares, y los *Seminoles* pasaron a depender de sus nuevos dueños. En 1832 fueron conminados a abandonar Florida y trasladarse al oeste del Mississippi, y algunos lo hicieron y otros se rebelaron.

El jefe rebelde se llamaba *Osceola*, y el 28 de Diciembre de 1835 enfrentó al ejército norteamericano y mató a 107 soldados. La guerra duró hasta 1842 y terminó costando la vida de 1.500 soldados y ocho veces más dólares que los invertidos en comprar el Estado de Florida a los españoles. Fue la guerra más larga que enfrentó Estados Unidos hasta la de Vietnam. Tres mil indios resistieron los embates de 20.000 militares! *Osceola* fue atrapado en un acto de traición durante una tregua que no fue respetada por el ejército.



La mayoría de los Seminole hoy reside en *Oklahoma*, pero un pequeño grupo permanece en Florida. Y acá viene lo interesante: en el año 2007 adquirieron el Hard Rock Café y hoy regentean esa famosa cadena en 53 países con 170 locales, el mayor de los cuales está en Orlando. Tienen además casinos y hoteles bajo esa marca.

Vaya si los atrapó la *modernidad*...en solo dos generaciones pasaron de cazadores-recolectores a empresarios yuppies...



Pero volvamos al relato de *John y Bessie*: en 1926 se construyó el puente sobre el río *Loxahatchee* en *Júpiter* y los *DuBois* comenzaron a atender a los pescadores deportivos que arriba-

ban en busca de diversión, alquilándoles botes o vendiéndoles carnada. En 1929 deciden abrir un pequeño restaurante para mejorar sus escasos ingresos. Fue un suceso inmediato, y *Bessie* supervisaba la cocina mientras *John* pescaba o cosechaba ostras y almejas, en tanto que los hijos ayudaban en las tareas menores. El emprendimiento duró hasta que en 1942 –por las restricciones al combustible y los apagones de luz que imponía la Segunda Guerra Mundial– se vieron obligados a cerrar.

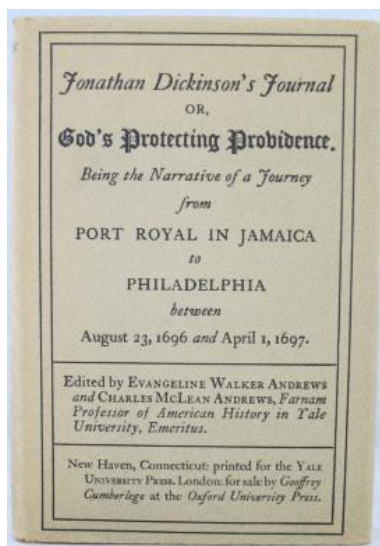
La Gran Depresión que comenzó en 1929 también trajo muchos dolores de cabeza a los habitantes de *Júpiter*, y para obtener ingresos adicionales los *DuBois* decidieron alquilar la casa del montículo.

Tuvieron la fortuna de hacerlo a un profesor emérito de la prestigiosa Universidad de *Yale* –el *Dr. Charles M. Andrews*– que vino por primera vez en 1935 y quedó prendado del lugar, y sobre todo del montículo de conchas que consideró una invaluable reliquia del pasado.

Quiso el destino que un día visitara al profesor *Andrews* –mientras residía en la casa *DuBois*– un ex alumno suyo que vivía en la no muy lejana *West Palm Beach*, y le trajera un regalo: una copia del diario de *Jonathan Dickinson* “*God’s Protecting Providence*” con el relato completo de la odisea de los naufragos del *Reformation* en su doloroso viaje de regreso a la civilización. Cuando el profesor se dio cuenta de que estaba viviendo en el mismísimo lugar en el que *Jonathan Dickinson* había permanecido prisionero, quedó completamente fascinado. Dedicó los siguientes siete años de su vida a investigar, editar y preparar el diario de *Dickinson*, que finalmente fue publicado por la señora de *Andrews* en 1945 porque el profesor falleció poco tiempo antes. Por supuesto la imprenta fue *Yale University Press*.

A su tiempo la Segunda Guerra Mundial también produjo dramáticos cambios al área de *Júpiter*, que se vio involucrada en los esfuerzos bélicos. En un sentido fueron eventos positivos porque la construcción de instalaciones militares trajo trabajo a la región, pero la llegada masiva de tropas, el racionamiento de combustibles y alimentos, y los obligados apagones para no ser vistos desde el mar por los submarinos nazis, causaron infinidad de inconvenientes.

Diez mil militares se instalaron en *Camp Murphy* –pocas millas al norte de *Júpiter*– y el faro amplió sus dependencias para actuar de centro de comunicaciones y operar un radar.



Práctica de tiro en Camp Murphy – Faro de Júpiter

John DuBois debió trabajar por cinco años como empleado en *Camp Murphy* dado que sus tareas habituales de pesca y turismo no eran de momento posibles.



*Harry, Louise, Dodie y John DuBois
trabajando en Camp Murphy*

Los submarinos alemanes –*U-Boote*– acechaban y hundían a los barcos que se arrimaban a *Júpiter* y el *inlet* del *Loxahatchee* debió ser clausurado con arena por el ejército para evitar sorpresas.

Durante el año 1942 –y en el plazo de dos días– dos buques tanques fueron torpedeados por los alemanes frente a las costas de *Júpiter*, y toda la comunidad se vio involucrada en las tareas de rescate. A lo largo de ese mismo año otros seis barcos fueron torpedeados a la vista de la localidad, y valientes propietarios de naves de paseo recorrían las aguas en auxilio de los naufragos. Con el tiempo y el uso de dirigibles que detectaban visualmente a los submarinos en las transparentes aguas del océano el peligro fue contenido, y posteriormente la táctica de navegación en convoyes lo eliminaron completamente.



*Marzo de 1942 – Buque tanque Republic torpedeado
por un U-Boote alemán*



*Mayo de 1942 – Petrolero con 35.000 barriles de petróleo
hundido por submarino alemán frente a Júpiter*

Finalizada la guerra muchos ex-militares se quedaron en la zona y la población estable aumentó trayendo más trabajo a la familia *DuBois*.



Fin de la guerra: los vecinos de Júpiter abren el inlet del Loxahatchee con pala de mano. Las hermanas Louise y Dodie DuBois en plena tarea

Rápidamente organizaron un parque recreativo y ofrecieron servicios a los turistas en la playa, agregando quinchos y baños. Además vendían carnada y tenían una marina, y pronto el lugar se transformó en uno de los más concurridos de la región.



Picnic en la playa

Finalmente, en 1970 la propiedad de la familia *DuBois* se vendió al Estado de Florida por 50 millones de dólares –la friolera de 314 millones actuales– la casa fue restaurada y hoy es un muy lindo Parque Estatal para visitar y escuchar historias de indios y submarinos.

A pesar de que los altibajos fueron una constante en la vida de *John DuBois*, este supo mantener buenas relaciones con sus vecinos, e incluso con los personajes más coloridos que pasaron por esa localidad. Uno de ellos fue el *Trampero Nelson*, el *Tarzán del Loxahatchee*, una leyenda, y que es el héroe del cuento que sigue.



Al año 2017 Júpiter alberga a 62.000 habitantes y está catalogada como la novena ciudad más feliz de los Estados Unidos. Arriba, a la izquierda del inlet: Júpiter Island, y a la derecha el Parque DuBois

Júpiter Island, la isla de barrera que está a la margen izquierda del río *Loxahatchee*, es la joya de la corona. Al año 2010 contaba con 817 habitantes que ocupaban 429 viviendas, y es la comunidad más rica de los Estados Unidos, lo que es mucho decir: el precio promedio de sus casas es el más alto de todo el territorio, y el ingreso per cápita de sus habitantes es el mayor de todas las comunidades del país más rico de la Tierra.

Es fácil entender el motivo de tanto esplendor solo nombrando a algunos de sus residentes famosos: Celine Dion, Greg Norman, Gary Player, Nick Price, Lee Trevino, Tiger Woods, Justin Thomas, Michael Jordan, George W. Bush, y muchos otros no tan famosos pero igualmente ricos.

No puedo dejar de recordar que hasta mediados del Siglo XX las pocas familias que vivían en *Júpiter* –y los *DuBois* son un claro ejemplo– luchaban para sobrevivir cultivando huertas y criando abejas, y que pocos años antes de eso los indios *Jobe* cazaban y recolectaban animalitos del entorno para subsistir. Tampoco deja de sorprenderme que los primeros terrenos para hacer los emprendimientos que hoy nos maravillan fueron comprados a personajes como el *Tarzán* de mi próximo cuento –el *Trampero Nelson*– que vivía con el torso desnudo y comía tortugas y víboras para juntar fuerzas y vencer a los cocodrilos en lucha libre.

Todo ha sucedido muy rápido últimamente, quizás demasiado...

El Trampero *Nelson*

Corría el año 1931 y la Gran Depresión iniciada en 1929 castigaba a la sociedad norteamericana con inusitada crudeza. No había trabajo, el dinero era esquivo, y mucha gente vivía por debajo del nivel de subsistencia. Hambre, incertidumbre, temor al futuro y juventud desorientada era la norma en esos días.

A paso lento un tren circula de norte a sur sobre el puente de hierro que atraviesa la salida *–inlet–* del río *Loxahatchee* al océano Atlántico. Tres pares de piernas asoman colgando desde la puerta de un vagón de carga, mostrando pantalones raídos y zapatos con demasiados kilómetros recorridos. Por encima de las piernas tres cuerpos jóvenes, de entre veintitrés y treinta años, dejan ver sus costillas a través de camisetas musculosas que alguna vez fueron blancas.

El menor de los tres golpeó con el codo a su vecino y le sacudió la modorra.

—Mira *John*, ostras, miles de ostras. Y lomos de enormes peces...

—Uhh, mira ese!

—*Charlie*, despierta, esto es el paraíso...

El lento paso del tren sobre el puente permitía ver, en las aguas transparentes y poco profundas del *Loxahatchee* saliendo al mar, infinidad de peces y mariscos que poblaban ese riquísimo ambiente.

Vincent, el más decidido de los tres, demoró apenas segundos en recoger sus escasas pertenencias y gritarle a sus compañeros:

—Vamos, acá nadie puede pasar hambre, saltamos antes de que el tren tome velocidad...

No bien el vagón llegó a tierra firme en la otra punta del puente los tres muchachos se encontraron tirando por la puerta bolsas con ropa, trampas, algunas sogas, una lona, rifles y muy poco más, o sea todo lo que conformaba su capital en este mundo para enfrentar un futuro que pintaba borroso.



Apenas la formación se perdió en la distancia los tres aventureros comenzaron a recoger sus pertenencias, y a renglón seguido miraron a su alrededor estudiando el mejor lugar a donde enfilarse sus pasos. A lo lejos se veía una extraña colina con una casa en la cima, unos cuantos árboles ladeados y algunas viviendas precarias, y más lejos brillaba la espuma blanca de las olas del mar. Decididos enfilarse hacia la costa en dirección al montículo con la casa, pasaron a su lado y se instalaron tras las dunas que la rodeaban hacia el sur. En la otra orilla del río que acababan de cruzar con el tren se divisaba un enorme faro, ...y eso era todo.

Con la lona, alguna sogas y unos palos encontrados en la playa armaron un campamento para pernoctar sin siquiera haber tomado contacto con persona alguna del pequeño poblado, que luego sabrían que se llamaba *Júpiter*.

Júpiter por esos años solo contaba con 250 almas, muchas de las cuales eran afro-americanos que vivían en pequeñas granjas al oeste del poblado. En lo alto del montículo –que resaltaba sobre la chatura general del paisaje– vivían *John* y *Bessie DuBois* en la casa construida por los padres de *John* –*Harry* y *Susan*– allá por 1898 en cumplimiento de una promesa de amor.

Al día siguiente, y no bien hicieron un primer reconocimiento del lugar, notaron que las construcciones eran precarias y los árboles escasos y torcidos, y pronto supieron que tres años antes –en 1928– un huracán había pasado por la localidad llevándose no solo las colonias de abejas de los *DuBois* sino todo lo demás que se interpuso a su paso. La recuperación de lo dañado se tornaba lenta por los efectos de la crisis económica producida por la Gran Depresión.

Los tres jóvenes recién llegados a *Júpiter* eran los hermanos *Vincent* y *Charlie Natulkiewics*, y el mejor amigo del primero, *John Dycas*. Tenían pocos años de vida pero muchos kilómetros andados y una historia de supervivencia notable.

Todos provenían de *Trenton*, New Jersey, y los *Natulkiewics* eran hijos de padre polaco con madre rusa. Perdieron a su madre cuando *Vincent* tenía trece años, y su padre rápidamente volvió a casarse con una mujer que no fue aceptada ni por él ni por su hermano ocho años mayor, *Charlie*.

Hicieron sus primeras armas –casi niños– cazando topos por una recompensa que pagaba el Estado de New Jersey, y luego ampliaron sus actividades a las ratas almizcleras y las nutrias. Hasta que finalmente, y frente a las escasas posibilidades de prosperar que se les ofrecía, decidieron recorrer su propio camino y partieron como vagabundos trepando a los trenes de carga. El primer viaje fue a Colorado, y luego continuaron a Texas, siempre cazando, vendiendo pieles, comiendo lo que podían y jugando a los dados con otros vagabundos por monedas.

En una oportunidad y estando en Texas *Vincent* se arrimó demasiado con sus trampas a la frontera de México, y fue puesto preso bajo la sospecha de estar proveyendo armas al revolucionario Zapata a través del río Grande. Pasó entonces varias semanas en una celda infectada de ratas, y dicen que finalmente fue liberado porque comía demasiado para el presupuesto de la prisión. Era rubio, alto, buen mozo, y pesaba 100 kilos.

De nuevo en la ruta *Vincent* siguió viaje en soledad hasta California, pero no encontró nada interesante en el Estado Dorado (*the Golden State*). Entonces se instaló en el desierto de *Mojave* –enorme espacio seco que ocupa parte de Califor-

nia, de Utha, Arizona y Nevada– y es en ese ambiente estéril donde tocó fondo y casi muere de hambre, porque sus trampas no agarraban nada. Desahuciado y maltrecho retornó a su *Trenton* natal donde se reencontró con su hermano *Charlie* y su amigo *John*, y poco tiempo después el grupo decidió volver a partir, esta vez hacia la soleada Florida (*the Sunshine State*).

Así es como aparecieron en *Júpiter* y decidieron saltar del tren para probar suerte en ese ambiente que pintaba promisorio. Una de las primeras cosas que hicieron a su arribo fue cambiar su apellido –imposible de pronunciar– por el de *Nelson*. De acá en más en el libro nos referiremos a *Vincent Nelson* cuando se trate de *Vincent Natulkiewics*.

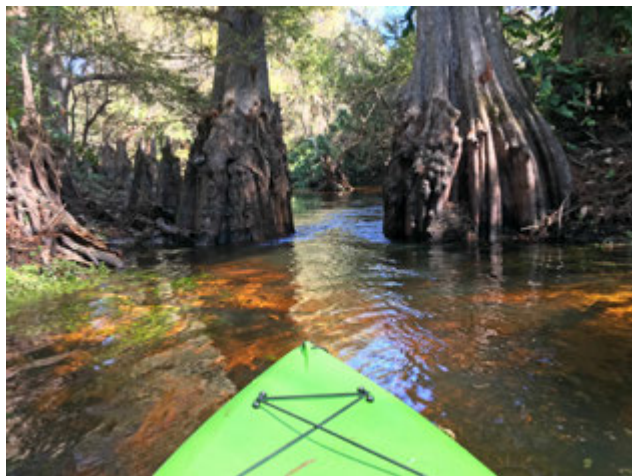
La sociedad de los tres tramperos funcionó bien durante un tiempo y ahorraron unos dólares vendiendo pieles, e incluso compraron un viejo automóvil. Pero luego comenzaron las desavenencias entre *Charlie Nelson* y *John Dycas* y cuando el primero decidió retirarse de la sociedad y pidió su parte de lo producido tuvieron un altercado por el monto que le correspondía, episodio que terminó con *Dycas* muerto en el suelo y *Charlie* con un arma humeante en la mano. *Vincent* estaba en ese momento recorriendo las trampas, y de buenas a primeras se quedó sin su mejor amigo y con su hermano mayor preso y furioso con él por no haber testificado a su favor torciendo la verdad de lo sucedido.

Con 24 años, solo y quebrado financieramente por el pago de una fianza, mudó su campamento al otro lado de la boca del *Loxahatchee* –a *Júpiter Island*– y sobrevivió con sus habilidades de cazador hasta el siguiente verano. Luego regresó a su *Trenton* natal y trabajó en un tambo, pero solo hasta comprobar que eso no era lo suyo y que su espíritu salvaje le requería volver a cazar.

Soportó en *Trenton* hasta Octubre de 1933, momento en que un huracán azotó *New Jersey* y terminó de convencer a *Vincent* de regresar a Florida. Sin embargo parecía que la mala suerte lo acompañaba, y apenas llegado a *Júpiter* se encontró con una tormenta de polvo que duró varias horas y que fue el preludio de una lluvia de 180 milímetros que inundó tanto al pueblo como a sus alrededores. La naturaleza había taponado con arena la salida al mar de los ríos *Loxahatchee* e *Indian*, y el agua no tenía a dónde ir. Semejante desastre impulsó a *Vincent Nelson* a remontar el río *Loxahatchee* en busca de tierras más altas y alejadas de la inestable costa del mar.

Comenzó a navegar río arriba y enseguida notó que el ambiente se modificaba a medida que el agua dejaba de ser salada. La flora y la fauna cambiaban de manera notable, empezaron a aparecer las tortugas y los cocodrilos, y la vegetación adquiría una dimensión tal que a *Vincent* le pareció estar en el Congo africano.





Enormes cipreses en el río Loxahatchee - En idioma indígena el nombre significa “rio de tortugas”

El río se bifurcaba en varios brazos, el recorrido se hacía tortuoso, y el ancho de los cauces se reducía a apenas unos metros. A medida que avanzaba la corriente del agua buscando el mar se hacía más fuerte y le costaba remar, y *Nelson* detuvo su travesía cuando divisó un claro en la selva que supuso había despejado y abandonado un antiguo poblador. Decidió, a sus jóvenes veinticinco años,



que había encontrado su lugar en el mundo, donde nadie lo molestaría y donde nunca le faltaría con qué alimentarse. Sería un verdadero *cazador-recolector* del siglo XX, viviendo pura y exclusivamente de la naturaleza.

A partir de ese momento este hombre de espíritu salvaje sería conocido como el *Trampero Nelson*, y –con el tiempo– recordado como una leyenda del río *Loxahatchee*, como un *Tarzán* que durante los siguientes 35 años haría honor a su compromiso con ese bello lugar.

Limpió el predio y plantó ciruelas, cerezas, naranjas, pomelos, limas, limones, mangos y ananás. Sobre el río puso cañas de *bamboo* que rápidamente crecieron, y en la actualidad siguen allí anunciando a los viajeros haber llegado al campamento del *Trampero Nelson*.

Levantó una casa de madera y tiempo después incorporó construcciones adicionales, incluyendo más espacio de vivienda, jaulas para animales, un quinchó, un muelle y un techo para resguardar embarcaciones sobre el río.

Usualmente vestía solo borceguíes, pantalones cortos y un casco de estilo cazador, y su torso desnudo mostraba un físico privilegiado. Dedicaba un rato de cada día a cortar leña con un hacha –a modo de ejercicio– y a lo largo de los años la estiba donde la colocaba se hizo tan grande que generaba la admiración de los visitantes. Cuando necesitaba ir a la civilización lo hacía caminando hasta *Júpiter* por un sendero, o remando en su bote hasta el campamento de pesca de los *DuBois*. El viaje en bote no era tarea fácil según pude comprobar personalmente al hacerlo en mi kayak, ...y *Nelson* lo hacía de ida y vuelta y cargado!



Su medio de vida era la caza, no solo para vender pieles y cueros sino también para alimentarse. A diario recorría sus trampas y traía al campamento lo producido, y luego de cue-rear los animales se comía la carne del bicho que fuera. Relatan los que lo conocieron que comía cocodrilo, gato montés, mapaches, víboras y hasta comadrejas. Su plato preferido era el guiso de tortuga, por lo que siempre mantenía una dotación de ellas en una de sus jaulas.

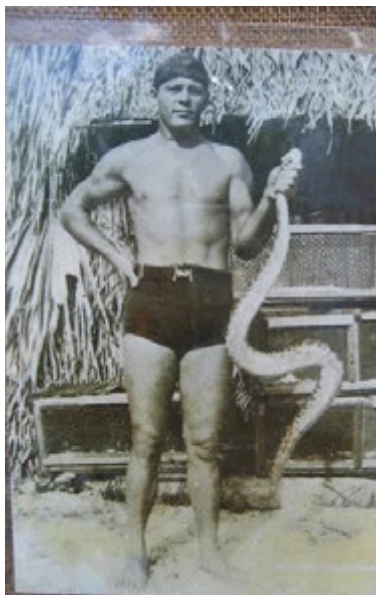


Enviaba los cueros de cocodrilo a los fabricantes de carteras y zapatos, y las pieles de gatos y nutrias a los peleteros del Norte. Incidentalmente cargaba animales vivos para los zoológicos, como cuando envió una pantera negra –sumamente rara– al Zoo de New York.

Con el tiempo comenzó a llamar la atención y a ser mencionado como *el hombre salvaje del Loxahatchee*, y la gente lo observaba con curiosidad cuando arribaba a *Júpiter* para comercializar sus cueros o comprar provisiones: siempre en shorts, sombrero de cazador y el torso desnudo. Poco tiempo faltó para que los primeros curiosos se arrimaran a su campamento, e incluso algunos osados pasaban temporadas con el *Trampero* ayudándolo en lo que resultaba para ellos una aventura inigua-

lable. Era un hombre afable y respetuoso, y cada vez más gente se acercaba a visitarlo. Así fue que poco a poco maduró en *Nelson* la idea de hacer un negocio de su condición de *Tarzán* moderno.

En el año 1938 un cartel sobre el río –a la llegada de su campamento– rezaba “*Jardín y Zoológico del Trampero Nelson*”, y se había agregado numerosas jaulas con animales como cocodrilos, gatos salvajes, serpientes de cascabel y tortugas. *Vincent Nelson* recibía a los visitantes con una boa rodeando su cuello,



y daba charlas de cómo se cazaba y sobrevivía en condiciones salvajes. Era tal la admiración que despertaba que su nombre se hizo conocido por todo el condado y algo más allá.

Por esas épocas *Júpiter Island* –la isla al norte del *inlet* del *Loxahatchee*–, y la cercana *Palm Beach* –pocas millas al sur de Júpiter– atraían a toda clase de personas adineradas de otros Estados que construían sus mansiones para disfrutar del clima cálido y las playas infinitas.

Para todos ellos saber que a pocas millas de navegación por el río podían ver al famoso *Tarzán del Loxahatchee* resultaba en una segura visita. Es así que hacia 1940 ya lo habían visitado Katherine Hepburn, Gary Cooper, Patricia Neal, Edsel Ford, Gene Tunney –el vencedor del legendario Jack Dempsey–, algún Kennedy, uno que otro DuPont y varios otros fa-

mosos y no tan famosos acaudalados personajes, y pronto se organizaron tours en barco con turistas que disfrutaban de los relatos del *Trampero Nelson*.

Los visitantes pagaban su entrada al “*Jardín y Zoológico*” –40 centavos los adultos y 25 los niños– y además compraban caparazones de tortugas, cabezas de serpientes y sombreros de mapaches, y es así que el *Trampero* comenzó a disponer de un buen ingreso. Una soga colgada de un árbol para columpiarse sobre las aguas del río completaba las delicias de los turistas.



Por ese entonces las tierras alejadas del mar aún eran muy baratas, y *Vincent* canalizó sus ahorros a adquirir lotes sobre el río con la seguridad de que en un futuro se revalorizarían.

Nunca se supo como se arregló para adquirir 800 acres de tierras frente al *Loxahatchee*, pero usualmente disponía de rollos de billetes sucios que parecían haber estado enterrados. Se sabía que además de continuar cazando y recibiendo turistas, organizaba por las noches en su campamento sesiones de póker entre jueces y abogados que buscaban discreción. *Vincent Nelson* jamás jugaba, pero oficiaba de “*la casa*”

y recibía atenciones. Y además disponía de información de sus visitantes acerca de lotes de tierra que se adquirirían por el mero pago de los impuestos ante el default de los propietarios acorralados por la crisis.

Se produce por esta época un quiebre en su personalidad, ya que ese joven salvaje que vivía de la naturaleza, que solo había cursado octavo grado de la escuela, comenzó a transformarse en un inversor en tierras y a soñar con futuras ganancias. La *modernidad* estaba haciendo mella en el *Tarzán del Loxahatchee*, incorporándolo a las conductas de los seres *civilizados*.

Para el año 1941 *Júpiter* contaba con 311 habitantes, y buena parte de ellos debieron enrolarse en el ejército para cumplir con la patria luego del ataque japonés a *Pearl Harbor*. El *inlet* que oficiaba de salida al océano a los ríos *Indian* y *Loxahatchee* fue clausurado con arena para evitar sorpresas con los submarinos alemanes. El faro y la luz de las casas particulares permanecían apagados por las noches, el combustible y la comida racionados, y la pesca se redujo a casi nada por la imposibilidad de salir al mar.

El Ejército estableció el *Camp Murphy* algo al norte del poblado de *Júpiter* y en él funcionó el *centro de entrenamiento para detección por radares*, con estructura para atender a 850 oficiales y 5700 soldados. Muchas tierras fueron confiscadas para uso militar y la economía prácticamente se detuvo.

El *Trampero Nelson* tenía 33 años cuando Estados Unidos entró en la guerra, y estaba en el apogeo de su actividad turística. Barcos lujosos arribaban a su campamento y su físico musculoso y bronceado atraía a las visitantes femeninas más que los animalitos en las jaulas. Se comentaba que estaba haciendo una pequeña fortuna que enterraba en su huerto.

Una dama consiguió –finalmente– ponerle un saco y corbata por los instantes que dura un casamiento frente al altar. Se llamaba *Lucille Gee* y era una morocha bastante linda y voluptuosa, y se sospecha que *Vincent* la desposó para salvarse del enrolamiento al Ejército que le llegaría en cualquier momento. No quería abandonar su zoológico que requería de atención diaria para alimentar a los animales.



Nelson con su esposa Lucille Gee

Por un tiempo –durante el año 1942– *Nelson* consiguió trabajo en *Camp Murphy* aprovechando sus dotes de cazador, porque muchos soldados eran picados por arañas o mordidos por víboras venenosas, y el *Trampero* fue contratado para detectar y cazar *viudas negras* y *serpientes de cascabel*. Hizo su trabajo con gran eficacia, pero sin embargo ni el casamiento con *Lucille*, ni las influencias de los vecinos de *Júpiter Island* para que lo dejaran en *Camp Murphy* como personal civil, alcanzaron para evitar su enrolamiento.

A finales de 1942 fue enviado a un campo de entrenamiento en Texas, y permanecen en las sombras los motivos por los

que al poco tiempo fuera retornado al *Camp Murphy*. Según algunas fuentes se lastimó una pierna, y de acuerdo a otras más mordaces el motivo fue que la hija de un oficial se había entusiasmado demasiado con el nuevo recluta.

Lucille Gee quedó a cargo de atender el “*Jardín y Zoológico del Trampero Nelson*” durante la ausencia de su marido, pero el encargo no funcionó y la dama se dedicó a salir y divertirse con soldados de *Camp Murphy*, cuestión que cuando *Vincent* regresó de Texas su esposa había desaparecido con un teniente del ejército, aparentemente con destino a Port St. Lucie. *Nelson* nunca más la vio,...pero si a sus abogados.

Como soldado, nuestro *Tarzán* era un desastre: no resistía usar el uniforme, al punto que recortó sus pantalones a shorts y cada vez que podía se ausentaba para atender sus animales del Zoológico. Por las noches organizaba juegos de póker para sus compañeros, y en su campamento del río *Loxahatchee* realizaba fiestas *non sanctas* y comilonas de carnes salvajes que él mismo cazaba. Entonces sus superiores –viendo que no lo iban a dominar y que estaba protegido por los influyentes vecinos de *Júpiter Island*– decidieron encomendarle la tarea de “*recorrer los perímetros de la base en busca de alimañas*”, a sabiendas de que eso significaba darle piedra libre. La base militar lindaba con las tierras del *Jardín y Zoológico*, y con ese mecanismo el soldado *Nelson* además de libertad para hacer sus propias cosas contaba con un *Jeep* del Ejército para movilizarse con soltura.

Terminada la guerra en 1945 reapareció el dinero y el tiempo para el ocio, las lanchas consiguieron combustible y el *Trampero Nelson* se preparó para incrementar su negocio construyendo una cabaña para huéspedes y recibiendo contingentes de *Boy Scouts* que alojaba en un altillo del quincho. Incorporó además el alquiler de botes a remo y de cañas de pescar, a la

vez que vendía animales salvajes como mascotas, y suvenires de caparazones de tortugas, cabezas de serpientes o dientes de cocodrilo. Retomó la costumbre de cortar leña para mantenerse en forma, y luego del desayuno recorría sus trampas, regresando a media mañana cuando aparecían las primeras lanchas con visitantes.

Sus jaulas estaban repletas de animales salvajes: lince, mapaches, cocodrilos y serpientes de cascabel eran las estrellas, pero también había diferentes clases de tortugas y víboras no venenosas. De tanto en tanto *Nelson* cortaba el cogote de una tortuga y bebía su sangre caliente para aterrorizar a sus huéspedes, o manipulaba serpientes y cocodrilos mientras contaba historias de cacerías y dictaba clases de cómo sobrevivir en la naturaleza. El público, y sobre todo los más jóvenes, volvían a sus casas impresionados y llenos de relatos.

Circulan numerosas historias de acaudaladas damas de la sociedad de *Palm Beach* que disfrutaban de visitar a su *Tarzán* y vivir aventuras salvajes, e incluso de serios *affaires* que duraron lo suficiente como para quedar en la memoria colectiva,



pero como suele suceder en estos casos, es difícil separar la verdad de la leyenda.

Llegado el mes de Septiembre de 1960 el *Trampero Nelson* contabilizaba 1.100 acres de tierra fruto de los ahorros de toda su vida. Llevaba 27 años cazando y recibiendo gente en su campamento del *Loxahatchee*. En apariencia había logrado el sueño de acumular tierras baratas para asegurarse un buen porvenir. Y sin embargo su mundo se derrumbó por causa de un sistema que iba demasiado rápido para sus posibilidades de adaptación.

La costa de Florida, de Miami a Palm Beach, ya acumulaba un millón de habitantes, y la onda poblacional se arrimaba peligrosamente a *Júpiter*. Condominios, comunidades cerradas, canchas de golf y hoteles atraían gente de todas partes, y ya nadie era conocido. Muchas de estas personas llegaban con otros códigos, y no respetaban al *Tarzán del Loxahatchee* sino que buscaban desafiarlo. Bandas de adolescentes le arruinaban las trampas o jugaban a acercarse y molestarlo. Cuando se descuidaba le robaban o vandalizaban su propiedad. Los huéspedes de la cabaña solían emborracharse y meterse en riesgos con los animales enjaulados. Y como junto con la horda de personas foráneas venían sus abogados, *Vincent Nelson* sospechaba que si ocurría un accidente le sacarían todas su propiedades.

Con el *modernismo* también llegó la *complejidad*, y en menos de un año nuestro *Tarzán* sufrió los embates de toda clase de regulaciones gubernamentales: lo obligaron a sacar un seguro de 10.000 dólares por manipular víboras venenosas y debió anotarse en la oficina de impuestos y pagar por las entradas que vendía. Esto implicaba un sistema contable, facturación y un contador que presentara los papeles. El inspector

del Departamento de Salud declaró las cabañas insalubres y lo obligó a hacer baños e instalar agua corriente, y cumplido esto lo consideró insuficiente y se las rechazó por segunda vez. El inspector de Medio Ambiente decretó que para no contaminar el río debía construir un sistema de tratamiento de efluentes para las deyecciones de los animales de las jaulas. ¿Contaminar el río? ¿Dónde cree el señor inspector que hacen sus necesidades los animales en libertad? ...No obtuvo respuesta.

Poco antes de la guerra una compañía maderera obtuvo el contrato para voltear y aserrar todos los cipreses que embellecían las costas del *Loxahatchee*. Estos majestuosos árboles tenían en promedio 400 años de vida. Enterado el *Trampero* de que la *Tidewater Lumber Company* estaba por comenzar la depredación, debió remover cielo y tierra para evitarlo. Finalmente logró que el influyente administrador de *Júpiter Island* intercediera ante la compañía poniendo dinero de su bolsillo y llevando de ladero a la reunión con los madereros al campeón pesado de boxeo Gene Tunney, por esas épocas el ídolo deportivo del gremio y que se prestó a firmar numerosos autógrafos.

El crecimiento poblacional amenazaba con extender las dos grandes vías de acceso del Este de Florida, la autopista I-95 y el Florida Turnpike, y ambas pasarían –y hoy en día lo hacen– justo por el medio de su territorio de caza.

De golpe *Vincent Nelson* se sintió solo, agredido y fuera de época, y entonces decidió cortar por lo sano y cerrar el *Jardín y Zoológico*.

Tomó todas las medidas juntas: cercó la entrada terrestre a su campamento, volteó enormes árboles que cayeron sobre el río impidiendo el paso de embarcaciones, y colocó carteles en el frente de su propiedad con la leyenda:

No pasar – Propiedad Privada – Prohibidos los botes a partir de este lugar.

Por si alguno igualmente decidiera husmear su campamento un cartel rezaba:

Peligro - Minas terrestres.

Su cambio de actitud fue notable y la paranoia que lo embargó atemorizó a la gente que lo conocía. Pasó de ser excéntrico a peligroso, porque no soportó el nuevo mundo que se venía. Quién osara acercarse a su casa se enfrentaba a un amenazante *Nelson* saliendo armado de detrás de un árbol advirtiéndole que dispararía si no se retiraba.

Para colmo los lujosos desarrollos inmobiliarios de la costa requerían de mucho dinero para infraestructura, y los impuestos sobre la propiedad sufrieron tremendos aumentos. Y si bien el sueño del *Trampero Nelson* de valorizar sus tierras se estaba dando, los tiempos no eran los esperados y los apremios fiscales –con su campamento cerrado– lo agobiaban.

Decidió presentar batalla con las armas del mundo moderno: ir a un Banco y obtener financiación para pagar los impuestos mientras llegaban los compradores de tierras, cosa que parecía solo cuestión de tiempo. El Banco le negó el préstamo aduciendo que sus animales no eran una buena garantía y que él no tenía ingresos comprobables, y entonces el *Tarzán del Loxahatchee*, la leyenda del río, el mítico *Trampero* capaz de vencer al más fiero cocodrilo, ...terminó en un usurero.

Consiguió el préstamo a cinco años de plazo, pero en condiciones tales que arriesgaba perder todo ante el menor error, y a una tasa leonina. Cuando llegó a su cabaña y leyó la letra

chica supo que el mundo estaba en su contra y que le esperaban tiempos aciagos.

Y vaya si lo fueron. Intentó vender parte de sus tierras para saldar el préstamo, pero los compradores jugaban al gato y el ratón conociendo sus debilidades. Cuando finalmente consiguió cerrar un trato –que él consideraba ignominioso– aparecieron los abogados de su ex esposa, *Lucille Gee* –¿se acuerdan?, la que abandonó el campamento sin aviso con un teniente del ejército– aduciendo que el divorcio no era válido y que quería su parte.

Vincent Nelson entonces decidió que era tiempo de mandar todo al demonio y retornar a la selva como había hecho en 1931, al fin y al cabo nadie mejor que él sabía como sobrevivir sin nada.

Finalmente no llegó a ese extremo porque debía dinero a su sobrino y no quería perjudicarlo, y entonces debió negociar contra reloj y pagarle a *Lucille Gee* parte del producido por la venta, única manera de evitar la pérdida del total de sus propiedades en manos del usurero. En Agosto de 1964, quince minutos antes de la hora límite que marcaba el contrato, *Vincent* firmó la venta de una parte de sus tierras a un precio que consideraba vil pero que le permitía salir de los apremios.

Para la creencia popular el *Trampero Nelson* ahora era tremendamente rico, y seguramente había escondido el producido de la venta en algún pozo de su propiedad. En realidad entre el pago al usurero con sus intereses, a su sobrino, a su ex esposa, y los honorarios y gastos de la venta, solo le quedó una moderada cifra como para vivir algo más tranquilo. *Vincent* entonces se recluyó en su campamento y retornó a la caza y a la vida de ermitaño. Pocas veces iba al pueblo, y las

visitas a su reducto estaban prohibidas incluso para sus amigos más cercanos. Andaba permanentemente armado y alerta a ahuyentar a cualquiera que osara acercarse.

Hacia 1968 *Nelson* agregó a sus temores el de estar enfermo. Pensaba que tenía cáncer de colon, pero se negaba a ir al médico. Cuando viajaba a *Júpiter* solo veía a sus amigos *John* y *Bessie DuBois* –los del montículo de conchas– porque utilizaba el teléfono público de su comercio. Secretamente estaba negociando la venta de sus tierras remanentes –857 acres– al recientemente establecido *Jonathan Dickinson State Park* –el parque nombrado en memoria del naufragio del *Reformation*.

En el párrafo anterior se vislumbra con claridad lo que es mi obsesión: la unión de tres épocas muy cercanas en el tiempo cronológico pero inmensamente diferentes en cuanto al estado de evolución de los acontecimientos, a saber: *Jonathan Dickinson* y los indios *Jobe* - *John* y *Bessie DuBois* y su esfuerzo colonizador - *Vincent Nelson* y su intento de ralentizar los eventos - ...y finalmente la negociación que llevaría a la triunfante modernidad a arrasar impiadosamente con todo lo anterior transformando el entorno de *Júpiter* en uno de los más ricos y sofisticados del Planeta. De los *Jobe* a *Tiger Woods*, de los *Seminoles* a *Celine Dion*, de 200 a 62.000 habitantes en 70 años... Demasiadas cosas sucedieron en los alrededores del montículo de conchas en demasiado poco tiempo... ¿Está el parsimonioso *Homo sapiens* preparado para semejante ritmo de cambio sin autodestruirse en el camino? ¿Cuántas cosas hace en su avance frenético hacia la modernidad sin siquiera saber que las realizó, que las modificó, o que las destruyó sin proponérselo? ¿el fin de pavimentar nuestro camino hacia el estrellato justifica los medios utilizados y el ritmo ultra veloz que le imprimimos a la marcha y que nos impide evaluar los daños colaterales? Final abierto, aunque yo juraría que no...

Retomando el relato de nuestro *Tarzán* fuera de época: ...mientras concluía la operación de venta de su propiedad –que contemplaba la permanencia de *Vincent Nelson* en la cabaña y el uso de 100 acres de tierra hasta su muerte– se le desató otro problema de salud, y orinando por un catéter el *Trampero* supuso que tenía cáncer de próstata. Visiblemente dolorido fue llevado al médico, que lo retó por no haber concurrido antes y le diagnosticó que no tenía cáncer y que solo debía tomar unas pastillas para aliviarse. No bien salió de la farmacia con su cajita de medicamentos, *Nelson* se fue a su campamento y nunca más apareció por el poblado.

Unos días después, y habiendo fallado a un compromiso establecido con anterioridad, *John DuBois* decidió ir a su cabaña para ver que sucedía. Era el 30 de julio de 1968, y luego de una recorrida por el campamento sin novedades de su amigo, *DuBois* se dirigió al quinchito atraído por un olor nauseabundo. El cuerpo yacía en el piso de arena con la escopeta calibre 12 a su lado y un cartucho servido. El disparo entró por el pecho y salió por la nuca, el cadáver estaba descompuesto y comido por aves y mapaches, amén de corroído por toda clase de gusanos.

La autopsia se realizó en el lugar debido al estado del cuerpo, y la policía recorrió el entorno en busca de pruebas. No había nada fuera de lo esperado, ni pisadas cercanas al cadáver, ni señales de lucha, ni huellas dactilares en el arma, ni rastros de embarcaciones atracadas. La versión oficial entonces fue que *Vincent Nelson* se había suicidado suponiendo que tenía una enfermedad terminal. Pero...

– Difícilmente alguien se suicida poniéndose el arma en el estómago, sobre todo si esa arma es tan larga que obligaría

a gatillarla con el dedo del pie. Dispararse en la garganta es mucho más sencillo.

- Que el arma no tuviera huellas dactilares es una prueba de doble filo: ¿porqué no tenía *al menos* las huellas del *Trampero*? ¿alguien las limpió?
- Que no hubiera rastros de pisadas en la escena también es curioso, porque ni siquiera estaban las huellas del propio *Nelson*, que obviamente llegó caminando al lugar de su muerte ¿alguien tomó una hoja de palma y barrió toda huella cercana al cadáver para no verse inculpado?
- Que una persona se suicide porque no quiere pasar por una enfermedad terminal es comprensible, pero justamente tres días antes de su muerte el médico le había confirmado que **NO** tenía cáncer y que lo suyo se corregía con un sencillo medicamento que el mismo *Vincent Nelson* adquirió en la farmacia a la salida del consultorio.
- Que alguien se quite la vida por problemas económicos es muy común, pero justamente el *Trampero* estaba por convertirse en millonario ya que se ultimaban los detalles para que sus 857 acres pasaran al Estado por la enorme cifra –para 1968– de 1.285.500 dólares. Además al momento de su muerte se determinó que tenía en cuentas bancarias y plazos fijos 81.000 dólares, y no registraba deudas.
- El cadáver estaba vestido con las ropas que usaba para ir al pueblo, y las llaves de su *Jeep* estaban sobre la mesa del quincho.
- Quienes lo conocían aseguran que no tenía perfil de suicida. Aceptaba su edad –59 años al día de su muerte– e incluso

había hecho régimen para perder algunos kilos. En las últimas cartas a su familia relataba sus cacerías y hablaba de planes futuros. Los suicidas no hacen régimen ni planifican para adelante.

- El *Tarzán del Loxahatchee* había acumulado algunos enemigos en su vida que inexplicablemente no fueron investigados por la policía. El primero era su propio hermano *Charlie* –preso de por vida por la muerte de *John Dycas* en 1931– pero que había sido liberado bajo fianza en el año 1951. *Charlie* había jurado matar al juez que lo condenó y a su hermano *Vincent* el mismo día que se conoció el veredicto que lo mandó a la sombra.
- En un episodio que nunca se le pudo probar judicialmente el *Trampero* había dinamitado el refugio de cabras de su vecino por una disputa por el camino de acceso al campamento. La carga explosiva había sido tan exagerada que los cuerpos de los animalitos habían volado por los aires en pedazos y terminado a cientos de metros de distancia o colgados de los árboles. En otro episodio similar hubo volado con explosivos una represa que otro vecino había colocado sobre el río y que perjudicaba su actividad de caza. También había perseguido a varios intrusos, a otros tramperos que se asentaron en las cercanías, e incluso tenido disputas con bandas de jóvenes que venían a desafiarlo por deporte.
- Por último, una leyenda popular sostenía que *Nelson* tenía mucho dinero escondido en algún lugar de su campamento –posiblemente enterrado en un sitio secreto– y alguien pudo haber venido a conseguirlo.
- Tiempo después se supo que en 1968 –el año de su muerte– *Vince Nelson* se apersonó al First Marine Bank portando

una bolsa de arpillera repleta de billetes arrollados y sucios, como si hubieran estado enterrados, ...y que no le habían aceptado el depósito por no haber estado declarados en sus impuestos. El trampero –muy ofuscado– se había retirado del Banco y no se supo más del destino de semejante fortuna. Probablemente la retornó a su campamento y la volvió a enterrar, y entonces la leyenda del tesoro oculto no solo era cierta sino un gran incentivo para los amigos de lo ajeno.

Una semana después de su muerte se confirmaron los peores temores que el *Trampero* sentía respecto a la degradante *modernidad*: sus 350 trampas fueron robadas, al igual que los cueros y pieles en proceso de curtido, las cabañas vandalizadas y todos sus objetos arrancados y sustraídos como suvenires, los muebles destrozados, los vidrios rotos, la heladera y el horno canibalizados, las plantas del huerto arrancadas, la leña de la famosa estiba –a esa altura de más de 30 metros de longitud– robada por porciones, las canoas para turistas hundidas o sustraídas, el garaje de su *Jeep* incendiado y las bombas de agua y todo otro elemento útil desaparecido. El huerto parecía escarbado por topos por los buscadores de tesoros, y el otrora prolijo campamento parecía el escenario de un campo de batalla, solo que en lugar de bombas había por doquier latas de cerveza y mugre de comidas rápidas.

Semejante desapego por la historia movilizó a las fuerzas sociales, y finalmente la *modernidad* rescató lo que quedaba del otrora famoso campamento del *Trampero Nelson* mediante un acuerdo de interés mutuo que se realizó con un poderoso desarrollador inmobiliario. Éste hombre hábilmente ofreció al Estado, y a los herederos de *Vincent Nelson*, comprar la propiedad al precio de la tasación –1.329.125 dólares– e intercambiarla por otro predio que le interesaba para construir un barrio privado con cancha de golf. Hoy en día ese lugar es

el *Júpiter Hills Club*, uno de los más exclusivos del país. La operación se efectuó con la anuencia de todos, incluso de los abogados de *Lucille Gee* que apareció a último momento reclamando compungida su parte de los bienes de su amantísimo esposo. En realidad *Lucille* no tenía ningún derecho legal, pero igualmente rapiñó 5.000 dólares que se le pagaron para evitar litigar. El *Trampero* desde su tumba acuática –*sus cenizas se tiraron al Loxahatchee*– hubo confirmado una vez más su aserto respecto a la *modernidad* y las bajezas que traía asociada.

Recién hacia 1977 el campamento del *Trampero Nelson* –una vez restaurado– se reabrió al turismo, y en 1984 –durante la reparación de la pared contigua a la chimenea– alguien golpeó, percibió un sonido hueco y sacó un ladrillo: así se descubrió el *chanchito* donde *Vincent* guardaba las monedas que cobraba a los turistas o recibía de los jugadores de *póker*: un cofre de cemento oculto en la pared de su cabaña. Había en él 5005 monedas datadas desde 1890 hasta 1964, algunas de plata, que totalizaban 1829 dólares.



Las monedas aparecieron, pero los billetes enterrados –el legendario tesoro del *Trampero Nelson*– nunca fue encontrado. Hasta ahora...

El tesoro del *Trampero Nelson*

Hasta acá la historia oficial, y a continuación la no tanto:

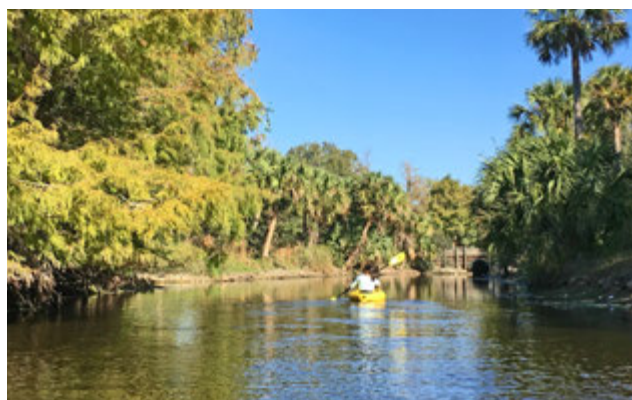
Como nunca fue encontrado el famoso tesoro que se supone escondía *Vince Nelson* en su propiedad, descubrirlo no es un mal proyecto para una aventura campestre. Es así que durante los otoños boreales de 2015 y 2016 mi hija Lucía y yo intentamos una primera aproximación.

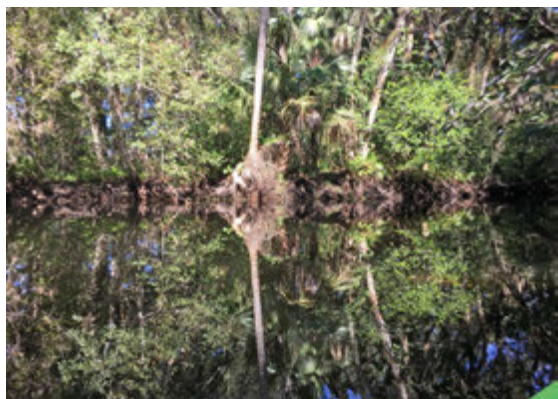
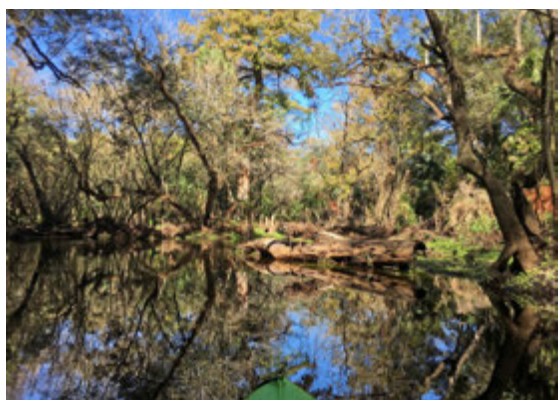


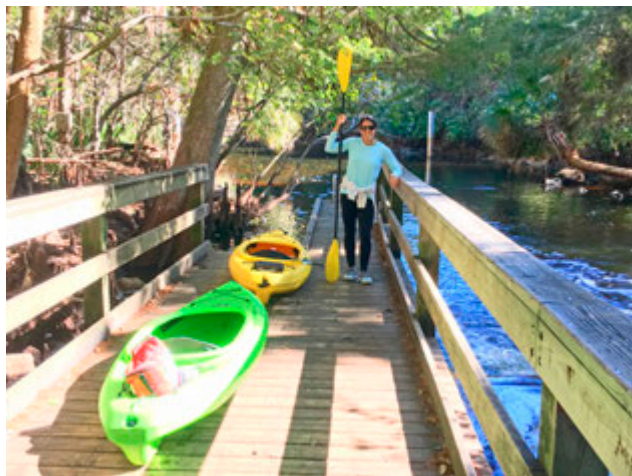
Se puede llegar al campamento de *Vincent Nelson* de dos maneras: o navegando aguas arriba desde *Júpiter* –el recorrido que solía hacer el *Trampero* y los visitantes del Zoo–, o navegando aguas abajo desde las nacientes del *Loxahatchee* en el *Riverbend Park*. La primera opción es complicada por la corriente en contra, por lo que optamos por la segunda.



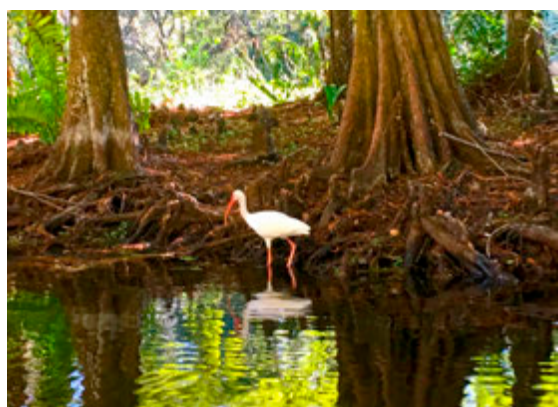
El río *Loxahatchee* saca excesos de agua de los *Everglades* hacia el océano Atlántico, y hace un recorrido salvaje y preservado de toda actividad humana. Serpentea entre una foresta bellísima donde se destacan majestuosos cipreses, y desde que el bote parte del *Riverbend Park* no se ve ninguna construcción ni ser humano, salvo cuando se pasa por debajo de la Indiantown road, del Florida Turnpike y de la I-95 por sendos puentes. En dos oportunidades se interpone al paso del río pequeños diques de madera que deben ser sorteados saltando la catarata con el kayak –los más osados– o desembarcando y utilizando un puente de tablas los que no quieren mojarse.





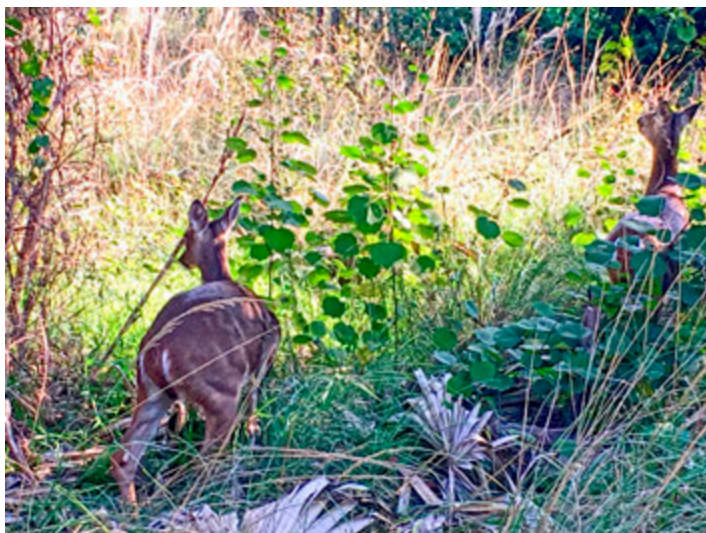


A lo largo del recorrido se encuentran cocodrilos, águilas, aves zancudas de distinto tipo, ciervos, mapaches, y sobre todo las tortugas que dan el nombre al río: *Loxahatchee* significa río de tortugas.





*Entrando en zona de peligro para fotografiar
un gran cocodrilo*



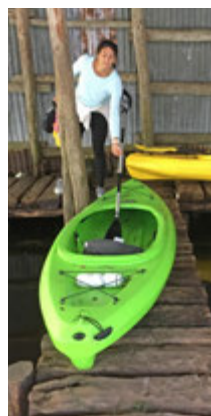
Ciervos

Aguas abajo el *Loxahatchee* solo es navegable en kayak o canoa, y se debe arrancar a la mañana temprano desde el *Riverbend Park* para arribar al mediodía al “*Jardín y Zoológico del Trampero Nelson*”. Hay varias bifurcaciones en el serpenteante río que pueden confundir al viajero, y como el trayecto no está señalizado es necesario prestar atención y seguir el sentido de la corriente. Numerosos árboles yacen en el fondo y golpean a las embarcaciones no bien uno se descuida, y otros muchos que han caído sobre la superficie impiden el paso y deben ser sorteados con algún esfuerzo y mucho de contorsionista.





Es un paseo maravilloso, de los más bellos que un espíritu aventurero pueda soñar, y es a pura naturaleza. Y cuando uno toma la última curva y divisa las altas cañas de tacuara y el refugio de botes del *Trampero Nelson* agradece haber llegado, porque los brazos duelen y el hambre pide poner algo en el estómago.



Llegando al campamento y desembarcando en el “puerto”

Lucía y yo hicimos la excursión en dos oportunidades, pero en la primera no pudimos entrar al *Jardín y Zoológico* porque era el día de descanso y permanecía cerrado. En el segundo viaje –año 2016– paramos nuestros kayaks en el atracadero, descendimos al quincho, y almorzamos en el sitio donde apareció el cuerpo sin vida del *Trampero Nelson* y hasta en la mismísima mesa sobre la que se le hizo la autopsia. Luego recorrimos las jaulas, las construcciones, el reconstruido cobertizo del Jeep, y conversamos largamente con el *Ranger* que oficia de cuidador y guía.



*Lucía en el sitio exacto de la muerte de Vincent Nelson,
y aprestándose a comer*



La cabaña del Trampero Nelson



*Cabaña de huéspedes, Jeep y dormitorio
elevado para Boy Scouts y mosquitos*

Obtuvimos así valiosa información para este libro, pero además hicimos nuestras propias observaciones sobre el posible escondite de la fortuna de *Vincent Nelson*.

El astuto *Trampero* –en vida– había dado una pista que confundió adrede a sus potenciales ladrones: en una oportunidad dejó entrever que enterraba dinero en *toda su huerta*, cuestión que cuando murió ese lugar fue exhaustivamente revisado por los buscadores de tesoros. Sin embargo parecía una manera ingenua de resguardar su fortuna para un avezado y desconfiado personaje, amén de que la huerta en cuestión era regada por un sistema de mangueras que hubiera humedecido periódicamente las bolsas y arruinado los billetes, por bien selladas que estuvieran.

Sobre el borde Norte del campamento se encuentran las jaulas de los cocodrilos, que son bajas y permiten ver desde arriba a los fieros animales. Una de ellas estaba reservada para un espécimen enorme y que se distinguía por haber perdido una pata y parte de la cola en combate con otros machos. Se llamaba *Stumpy*, y era el preferido de *Vincent Nelson*. Si yo tuviera que esconder un tesoro, lo haría en las proximidades de la jaula de *Stumpy* por el respeto que infundía. Y para ser más específico, en la retaguardia de su morada, porque cualquiera que quisiera buscar en ese lugar debería pasar entre esa jaula y las demás que contenían cocodrilos, menos famosos pero igualmente intimidantes.



Jaulas de mapaches, gatos, tortugas, etc.



Jaulas de los cocodrilos, donde Stumpy era el rey

Es así que pergeñamos un plan, que consistía en que Lucía haría una maniobra de distracción del *Ranger* de vigilancia mientras yo pegaba un vistazo en el sector elegido por nuestra intuición. Solo dispondría de cinco minutos que debería aprovechar al máximo, porque a partir de allí nos arriesgábamos a una segura reprimenda.

En mi mochila –además del almuerzo– llevaba un pequeño detector de metales marca *Nokta* que desplegué con disimulo, y mientras Lucía y el guardia conversaban animadamente dentro de la cabaña respecto al cofre de monedas hallado en la chimenea, de cómo *Nelson* lo cargaba merced a una invisible ranura entre ladrillos, y de cuanto dinero contenía al momento de su hallazgo, me deslicé subrepticamente a la retaguardia de las jaulas de los cocodrilos –hoy deshabitadas– y al cabo de unos minutos hube detectado lo que buscaba.

Un *bip-bip* intenso me indicó la presencia de un metal, y revisando entre el pasto encontré el extremo de una cadena oxidada que asomaba un par de eslabones por encima de la superficie del suelo.

Bingo!

Pero... ¿A quién se le ocurre llevar un detector de metales para localizar billetes en una bolsa, siendo que no tienen nada de metálico ni el envase ni el contenido?

Los *entierros* no son sistemas novedosos para ocultar tesoros, sino que vienen utilizándose desde épocas remotas. Antes de la invención del GPS el principal problema de los enterradores de tesoros era volver a encontrar los puntos exactos donde excavar para recuperar los bienes.

Los piratas dibujaban planitos con referencias del tipo: ...“*a tres pasos al poniente de la palmera torcida*” ...“*algo corrido hacia la roca que baña la marea a las siete de la tarde*” ...etc., pero resulta que las palmeras se caen, el poniente no está siempre en el mismo lugar y las mareas varían con la luna, y eso sumado a la imprecisión en dibujar la crucecita en el plano hacía que se pasaran días enteros excavando para finalmente perder muchos de sus tesoros.

En el ámbito que me tocó vivir, el Norte argentino, hay numerosas historias de *entierros* de la época de la Guerra de la Triple Alianza. Los pobladores de Asunción escaparon con sus pertenencias cuando la ciudad cayó en manos de los brasileños, y se cuenta que las familias adineradas escondieron tesoros por todos lados con idea de recuperarlos al final del conflicto. Incluso forma parte del folklore popular que el Ma-

riscal López –a la sazón Presidente del Paraguay– envió a algún lado misterioso dos carretas llenas de oro y plata para ser enterradas, ...y que nunca se recuperaron. La fisonomía del terreno, con numerosas especies de árboles parecidos, con esteros, abras y senderos, hacía muy difícil encontrar referencias seguras y estables, y entonces se usaba un método ingenioso: se enterraban los tesoros atados a una cadena, y un extremo de esta permanecía en la superficie facilitando el posterior trabajo de búsqueda.

Mi apuesta es a que *Vincent Nelson* pudo haber utilizado ese antiguo sistema, porque en la naturaleza las huellas se borran por efecto de las lluvias, los vientos y el crecimiento de la vegetación, y si su plan era poner ahí los ahorros para su utilización lejana, permanecerían ocultos por décadas.

Esta historia no tiene –aún– final feliz con un tesoro desenterrado y nuevos ricos tomando champagne y repartiendo el botín, pero el primer paso está dado y la punta de la cadena detectada por el *bip-bip* del eficiente *Nokta*.

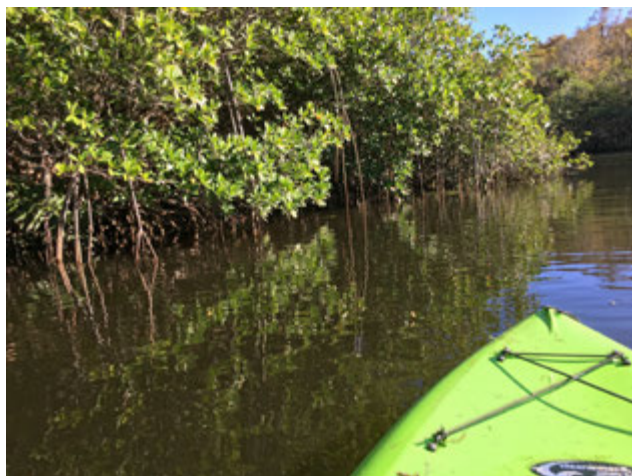
Lo que haya en el otro extremo de la cadena no lo sabemos aún, pero si alguien quisiera salir de la rutina de su vida diaria, disfrutar de un flash de adrenalina y luego escribir lo que resta de esta aventura para solaz de sus nietos y amigos muertos de envidia, puede hacerme un giro bancario y a vuelta de correo recibirá las coordenadas de mi GPS para detectar esos dos eslaboncitos que pueden cambiar su vida para siempre. Un cartel que cuelga en mi cabaña de escritor en la isla de Apipé reza:



*Si usted piensa que la aventura es peligrosa...
pruebe con la rutina ...es letal*

Finalmente a las cuatro de la tarde de ese precioso día de Noviembre, y luego de recorrer el resto del “*Jardín y Zoológico del Trampero Nelson*”, Lucía y yo volvimos a nuestras canoas porque nos esperaba un largo camino hasta el *Jonathan Dickinson State Park*, varias millas aguas abajo. Atrás quedaba una linda aventura y un mejor cuento, y las ansias de transmitir nuestra experiencia para tentar a parientes y amigos a realizar este paseo maravilloso.

A poco de que empezamos a remar notamos el cambio de vegetación hacia especies más pequeñas y con enormes raíces que salen de la superficie del agua. Son los famosos manglares, que caracterizan las regiones costeras con influjo de agua salada del mar cada vez que sube la marea.



Manglares



*El Loxahatchee adquiere la dimensión
de un gran río*

La fauna también cambió, y de golpe nos encontramos con una inmensa mamá *manatee* y su cría. A estos animales se los llama *vacas de mar*, son mamíferos, herbívoros y llegan a medir cuatro metros de largo y a pesar 600 kilos. Son inofensivos, confiados y curiosos, y se arrimaron al kayak al punto de poder ser tocados.



Un par de horas más tarde llegamos a nuestro destino final, el *Jonathan Dickinson State Park*, subimos los kayaks a la camioneta y retornamos a casa cansados y felices, comprometiéndonos a repetir el viaje al año siguiente.



¿Quién mató al *Trampero Nelson*?

Se puede especular con un suicidio, con un hermano furioso, con la ambición de un desarrollador deseando sus tierras, o con uno de los múltiples enemigos que cultivó a lo largo de su vida.

Y sin embargo la realidad es otra: a *Vincent Nelson* lo mató la velocidad de los cambios, que se le hicieron inmanejables. El ser humano es sumamente adaptable, pero el proceso tiene sus tiempos. A nuestro personaje los tiempos para aggiornarse se le acortaron debido a que arrancó de más atrás que el común de la gente.

El *Tarzán del Loxahatchee* se inició de cazador-recolector porque la vida lo puso en ese lugar desde niño, ...y pocos años después intentaron civilizarlo en el ejército, ...y a renglón seguido debió codearse con la flor y nata de la sociedad civil—incluidos jueces, presidentes y estrellas del espectáculo—...y cuando intentó integrarse al mundo moderno fue agredido por una esposa infiel, por abogados despiadados, por banqueros desaprensivos, por usureros inescrupulosos, por comerciantes en tierras que lo desgastaban, por los depredadores de esa naturaleza que tanto amaba, y por funcionarios públicos implacables.

Cuando *Nelson* vio que no podía manejar tantas cosas intentó volver a lo suyo, a la selva y a la dependencia en sus propias fuerzas para sobrevivir, pero ya era tarde. El modernismo no tiene vuelta atrás, y cuando quiso acordar se sintió atrapado y reaccionó precisamente como hacen los animales acorralados: se puso hosco, agresivo y se aisló en la soledad de su campamento. Veía avanzar a las autopistas, a la gente

mala y a la complejidad de un mundo que pasó demasiado rápido del caballo a la Ferrari.

Ponga usted el arma asesina en manos del que quiera, pero probablemente los matadores fueron todos los nombrados.

Este Libro
se terminó de imprimir
en setiembre de 2017, en



Tel. (0362) 4572483
vianetchaco@yahoo.com.ar
Av. Las Heras 526 Dto. B
Resistencia, Chaco
República Argentina.

Otras obras del autor

No Somos Nada

(Pasado y presente de una
civilización especial)

La nube. La Fogata

Blog:

*Ideas y reflexiones sobre
el rumbo de la humanidad*

donbenites.wordpress.com

ISBN 978-987-42-5484-9



9 789874 254849

*“...Ese mundo que soñamos para nosotros y nuestras familias,
que idealizamos en nuestras más descabelladas fantasías,
pletórico de formas bellas, de movimientos gráciles,
de colores indescriptibles, de sonidos maravillosos, diverso,
lleno de vida, divertido, audaz, cambiante y sorprendente...”*

*...Ese mundo especializado, con artistas que nos hacen reír o llorar,
con construcciones bellísimas, con bibliotecas atiborradas de libros,
con deportistas formidables que nos muestran sus habilidades
sin movernos de casa, con universidades que investigan y enseñan,
con médicos que nos curan...*

...Ese mundo... Ya lo tenemos... y solo es necesario no romperlo! ...”